1361760
CIL-21

A N T O N I O C I L L E R O U L E C I A

C O N C I E R T O

D E

T O C A T A Y C O R N A M U S A

NOVELA

Tobía (La Rioja)
1982

CONCIERTO

DE

TOCATA Y CONMANUSA

NOVELA

.....

A N T O N I O C I L L E R O U L E C I A

C O N C I E R T O

D E T O C A T A

Y

C O R N A M U S A

Novela

.....

Tobía (La Rioja)
20 de mayo 1982

ANTONIO CILLERO ULECIA

CONCIERTO

DE TOCATA

Y

CORNAMUSA

Novela

.....

Tobía (La Rioja)

20 de mayo 1982

" Despertad y cantad,
moradores del polvo."

Isaías. Cap. 26
Cánticos y Alabanzas.

A don José Domínguez Arévalo
Conde de Valdellano, al que
me ha unido una sincera amistad,
fue mi buscado mecenas, pero,..
que nunca ejerció de ello y no
por culpa mía.

.zzzzzzzzzzzzzzz.

- ¡Recoña bendita¡... Hasta que esos idiotas no acaben con su ¡chun, chun, chun! de los cojones, os digo que no hay quien pegue ojo en la calle los fines de semana.
- También, ya ha tenido ocurrencias el Conde, con traernos a un diretor de música a Navarijo...
- El Conde, y su alcahuete Sopelanas. ¡Como si no habría que hacer aquí cosas de más provecho,-como dice el mío y lleva razón-, que andar soplando y pegándole a los parches y platillos estacazos..!
- Y que lo digas, Basi, y que lo digas. Pa' músicas estamos todos, sí por cierto, y sí por cierto.
- Oye, y esta es otra, ¿de qué vivirá ese hombre que ha traído de fuera?...
- ¿De qué?... Ya lo ves, lo ha metido el de título en su casa y, como no paga techo ni manducatoria, pues ¡viva la Virgen¡, a enseñale a los nalfabetos música ¡Ah, qué asadura, madre mía!...
- Pero ¿es que come en lo del Conde, chica?
- ¿A ver? La Monse, la catalana, hace comida pa' el Conde, pa'el don Eladio ese, pa'el frailecito enano de la cruz roja en el pecho, y pa ella.
- Ya. Ahora caigo. Oye, pues, lo que podía haber hecho el Conde -si tanto busca danos cultura, que

eso dicen que dice- es,llevase a su casa a los músicos, y que allá le den a él la tabarra que oímos en el barrio los sábados, pero, estos ricos ¡ya ya¡ -como dice el mío- ya se sabe, se sacuden las pulgas y caparras pa'afuera,y nos las encajan a los desgraciaos, pa'que nos devoren más y más, que siempre fue así chicas,y así lo dejaremos.

Las tres mujeres, con una escoba cada una para barrer su calle de tierra, se detuvieron para hablar sobre el tema de ese tiempo, que era la música: la banda municipal en creación.

Navarijo estaba viviendo una convulsión más en su historia, desde que, al Conde de Valdeavellano, se le ocurrió traer a un músico -que le recomendó su hermano el Marqués de San Martín-, para que, en su pueblo, se iniciara la cultura rural, creando una banda de música.

Al primero que se lo dijo el Conde fue a su mayordomo, Serafín Ayala, al que todos llamaban: Sopelanas.

Una noche, hace de esto seis meses, estando ambos en la sala regia fumando un cigarrillo, al amor de la estufa, le dijo don José:

- ¿Qué te parece, Serafín, si os traigo al pueblo un músico para que se forme una pequeña banda?

- Oiga, don José, ¿eso? ¿eso?: de perlas. Así ¿eh?, de perlas. Sí señor. Ya sabe usted que, los mozos, están trayendo los domingos una pianola, pa'tocar en la Lóndiga y mover el esqueleto como se hizo siempre. Eso no es música ni es ná, señor Conde. Donde haiga una banda como la de Elciego o la de Oyón que se callen todos los chismes que cantan al mover el manubrio; esos tocan sin el sentimiento que es menester.

- Por eso, Serafín, por eso lo digo. Es que me ofrecieron a un hombre sencillo, inteligente, católico, decente, pobre, que necesita estar ocupado en lo suyo, que es la música, y, yo creo que, aquí, si ayudáis un poco podía el hombre ganarse la vida. Yo le ayudaré lo más que pueda, pero, depende también del pueblo y de vosotros. Tiene que tener alumnos, que le paguen su por qué por mes ¿entiendes?. Que, el Ayuntamiento colabore con algo, porque, al fín y al cabo, resalta los valores municipales.
- No diga más, don José. Eso está hecho. Yo soy el primero en apuntarme y en pagarle lo que corresponda. Creo que se lo tengo dicho en más de una ocasión, don José, que fuí en Africa,-cuando aquello de Alhucemas-, tambor en el regimiento de los moros.
- Lo sé, lo sé, Serafín. Confío en que se lo hagas saber a las gentes y, el hombre, pueda tener en Navarijo su forma de vida.

Sopelanas se lo dijo a uno y a otro. Habló con el Alcalde, con el maestro, con el cura, con los mozos, y ya llevan ensayando en lo del "Moíno", tres meses. ¿Quién es el Moíno? Un herrero que toca algo el fiscorno, y su hijo Tomás el clarinete. En la casa hay, desde tiempos ha, una afición enorme por la música. Ellos son los que llevan años tocando a los quintos en su día y, hasta en las bodas. Extraño parece que la mujer del Moíno, a la que llaman "La Pochola", no se haya liado también con un instrumento cualquiera, aunque sea un almirez.

Don Eladio es un hombre alto, muy alto y flaco co-

mo chopo en regato enteco. Viste malamente. Es de color de pelo tirando a rubio. De piel blanca y manos largas, pecosas y peludas... Lo que más cuida es la cabellera,-que la lleva al simen de las mujeres,-y las manos. Cada dedo parece una batuta cuando los mueve para marcar los tiempos y compases... Pero, el hombre, tiene cierto abandono para las uñas,y se las deja largas, muy largas, acaso creyendo que eso es más elegante.

Huele -las doce horas del día y parte de la noche- a una mezcla entre perejil, ajo,y cebolla macho,que es la que más apesta. ¿Le dará Monserrat sólo esas verduras para comer y tenerlo en buena línea?... El hombre,a poco que se le eche la mirada encima, se le verá que está a falta de grasas y de fuerzas, pero... vive recogido,y, la clorofila le hace tener despejada la voz y la buena medida en el solfeo.

Tiene el Director a seis mocitos aprendiendo música y, en tres meses ya saben manejar los instrumentos igual que las moriscas... ¡Ahí, ahí está el porvenir de la banda, porque si citamos a los analfabetos que tocan lo que se llama de percusión, la cosa es para agarrar madera! Entre los que no saben solfeo están: el del bombo, el de los platillos, el del bajo, el de la pandereta, el del tambor y el de los hierrillos. Poco o nada sabe el del cornetín y el del trombón. Estos ocho tocan de oído, pero, eso sí, tienen más afición que Schuber, que Bach, o que nuestros Falla y Albéniz.

Sopelanas se lo tiene advertido a todos:

- Ha dicho el señor Conde que, el día que toquemos en la plaza nos dará diez duros a cada uno, así que tenemos que mete

le castaña como a destajo -ya lo sabéis- y si hay que estar dos horas más cada sábado pues, se están.

Esto mismo se lo ha hecho saber la Braulia a las mujeres de los analfabetos musicales, y todas lo tomaron como a broma, todas menos la Polola, la mujer del Luterio, que es el de los platillos. Ésta le ha dicho:

- ¡Recoño bendito¡ ¡Con lo que tiene que hacer el mío y, desde que está metido en eso del marica navarro, no dá golpe en la huerta! ¡Ni lechugas tengo este año y siempre he sacao cunachos de ellas, hasta pa vender¡
- Mujer, yo creo que hay tiempo para todo...
- Este mío no, este mío no, que te coge las cosas con toda la fiebre del mundo. Te digo que, hasta en la cama, está tocando los platillos mientras que no se duerme... Se despierta y ¡hala¡ ¡Hala con ello¡...
- ¿En tí, en tí hace como que toca...?
- ¡A eso podíamos llegar? En los muslos se palpa y lleva el compás -que dice él-. Oye, no creas que no lo intenta en mis tetas -pa por si acaso, que ya sabís cómo es él de bromista- y que me dice "son al simen...pero, en cazuela voltiada..." Lo que yo le digo: Mientras no esté la huerta como hace dos años, que aquello era una bendición, ni hablar de cazuelas...ni pucheros ni nada de nada!... Y lo tengo a dieta... Él tocará sus platillos, eso sí, pero a mí no me pone una mano encima.

Las noches del ensayo eran una delicia para escucharlas. Después de venir del campo, cada cual cenaba por ejemplo su sopita de ajo con el pimiento seco y, una vez agotado el líquido, haciendo un segundo

plato, tras de apañarle con su chorrotoncito de aceite...

O patatas coloradas, a las que, separando al final dos cucharadas caldosas, se les metía más aceite y sal y era otro plato... hasta variado y delicioso.

Por las calles y callejas van, camino de la casa del "Moíno", los hombres casados y los mocitos educandos. Cada cual lleva debajo del brazo, metido en su funda de pana, que le ha hecho la hija o la hermana, su instrumento. ¡Con qué felicidad van al ensayo¡ ¿Cabe mayor ilusión que la de estos hombres que van gozando de saberse ya músicos? ¡Si se sueñan hasta importantes¡ Y luego, se empeñan las autoridades en no querer gastar dinero en cultura, como si con ello se malograsen las virtudes del pueblo.

Ensayan de diez a doce de la noche en el alto de la casa, allí donde existe el viejo horno casero de hacer el pan. Allí donde hay horcas, bieldos, rastrillos, cedazos y artesa.

Llevan cuatro semanas ensayando con todos los instrumentos, que, los más, han comprado de segunda mano. Estudian una marcha que tocarán -Dios mediante- el día de San Isidro Labrador. Comenzaron ejecutándola los jóvenes, que dominan algo el pentagrama: José "El Guirrio". Juli "El Boquinita". Pepe, el de La Macho". Luciano, "El Volador" y "Vuca", que toca el bombardino y se pone colorao como chil maduro..., y, el Moíno.

No había forma de entenderse estando todos mezclados, y decidió don Eladio colocarlos en tres grupos. Uno, el principal, aquellos que tienen los papeles en sus atriles.

Otro grupo, los analfabetos de la percusión: Boni, Luterio, Simón y Sopelanas. Y, en otro grupo, Chaga, que toca el cornetín y El Topera, que no va mal con el trombón

Así están esa noche antes de iniciar el ensayo, fuma que te fuma, y, más felices que niños el día de Reyes Magos. Comentan unos con otros lo bien que van cogiendo los compases a esa marcha que se titula: "Aires del Ebro."

- Yo os digo, y podís creerlo, que no me la saca ni Dios de la cabeza. ¡Chacho, chacho, chacho...qué devaneos..! -dice Luterio-. Si estoy pegándole al reguero y, en mi cabeza, oigo el ¡chun, chun, chun..! ese, ese mismo: ¡chas, chas, chas¡, que doy en la metá de la primera parte. Oye, que sí, que estoy comiendo y, al pegar con la cuchara en el plato ¡Chas¡ ¡Chas¡ ¡Chas¡ Mi mujer dice, que lo hago a posta y todo, pero es que son mis platillos, que los bailo como los propios ángeles sus alas...

- Pues yo, -dice Meaespinos, que es el que toca la pandereta-, antes de dormir ya estoy con lo mío. Oye, ni hablo, pero, así ¿eh?: ni hablo. Dice la mía, que estoy en casa hasta de mal humor, y es que no estoy en nada más que pensando en la voz de don Eladio,..

- ¡Si oís a la mía!... -dice Boni, a quien llaman en Navarijo, "Morrotopo," y es el que toca el bombo..- Yo creo que hasta nos vamos a disborciar y todo. ¡No puede ni ver el bombo..! ¡Chacho¡ Le estorba en toda la casa, y lo tengo metido en el pajar, pa que no me lo "arpe" de una patada... ¿Qué os creís que me dice?... "Que eso lo tocan sólo los tontos." "Que me lo ha mandao a mi don Eladio, pa que se rían todos los del pueblo en cuanto me lo vean colgao, aparentando -dice ella y hasta me hace el gesto- como una tripa de preñada..."

- Bueno, pero¿viene este hombre o no?...

- ¿Por qué no mandas a la Tere, Luciano?

-¡Callar, callaide... -dijo Morrotopo asomándose a la ventana- Me parece que ya sube por la cuesta de la iglesia.

Después de dar las buenas noches y pedir disculpas por su tardanza, cosa esta que nunca pasaba en él, les puso el Director en los tres grupos y dio los papeles a quienes sabían leerlos. Colocó el atril en el centro, puso la composición encima, le dió Sopelanas la varita de mimbre que estaba encima de un cabrio y comenzaron el ensayo.

Eran las once de la noche. Muchos vecinos ya estaban dormidos por la Calle Solano y por la de Ollerías, que era paralela, cuando había de dar principio aquella quimera del sacar adelante lo que casi era un imposible. De pronto:

- ¡¡Que no es por ahí¡¡ ¡Que no es así¡¡ -decía uno de los jovencitos-. El Director, con más paciencia que todos ellos, les decía:

- Poned los instrumentos en la boca y haced unas notas para adaptar los labios. ¡Vamos¡ Comencemos con la escala de abajo arriba y, de arriba abajo, los de viento y los de metal, -los de metal que saben...- y los demás, oído, hasta para ver el ruido de una mosca volando.

El que más aire metía y de ello gozaba era Chaga. Aquella trompeta vibraba en sus manos. ¡Qué majo era Chaga¡ Su mayor gozo era hacerle sonar lo más fuerte posible e, incluso, "arparla"... para que vieran que, como él nadie metía el aire con más presión por la boquilla. Pero, los que sí podían reventar como frágil globo eran sus dos papos, que semejaban naranjas a punto de rajarse. ¡Y qué ojos ponía, todos en blanco y fi-

jos en la techumbre como hipnotizándola.

- ¡Vale, vale! ¡Alto! ¡Alto! Vamos a ver... Venga ya. Primero, vosotros, hijos míos, los de los papeles otra vez, y con suavidad. Cuando yo os avise a vosotros dos, los del metal ¿eh? entráis. Lo dicho y, así: ¡Tatarí... tatarí, tari, tari. tararí..., Ra, ri ra, rá...! ¡Basta! Y, luego, vosotros, los de percusión: ¡zas! ¡zas! ¡Zas! creciendo, hasta que yo marque así, con los brazos rectos, la entrada de todos. ¿Estamos?

¡Vamos con ella! ¡Imposible! ¡Totalmente imposible! O Chaga, o Topera, comenzaban antes de tiempo... O salía el Moíno con el fiscorno... o se quedaban atrasados sin saber qué hacer. ¿Y los de percusión? ¡Ay, los de percusión!... ¡Horrible! El Terio y el Sarasa no se entendían ni a la de tres.

Allí no había quien tuviera la culpa, y la tenían todos. Para poder sacar algo medianamente escuchable tenían que tener la pieza bien dominada, y aún no tenían en el caletre entradas y salidas, pero, eso sí, se iban en cargos echándose la culpa de unos a otros. Para eso, blasfemando a cada cuatro palabras, y, el Director, santiguándose y diciendo:

- Por Dios bendito... Dejadme en paz a la Virgen del Pilar, a la del Sagrario, a la Hostia, al Copón y a las Once mil Vírgenes, que ellas no tienen la culpa de vuestra ignorancia. Si no sabéis, hijos míos, qué es una blanca o una negra ¿por qué culpáis al de Arriba de todo lo que destrozáis?

- - - - - -

- ¿Qué tal, Serafín, cómo lleváis la música?

- Bien, bien, señor Conde, bien. Ya la vamos madurando. Es que, don Eladio, se ha buscao una piecita que se las trae. Eso es más malo, que la pieza aquella que tiene usted en el Cerro los Curas, que son todo tropiezos de lastra y salitre.

- Me dice Eladio, que sois muy torpones todos los casados, y que hay que meteros las notas y compases con martillo.

- ¿Torpes?... ¿A ver?... Como si lo mando yo a él a sembrar a voleo; a tirar levadas pa' regar en su tiempo; a podar, o, a clarificar el vino. Cada cual sabe de lo suyo, señor Conde, y ná más. Yo le digo a usté que para San Isidro, la echaremos bordada. Oiga, que además, llevamos a medias y bastante maduras, una mazurca y una habanera, que van a salir de olé.

- Anda, siéntate y toma un cigarrillo, Serafín.

- Gracias, señor Conde, gracias.

Sopelanas se acomodó en el sillón mientras que el ama de llaves, la Monse, les servía una copa de anís a cada uno. Al mayordomo -a quien poco y mal pasaba- le echó una mirada como de desprecio y de envidia, por el modo de conquistarse que tenía de su Conde.

- Cierra la puerta, Monserrat.

- Sí, señor Conde, lo que usted mande...

Cuando el ama -siempre vestida de negro hasta los tobillos cerró la puerta- el aristócrata le dijo a su mayordomo:

- Es igual que la cierre como que no. Pegada estará a la cerradura.

- No me diga nada, don José, no me diga nada, que ya sé yo qué percal ha traído usté de Barcelona.

El Conde de Valdeavellano ,metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una carta. Dentro del sobre había una fotografía.

- Serafín, te voy a enseñar ésta foto, pero... mucho sigilo; no quiero que digas una palabra de ésta moza ni a tu mujer, ¿entiendes?
- No me diga más, señor Conde. Eso queda entre nosotros como debe ser y,per sécula.
- ¿Conoces a ésta mujer?...
- ¿No la voy a conocer?... La Pachona es. La hija del Raposo y la Sopaboba... Oiga, está cojonuda ¿eh? Además, la he visto y, vamos..:ni conocida a como se marchó en su día. Oiga, que ésta, don José,ha estao viviendo en Barcelona y, además,-entre nosotros señor Conde,-no por buenos caminos, ya creo que me comprende...
- De allí es la foto. Un poco chatilla ¿verdad?
- ¡Hombre... Se le puso Pachona por ello. También la madre acusa el mismo defecto. Y ¿qué? don José, ¿qué pide ésta también, porque, aquí... todo dios se mueve pa pedirle a usted algo?
- Escucha lo que me cuenta. Te advierto, que es lista y audaz, que, de tonta, nada...
- ¡Podrido es el Raposo!.. De buena raza viene la Pachona...y, con lo que por allá habrá escarbao... no me diga nada y no me diga nada.. De esta gente le creo todo.

Abrió la carta y leyó muy bajo para que el ama de llaves, que además de cocinera era la espía que mandó junto a su marido la pobre Condesa de Cas-

tellet no escuchara nada. "Señor Conde: Sé donde vive usted en la Ciudad Condal, en la preciosa Torreta Vindell."

- ¡Jodó¡ ¿No le he dicho yo?...

El Conde siguió advirtiéndole con el índice que no le interrumpiera. "Conozco a su buena señora, la pobre Condesa, que se halla paralítica, y, a usted no puede complacerle en viajes, en ilusiones, ni en...cosas íntimas que no quiero mencionarle porque usted debe figurárselas." "Usted, señor Conde, está aquí en Navarijo sin una mujer al lado, y yo, que me precio de samaritana, me presto para hacerle algún servicio, si usted lo tiene a bien aceptarme." "Le mando mi fotografía en la que me vé con poca ropa, pero, igual que me tiene usted en las manos vestida con gasa y seda, igual puede ser de usted al natural ésta que aquí llaman La Pachona." "Cuido de que nadie se entere de esta pequeña travesura, picardía que, en Barcelona, es cosa común y que estos pardillos de mi pueblo no las entienden.

Espero,- si no le dá reparos por el qué dirán,- su atención, mediante otra nota como ésta mía y que venga de su mano. Juliana."

¿Qué te parece, Serafín?

- Que es,-con perdón del señor Conde-, más puta y con mejores artes, que su madre y que su abuela, y, cuidadito que esas que le he dicho, no troncharon a manta, "chibiritas" y habares...!

El Conde reía de la mejor gana, pues, el oir hablar a las gentes de su pueblo era lo que más le divertía. Sopelànas continuó diciendo:

- ¡Chacho, chacho, chacho...! y qué palabras le ha pues-

to ¿eh?, igual que un abogao, talmente como un hombre ilustrao.

- Se ve que ha tratado en Barcelona con gente culta, Serafín. Ya te habrás dado cuenta lo que os llama a todos vosotros...

- Ya, ya... Pardillos nos llama, la hija de perra esa... ¡Pardillo y cornudo es su padre, y lo fue su abuelo Jotis! En fín, cada cual hace con su cuerpo lo que le apetece y, ésta, ya denuncia -hasta por carta- su inclinación... Y mire que, aparte de todo -la verdá hay que decir-, mire usted que está lo que se dice buena, pero buena de verdá, aunque ¡ojo¡ ¡Ojo¡ que, a lo peor está podrida por dentro... ¡Cuidao con esas que han hecho de perras por los barrios chinos y, usté lo sabe señor Conde mejor que yo.

- ¡Chisss¡ ¡¡Más bajo, más bajo...!! Bueno, dejemos esto, y de ello, por favor, por favor, que no se comente nada de nada ¿me oyes? Ni por ella ni por mí. Esto es sólo una broma y queda en el olvido.

- Ya se lo he dicho a usted, que, ni más saldrá de esta boca, no faltaría más. Esto lo tomo yo como sagrao y olvidao.

- ¿Cómo van mis cosas sobre los medieros y renteros? ¿Se van o no se van? ¿Los echas, o no te atreves?...

- Yo creo que sí. Además, ya se lo tengo dicho, que, en último caso, no hay más que alegrarles un poco el morro con unas pesetas y lo dejarán. En cuanto vean unos billetes se van echando virutas y hostias...perdón, don José. Y, si no se van, descuide que yo los sacaré como sea.

- Otra cosa. Quisiera, Serafín, que, esos músicos, cuando llegue el momento -que tiene que llegar-

entren en la iglesia sin ninguna duda ni objeción. Yo me supongo que has buscado a católicos.

- He buscao... lo que había, don José, pero, dos de ellos ¡Hum... ¡Hummm... lo pongo en duda que entren... Uno de estos -se lo voy a decir por los motes y tal como los decimos nosotros, y luego no me se ría usted si están bien o mal dichos-: El "Moíno" y "Meaespinos" no creo yo que van a coger allá muchos catáros...

- ¡Pues tienen que entrar y, si dudan, los quitas, Serafín! Otros tendrás.

- Mire, señor Conde, en Navarijo, no hay gentes pobres que se cuente con ellas-así como así-pa ir a la iglesia o a las procesiones.

- Es cosa de habilidad tuya. Todo es comprable, y, el hombre que pasa necesidades más aún. Piensa que, un día, han de ir a tocar a la Virgen en su procesión. Otro, por ejemplo a San José, y, hasta al Niño Jesús en Navidades.

- Ya ya... Es que aquí, lo sabe usted cómo yo, son todos los que van al campo de izquierdas, señor Conde...

- Han sido, Serafín, han sido, pero... en tu habilidad ha de estar el ir conquistando voluntades, y si me dices a fin de año que has tenido que pagar mil duros por llevar a diez o quince a misa los domingos, te los daré con la mejor gana.

- Está bien, está bien, señor Conde. No adelanto nada y no se preocupe que, siendo así... ya les haré pasar por el aro, además, teniendo la afición que tienen, aunque, por el dinero no creo yo que trampeen estos su ideales que los traen desde siempre, como el apellido.

- Si es que esto, Serafín, no tenía yo ni que decírtelo. Tienes que ir llevándolos a nuestra política ¿entiendes?

Entre otras cosas, para eso he traído yo al Director. No vayamos a educar a quienes un día nos salgan con la Marsellesa por las calles.

- Ya ya... No se preocupe, señor Conde, que todo se andará y de Marsellesas aquí ni hablar, cuanto menos por ahora. Sobre La Pachona, don José ¿qué piensa usted hacer?...
- ¡Hombre... Eso ni se duda; ni dudarlo, vamos...
- Ya, ya.... Claro, claro...
- Puedes irte, Serafín.
- Sí señor. Hasta mañana y que usted descanse, señor Conde.
- Hasta mañana, Serafín.

Por las grandes escaleras del palacio, bajaba a su piso,-que era donde vivía la familia del mayordomo desde siempre,- Sopelanas, dándole cien vueltas a la cabeza: "Hombre..." "Eso ni se duda" ¿Ni se duda ¿qué? ... ¿Que sí...? ¿Que no...? ¿Y lo de ir a misa todos los músicos...? ¡Menuda papeleta me ha encajao el señor Conde¡ ¿Pues no me viene este hombre ahora con semejantes cosas...? ¿Cuanto mejor se iría para Barcelona, y nos deja en paz otros dos años, sin verlo aparecer por aquí?

.....

El Trocalojo es primo de la Ebia, la mujer de Sopelanas, y, la mujer de Trocalojo es la Teria, aquella que vino a Navarijo desde tierras de Burgos, allí por los pagos de Villarcayo.

La Teria, que es hembra de pocos acondicionamientos para la convivencia, le hace la vida imposible al Trocalojo, y éste, ha tomado una grave decisión que le está contando a Sope, en el campo del Moro, donde, el Conde, tiene un majuelo de viura.

- Mira, primo, te digo que ya no puedo más, que esto no es vivir. Mi casa es un infierno con esa pécora que traje de tierras del Papamoscas... O retorcele el cuello, como a sábana en colada, hasta dejarla sin gota de aire, o pegame yo un tiro...por no apuntarle a ella y dejarla fría pa' siempre.
- ¡Vaya plan, Ino, que tienes, y, vaya plan...!
- ¿Plan?... Ya os quisiera ver a muchos con semejante sinapismo encima. Oye, que no hago nada bien pa ella, nada. Ni mi campo esta bien llevao; yo soy el peor labrador del pueblo. No sé vender el vino, porque se ríen de mí todos los bodegueros, y, me lo pagan como ellos quieren... No sé cuidar la ropa que ella me compra. Ni arreglar las pocilgas...Ni enseñar al ganao a obedecer... No dejo de fumar y ella me obliga a que lo haga, porque dice que toda la casa huele a pajahumo... No me deja ni regol-

dar en la mesa porque eso lo hacen los cerdos... Ni quitame los mocos sonándome las narices... ¡Pobre de mí, y pobre de mí, Serafín, si traigo el domingo el pantalón o la chaqueta con una mancha encima!.. Me mira como el veterinario la carne a ver si tiene triquina, y, hasta se las inventa... Oye, que sí, que sí. Me dá el domingo sólo lo justo, lo justito que cuesta el café y la copa, porque dice que todo exceso trae corrupción y degenera el cuerpo. Ya ves qué inventos se sabe... Tú ya me ves, que no puedo echar mi partida al mus si no es pa' ganar de todas todas... y lo que es peor, Serafín: desde hace un mes no quiere dormir a mi lao porque ronco como una bestia y me huele el aliento que apesta... ¡Todo mentira que yo no me güelo nada, pero, ella, se lo inventa pa rallarme bien las tripas y la cabeza!

- ¡Vaya encarte que tienes...
- Pero hay más, primo.
- ¿Más que lo dicho?...
- Se le ha metido en la cabeza, ya ves tú, ya ves tú si no es desvarío...! que me arreglo con la Dolo, la del Tragahostias...
- ¡Ahí va..!
- ¿Sabes por qué?
- Tú dirás, Ino.
- Pues porque tenemos las piezas del Campo Abajo surcañas -ya lo sabes-, y le estuve ayudando a la mujer a coger pimientos. En una ocasión -cosas mías, ya sabes cómo he sido siempre- le hice a la Dolo, una broma con un cuerno de cabra así de grande...en salva sea la parte, y era justo, justo! cuando ella entraba por la senda a la pieza. ¡Ay, Virgen Santísima desde ese mo-

mento... desde ese día...! ¡Si la ves cómo me puso delante de la Dolo, cómo nos puso a los dos¡ Me dijo de todo: desde poco vales, poco ardil, cerdo, descarao, mal hombre y memò... ¡memo y todo, primo¡ A la Dolo ¿qué sabes tú las retahilas que le trajo en boca? Desde, que de moza estuvo sirviendo en lo del Burro de Oro de Logroño, hasta lo de los Gàrrigosa... Te digo que, un pedrisco no hace más daño en menos tiempo. Esto no puede seguir así y no puede seguir.

Era de ver a Trocalojo -que, por algo le bautizaron así, rechinando los dientes y mirando de la peor intención al cielo. Cuando se echó aquella novia no faltó vecino que le dijo: "Ten mucho cuidao, Troca, el ganao que traes de feria ajena, no te salga con mañas jodidísimas y mil alifafes. Mira que, si lo tratas en el pueblo o en uno cercano, pues indagar datos de todo, pero, si sales de estas fronteras es como un cara o cruz". Llevaba razón, pero aún le dijo algo más. "Oye y no es por criticar a los de la tierra de Rodrigo, aquel de Vivar, o a los Numantinos, que, a fin y postre primos hermanos somos todos, pero es que, cuando buscas fuera del pueblo, te metes en riesgos y en imprevistos de fatales resultaos que te malogran la vida".

La cosa es que, los de Navarijo, -seamos sinceros, los poco lúcidos de Navarijo- en cuanto tienen veinticinco o treinta años y no encuentran su apaño mujeril en la Villa, -y no lo encuentran porque todas las hembras conocen de sobra lo poco avispados que son- pues se van rumbeando hacia la sierra para encontrar la media naranja... y se traen cada "po-

ma"... cada "poma"... que tiembla el misterio.

En Navarijo hallaréis mujeres venidas desde Viguera hasta Brieva; desde Pazuengos hasta Cornago... Y no falta -como se ha dicho más atrás- quien se ha subido Cidacos arriba, y ha llegado hasta tierras de Soria, o, por el Najerilla hasta Neila, Huerta de Arriba o Barbadillo. ¿Qué traen de esos pagos? Lo que se ha ido quedando orillado, no pòr malo sino por poco vistoso, poco atractivo o fea presentàción. En el género humano pasa como con las telas y los muebles. De vez en cuando es bueno hacer liquidación porque nadie quiere lo de otra época.

Hubo uno de Navarijo al que le dijeron un día:

"Si quieres, Pito, mujer limpia como los chorros de oro, y trabajadora como abeja obrera, vete a Rabanilla del Portillo con el caballo, que allá tienes a la Duviges, la del "Dios," que te ha de hacer caso, te lo digo yo. Pero, oye una advertencia, pa' por si acaso. Ella es pequeña, eso sí, pero, que no te vea a tí como eres ¿entiendes?"

- Descuida... descuida.

- Yo, hasta te acompaño si vamos en el tardío. Tengo que comprar unas merinas y te puedo acompañar.

Y se fueron cruzando ríos y salvando montes, allí por la semana de Los Santos, camino de San Román.

Pito, el Pito, era un hombre de unos treinta y seis años. No medía más de seis cuartas. Su cuerpo parecía talmente como una silla de tijera... Encogido de hombros, la columna vertebral se le iba hacia la cadera derecha y las piernas hacia la izquierda. Era un inútil total, una desgracia de hombre sin paliativo alguno.

Con los dos caballos llegaron a Rabanilla. El del Pito era un percherón precioso, con más alzada que el del Espartero.

- Tú no te bajes del caballo ni por todo lo del mundo, Pito. ¿Me has oído? ¡Quieto ahí aunque tiemble la tierra¡ Yo, voy a buscar "al Dios," que es el padre de ella y amigo mío; un buen esquilador donde los haya. Ya vendremos con ella hasta la plaza, y, aquí, se trata lo que es menester, pero tú quieto ahí encima, como clavao en la albarda. Le voy a decir que vamos hasta Almarza pa comprar unos carneros, y que andamos con mucha prisa.
- Lo que tú digas, Fonsi, lo doy por bien hecho. Que haiga suerte.
- La habrá no te preocupes. Yo te caso con ella o no diré enjamás que soy el hijo de Nublasoles y La Bonita.

Al cabo de un rato vino el tío Juan Pedro, al que se le conocía como "El Dios," con su hija Santiaga, que no pasaba del metro cuarenta. La moza -todo hay que decirlo- venía atusándose el moño, pues quería caerle bien al de La Rioja. En aquel pueblo, como en tantos de las tierras pobres, ser de La Rioja es signo de calidad y de bienestar.

Allí en la plaza, delante del crucero gótico, se trata todo, todo. El padre de la Tiaga, una vez acordada, así por encima la unión, se empeñaba -y razón tenía el hombre- en que se bajase del caballo el Pito para ir a celebrarlo a su casa, pero... ¡ya ya¡ al Pito no podían verle en el suelo porque era un deshecho como hombre y se arruinaba todo lo tratado.

Pues ¡velay¡ ¡Velay¡ que, cuando se acordó vinieron a Navarijo, y se casaron como dicen los curas que lo manda Dios. ¿Quién fue peor de los dos?; La pobre mujer de Rabanilla del Portillo, la hija del Dios. No se ha visto en el pueblo mujer más trabajadora y más buena, mujer más sufrida y más callada. Tan buena era que, cuando vio al Pito en el suelo, se echó el puño izquierdo a la boca y dijo:

- ¿Qué voy a hacerle padre...? Dios lo ha dispuesto así, pues, yo así lo acepto.

Dicen las vecinas que hasta lo vestía y todo. Otras, dicen, que dijo aquel día en que lo vió de cuerpo entero: "Lo llevaré el casamiento como una cruz pero, yo, a este hombre, le ayudaré en su desgracia".

Como se arreglaron, ella y él sólo lo saben, pero, la cosa no tuvo que ser nada fácil parà hacer machimbre y traer al mundo dos hijos bien normales y bien remajos.

El tema de Trocalojo es muy distinto. La del pago de Villarcayo es un caso aparte según ha contado su marido a Sopelanas. Y aún siguió más:

-Serafín, te voy a decir, como primos que lo somos un secreto, por si hago lo que tengo pensao...

- Ven aquí, bajo la higuera y dí lo que quieres, primo.
- Si me dá por hacer ¿eh?... ¿entiendes...? ¿No podrá tu amo, que tendrá buenas palancas, echarme una mano pa no pagar mucho en ¿eh?... ¿me comprendes?...
- No sé por donde vas, Ino. Anda, háblame claro, hombre
- Suponte que yo ¿eh? Oye, que tengo hasta un cartucho escondido, porque no me deja ni cazar, pero , tengo

uno, pa un por si acaso...-ya me entiendes-... Yo te quiero decir, Serafín, que, si lo llego a usar contra ella...¿entiendes?

- ¡No hagas eso¡ ¡No te se ocurra, Ino¡ Y mira, mejor te lo callas, que yo no quiero más complicaciones.
- Yo creo que, el Conde, estando tú de por medio como lo estás, podía empujar ante los jueces y, hasta aliviarme la condena...
- ¡Ni el Conde ni Dios bendito, Ino¡ ¡Anda, vete y déjame de contarme esas cosas, que yo no quiero mezclarme en tus barullos!...
- Está bien, está bien... Haste cuenta que no te he dicho nada, pero, eso...lo que te he contao, lo tengo aquí, y ha de parir en su día.
- Si no te va la mujer, si no te acuestas con ella, pues déjala, sepárate y no te busques la ruina a posta. ¡Que te buscas la ruina total,Ino¡
- Ya... Ya... Si eso ya lo sé. Te lo he contao y no me has aliviao en nada.

Pasaron días y todo parece que había quedado olvidado, pero, esta mañana en Navarijo,no había otro tema que lo de la Teria y el Trocalojo. ¿Qué pasaba?... Pues que, a la Teria, la habían encontrado en el Umbillo del Ahorcao, con un tiro en la espalda y bañada en sangre. La han traído medio muerta a lo del médico y dudan que salga con vida. Los guardias civiles han buscado a Trocalojo por todos los términos y casas pero,nadie

ha podido hallarlo. ¿Qué ha sido de Trocalojo? ¿...?

Al medio día ha venido un niño corriendo hasta el Arrabal diciendo:

- ¡He visto a Trocalojo¡¡ ¡¡Ya sé donde está Trocalojo¡ ¡Trocalojo está en Aguasvivas, medio quemao...! Se ha subido a un poste de hierro, de los de la luz, y está en el suelo sin conocimiento!

Van corriendo los vecinos hasta aquel término y allí está el pobre hombre echando espuma y sangre por boca y nariz.

Lo bajan al hospital y, al día siguiente, le amputan un brazo. Ha salvado aquella vida que buscó quitársela y resulta que, el negocio le ha sido tan fatal, qu está mucho peor que antes del intento. Tampoco ha muerto la Teria, pero, ya jamás podrá valerse sola. Tendr que ir en una silla de ruedas empujada por el marido, po que la perdigonada le ha destrozado parte de la columna vertebral. Así que, ambos, seguirán viviendo en peore condiciones físicas y, para colmo de males, aguantándose uno al otro.

- - - - - - - -

Vive Serafín Ayala y Eusebia **Castro**, como ya sabemos, en el piso bajo del palacio de los Condes de Valdeavellano. Con ellos viven sus dos hijas Poli y Quica, o Hipólita y Francisca, pero, ya lo vas leyendo que es muy raro en Navarijo que no se llamen por un alias, o cortando el nombre para hacerlo más corto y cómodo.

La mayor tiene diecisiete años y, Quica, quince.

Debajo de su vivienda tienen los graneros y las cuadras del ganado de labor: aquellas dos yugadas de mulas francesas que eran la envidia de los labradores.

Ha estado el Serafín tres días dudando si se lo decía o no a la Ebia aquello que le decía al señor Conde la hija de la Sopaboba y del Raposo: La Pachona, pero, no se decide por temor a la lengua larga que tiene toda mujer de pueblo, con las vecinas y **hermanas**, o hijas.

Algo le venía notando la mujer que, durante las comidas no cesa de decirle:

- Pero, a tí algo te pasa, Serafín. Yo te veo y tienes como engatillada el habla... y tú no eres nunca así de seco en la palabra.
- Que no, mujer, que no... Que no es nada... ¿No puede uno pasarse el día sin hablar o qué?...
- No, no y no... Tu tienes algún poblema, Serafín. ¿Te ha dicho el señor Conde que llevas mal el campo?
- ¡Eso no me lo dice él ni nadie, Ebia!
- ¿Te obliga a que eches de malos modales a los renteros?

¡Ojo lo que haces, Serafín...

- Que no, mujer, que no. Y él puede decir una cosa -
-que está en su derecho, dueño lo es- pero, a mí no me obligará en lo que no está acordao de nunca, y menos el reñir con los vecinos.
- ¿Te quiere despedir por eso que se ha corrido de que dicen que si dijo, que está harto de aguantar problemas del campo, y de todas las gentes que trabajan en el?
- No. Tampoco es eso, mujer.
- Pues tú me dirás que no y que no, pero, a tí te pasa algo raro en el estomago. Yo te veo que estás así como empachao de ideas o de lo que sea.
- Déjame en paz, mujer, que no tiene importancia...
- ¡Ah¡ ¡Ah¡ Pero, algo hay... ¿No ves que te lo noto como si fuese algo mío...? Veinte años, Virgen del Sagrario bendita juntos, como para no saber si te duele algo o no... Con sólo mirarte a los ojos me lo denuncian tus niñas.
- ¡Veinte años, Ebia, veinte juntos¡
- Pronto los hace, y llegaremos a los cincuenta, siempre unidos, como debe ser.
- O como tu pariente Trocalojo y la Teria, que ya sabes el final que han tenido...
- ¡Cojona, no te mires en ese espejo, y no me lo pongas a mí de ejemplo, que ahí no me veo yo, ni quisiera ver nunca a mis hijas. Nosotros, a Dios gracias, nos queremos como está mandao. Anda, Serafín, dime lo que te pasa.
- Pero, si no es a mí, mujer...
- Pues ¿a quién?... ¿dime a quién?...
- Te lo digo, pero... pero... por todo lo más sagrao del mundo no lo pregones ni lo cuentes a las hijas ¡ni al

de Allá arriba siquiera¡

- ¿Tan gordo es? ... Ya sabes lo callada que soy, que si me quiere como me quiere don José, entre otras cosas es por eso, y tú hasta de ello presumes.
-Por eso, y por lo que te toma a broma con tu cuerpo...
- ¡Hombre¡ ¿Qué culpa tengo yo de tener estas tetas tan lucidas... Además, que yo no sé quién le pudo decir a él lo que me llaman desde siempre en el pueblo, para que, riendo, me lo suelte de vez en cuando y, a mí, por ser quien es, ya sabes que hasta gracia me hace.
- No lo repitas, que a mí no me divierte.
- Pues tú también me lo dices cuando estamos sin luz en el cuarto, y te ríes como un crío...
- Allá sí, pero aquí no me hace chiste, oirte a tí misma que te llames Tetona...
- ¡Bah, bah, bah... eso, al fín y postre es chico pleito A una se lo ha dao Dios y, El sabrá por qué lo hizo el reparto, yo no se lo tomo en cuenta ni tampoco lo desprecio.
- Pero, a veces, estás hasta provocadora, Ebia...
- Si, pero no caliente, como otras. Tú sabes bien que, si tú no me templas, soy fría como nevera.
- Bueno, vamos a callar con estas sandeces.
- Es que tú, y sólo tú -como debe ser- me conoce bien todos los palmos del cuerpo, por eso hablo lo que hablo. Bueno ¿qué?... ¿qué? cuéntame lo que sea.

Sopelanas se la llevó hasta cerca de la caponera, allí donde estaban las grandes tinajas de 100 litros llenas de agua, se sentaron en el fogón y le fue diciendo

- ¿Dónde están las hijas, Ebia?
- Una en el pozo, lavando. La otra en lo de la Sabina,

la del Mochuelo, aprendiendo el corte. ¡Vamos, chico, que ya está bien de hacerte de rogar... No me hice yo tanto cuando vino lo que vino antes de la bendición...

- Le ha mandao al señor Conde una carta La Pachona.
- ¿Ella?... ¿Ella?... ¡Virgen del Carmen...! ¿De verdad?...
- Y una fotografía con un vestido de gasas y sedas trasparentes, que se le anuncian los pezones y, por lo bajo... hasta el ombligo...
- ¡Tía zorrona¡ ¿Pero tú la has visto así?...¿La has visto tú también?
- Claro. Me ha rogao el señor Conde que, de esto, no se diga nada; que no lo sepa ni mi mujer ¿entiendes?
- El señor Conde, se cree que se va meter hasta en nuestra cama... ¡Hombre, por Dios... "Que no se entere ni tu mujer..." Pues, me alegro saberlo... No, si esa, en Barcelona hizo de todo, de todo... Y decía la Sopaboba que "su hija se rozaba con la cremita de los catalanes"... ¡Coñó¡ Pues se le ha pegao bien la crema al cuerpo...
- Oye, que me parece que sí, que algo puede haber del roce, porque escribe mejor que un abogao.
- Ya. Será el de las putas pobres de la Horavieja... Te has idiotizao y todo, viendo la gasita y las sedas que me has dicho... ¿Qué le dice al Conde, qué?...
- Que la llame cuando quiera...
- ¿Que la llame ¿pa' qué...pa' qué?
- Y¿pa' qué coño ha de ser? ¿Pa' que se meta en la cama con él!
- ¡Tía zorra!... No no no... Esa mujer no entra en esta casa ¿eh?. De eso nada, Sope... Nada de nada. Yo se lo diré a la Monse, y, entre las dos y las hijas,

si pretende entrar... le metemos semejante tocata que la tienen que bajar al hospital, fíjate bien: al hospital.

- ¿Te vas a callar? ¿Véis cómo no se os puede decir nada? ¡Ya estás metiendo en esto, hasta la catalana¡ Es secreto. ¡Secreto del amo, Ebia¡
- Tú no sabes, Serafín, que la pobre doña Gaspara, la Condesa, ha mandao aquí a la Monse ésta, pa que no deje arrimarse al señor Conde a ninguna putuela busca-cuartos, que trate de embobarlo y lo deje en ridículo?
- Lo sé. Todo eso lo sé como tú.
- Pues esa es, lo que te he dicho y una lagarta de mucho cuidao, pero en ésta casa no entra. Yo, estate tranquilo que no diré nada, lo juro por estas cruces, pero por nuestra puerta no pasan zorras,ni del monte ni de las casas de putas de Logroño o de Barcelona. Estas mujeres son como una epidemia ¿me has oído?... ¡Cojona¡ y va y me dice que yo voy con lo mío presumiendo... y esa zorrona, os manda fotos con el ombligo al aire... ¡En pelotas, Serafín¡ ¡Eso se llama en pelotas¡
- ¡Cállate, Ebia, que estás hablando mucho fuerte y te puede oir el de arriba¡
- Mira, que no sé si a tí también te ha desconcertao, Serafín. Que ya dudo hasta de esa mustiedá en que has estao encerrao estos días en casa. A ver si voy a tener que bajar a Logroño y retratame como ella pa buscarte el apetito...
- ¡Calla, Ebia, que me ofendes... Bueno, y no se hable de esto más, no la vayamos a liar del todo como Trocaloj
- ¡Hola, hola hola... Pero si es que han sido así t das ellas. Si eso es herencio y ná más que herencio.

¡Buena fue su agüela, la "Mosca en leche"!... ¿Y su madre, que, por algo le llamaban de moza la "Saca y mete".? Después, se le puso la Sopaboba, pero, antes de estar casada, se llamaba o, le llamábais, como te he dicho, y "eso" no era por los zapatos... ¿Y la tía de Bilbao... no le llaman La Chelito?... ¿Quién fue La Chelito?...

- ¡Una cupletera de Madrid, Ebia!
- Y una de la calle los Yerros de Logroño, que tú me has contao que, si decía tu hermano, que cobraba dos pesetas si repetían sin saberlo la dueña!...
- Bueno, bueno bueno, qué danzas me estás sacando en relación... Así no lo acabas nunca.
- Me callo, pero, desde hoy, voy a recibir yo el correo que venga a esta casa. Yo y la Monse, pa por si acaso...

- - - - - - -

ANTONIO CILLERO ULECIA

La primavera estaba tejiendo sus galas con toda profusión de colores y aromas.

En los balcones de la Villa, se ven a miles los tiestos de arcilla cocida, nacidos en el pueblo, adornando con sus geranios que se contonean al aire, las incipientes bocas bermejas y blancas.

Los claveles sueltan, desde las ventanas, bocanadas de aroma hispano, mientras van creciendo entre barrotes, semejando graciosos caireles y taurinos faralaes.

Bonita estaba la primavera en tierras de La Rioja. En La Demanda, sólo quedaba una pequeña pincelada blanca, denunciando el residuo del crudo invierno por aquellas altitudes. Límpido y transparente azuleaba el firmamento. Grises, los montes de roble y encinos. Verdes, las vegas. Exultantes, los frutales y, bullidores, los pobladores.

Bendita tierra de amor y de paz ésta que vino a formarse en mitad de la encrucijada que forma el Camino de Santiago y, el que saliendo de los pueblos vascones va buscando la meseta castellana. En ese cruce celtibérico está la cabeza y el razonamiento noble y soñador de un pueblo variopinto y singular que, un día, servirá de ejemplo a España.

- ¿Qué te parece si vamos, mañana, a la caza del conejo Basi? Me tiene dicho Picorelli que, si nos llegamos al término de Valdeliebre, hemos de sacar algun conejo pa' la merienda.
- Oye, pues no se hable más, Serafín. Lo que tú digas hecho está.
- ¿Tienes buen cartucho montao? Que, luego, le haces mil cargos a la escopeta y a los cartuchos, y es tu vista la que nunca te deja bien, Basi.
- Los he cargao yo con tacos y pólvora de olé, que me han traído de Vitoria. ¿A qué hora salimos?
- A las ocho de la mañana.
- No se hable más.

Basi, era un hombre aficionado a la caza como donde mejores los haya, pero, inútil, totalmente inútil y negado para ella. Tan zote como donde más torpes tambien, se echen al hombro una de Eibar. Nadie daba razón de haberle visto entrar al pueblo con una perdiz, una liebre o un tasugo, y sin embargo, estaba emperrado con ser cazador. Lo único que sacaba de medio y muy de tarde en tarde, era algún tordo o alguna malviz, y casi seguro que aquellas habían de estar enfermas de glaucoma o cataratas.

Sopelanas lo llevaba muchas veces para hacerle compañía, y porque le hacía de ojeador. El cazar, como tantas cosas en este vivir necesita de habilidad, pero, muchos, se empeñan en comprar escopeta y tirar tiros, lo mismo que hay quien se empeña en cantar mucho y cuánto mejor le fuera poner cremallera a las tonalidades que

suelta. Y así ocurre con el pintar, con el escribir versos... con el bailar y, hasta con el hablar.

Lo bueno del ir a cazar es la compañía. Cuando no sale caza pues, se almuerza bajo un ciruelo, o metidos entre las hileras de cepas, cabe las hojas de parra, y respirando su deliciosa frescura mañanera. El almuerzo en el campo es toda una delicia por su paz, por el delicioso existir en plena libertad y, por el aire puro que tanto anhelan los pulmones.

Serafín, sin decirle nada a la Ebia, ha bajado esta mañana a la cuadra y ha cogido un gazapo muy majo. Lo ha atado de las patas traseras y lo lleva en en el macuto, junto a la bota del vino y unos tallos de chorizo.

Basi, ha sacado de una tinaja cuatro magras que tenía su mujer en aceite, y las ha cerrado en la fiambrera de aluminio. También se ha ocupado de meter un mollete de pan tierno. ¡Ah¡ qué felicidad, salir al campo con escopeta, alforja y salud para devorarla!

Con el arma cada uno colgada del hombro, van camino del medio día. Hablan de caza; de que ya no es nada como antes... cuando ellos eran niños y el campo era todo un orfeón, con cánticos de perdiz, codorniz y tórtolas. Que se veían cantidad de conejos y, ahora, desde hace años, están más sueltos que los obispos. Sacan a colación lo bien que se pasa un día o dos en la sierra, a la caza del jabalí. Se habla de todo, hasta que, andando por fincas de labor, sendas, ribazos y oteros, llegan al pago donde había dicho Picorelli que él había sacado pelo en más de una ocasión. Picorelli,

-todo hay que decirlo- es el cazador más fino del contorno. No se ha visto hombre con mejores condiciones que él para la caza en toda la comarca, y costará mucho que venga uno al mundo de sus cualidades, porque, Picorelli, es como aquellos hombres del Renacimiento, y, esos hombres ya jamás pueden ser iguales porque el entorno ha dejado de ser el mismo. Por eso, jamás puede haber ya otro Picorelli en Navarijo. Si hasta parece arrancado del más alejado primitivismo para olfatear pelo y pluma.

Ve una zarriada y dice: aquí hubo anoche conejo y coneja. Y no se equivoca. Sigue el rastro y, al menos uno de los dos trae para casa y venderlo. Pone por las sendas de San Cristobal unos lazos, que él se fabrica con pelo de crin de caballo, porque sabe que aquella senda, entre aulagas y tomillos, es el verdadero paso de los conejos y, al día siguiente, al amanecer, và allí y seguro seguro que tiene a un conejo trabado de una pata o del cuello.

Picorelli vive sólo. Tiene sobre sus hombros los sesenta años, y nunca, jamás, trabajó a jornal ni sueldo para nadie. Jamás dio su sudor para ayudar a otro que trataba de engañarle, pagándole menos de lo que podía valer su esfuerzo. De esto presume tanto como de lo que caza. ¿De qué vive? En primer lugar, ya se ha dicho, de lo que caza, que es trabajo diario y rentable para él. Se apaña bastante bien en lo del cangrejo y lo del caracol. Busca perrochicos por las choperas, y los vende a como le dá la gana. A veces trae -si se lo piden- ratas de río, para el panadero Talego y para el carpintero Garlopa. Les ha dicho un curandero que son buenas para el reuma y, Picorelli, se las trae cuando lo pidan. Este hombre fuera de serie, es alto, muy alto, y delgado. Lleva

una faja negra, cigarro siempre pegado al labio bajero, y boina ladeada que nunca parece vieja. Va limpio. Habla poco, pero, lo que Picorelli dice, parecen sentencias del Fuero Juzgo.

Cuando están Sopelanas y Basi metidos en una viña de garnacho, le dice el mayordomo al amigo:

- Vete tú por aquel orillo, que yo recorro ésta loma.
- Donde tú digas, Sope, allá voy yo...

Estaba Basi, como siguiendo un rastro y una larga hilera de excrementos que se le figuraban de liebre, cuando sacó con mucho sigilo Serafín del macuto el gazapo -que estaba medio ahogado y lleno de sudor- y lo ató al tronco de una cepa, a ras del suelo.

Se fue a buscar a Basi dejando al pobre animal en capilla ardiente para que, de una vez por todas, cazase algo su amigo.

- ¿Qué, has visto algo?
- Nada, chico, nada. Yo no sé cómo Picorelli se encuentra caza... o somos ciegos, o no sé qué coño pasa aquí. El caso es que yo huelo pelo... huelo pelo cagao... y nada.
- Es que tú, Boni, tienes "el tafo" mucho desarrollao. Ven para aquí; vuelve para atrás, que vamos a subir hasta el Umbillo de la Horca, por éste caballón.

Lo llevaba por entre las dos hileras de cepas, cuando -¡hasta eso¡- tuvo que decirle Sopelanas:

- No te fíes de llevar la escopeta sin colocar...
- ¡Eso hago, no me ves... Aquí me tienes... si sale algo: ¡¡zas¡¡
- Si, pero, para allá, para allá y bajito, por si acaso sale algo corriendo entre las cepas...
- ¿A ver...?

- ¡Para, para¡ ¿Qué es aquello, Basi, que se mueve junto a la cepa alta?....
- ¡Chiss¡ ¡Quieto...¡Calla, Serafín, calla... y déjamelo a mí... Anda, déjamelo... ¡Me cago en... si es un conejo más majo que el de mi mujer...

Apuntó... Disparó... Rompió la cuerda y, el gazapo salió corriendo, pidiendo auxilio a gritos...

- ¡No le has dao...! ¡No le has dao, pedazo animal...! ¡No le has dao y va riéndose de tí y de mí!..
- Pues yo, juraría, que le he pegao en metá del culo o debajo las patas traseras... Ya ves tú si tendré buen ojo ¿eh? ¡Qué merienda, Sope, qué merienda nos hemos perdido!
- Ya lo creo. ¡Mira¡ ¿Ves esto? Es la cuerda con que lo he traído atao desde la conejera. Te lo he puesto a diez metros, y le has dao a la cuerda pa' que se escape...
- Oye pero ¿cómo has hecho eso?...
- Pa' que le dieses alegría a la Tori, y ni eso, Basi...
- Lo que te digo es que, de ese Picorelli no se puede uno fiar tampoco. ¿Cómo nos iba a mandar a cazar aquí y quitarle a él su cocido?... Además, Sope, teníamos que haber traído los perros, así no se puede cazar.
- Mi perra no. Acuérdate que hace dos años me mataste una dálmata que era una joya.
- Eso es verdá. Así que era tuyo ¿eh? Pues ya lo has visto que le he dao en metá las patas...
- Tú no los cazas ni en la cazuela, Basi, ni en la cazuela.

Y se sentaron a comer las magras y el chorizo, que aquello no fallaba. Cuando esa tarde merendasen en la bodega del Conde, les contaría Sopelanas a los amigos, la faena que le había hecho el Basi.

- ¡Señora Eusebia¡ ¡Señora Eusebia¡...
- Pase, pase, Monse... Entre usted, mujer.
- No no. Es que, quiere el señor Conde que suban ustedes dos porquue tiene que decirles algo.
-Ahora mismo. ¡Serafín¡¡ ¡¡Serafín¡¡ Lávate un poco y coge la boina nueva que tenemos que subir arriba, que nos llama el señor.
- Ahora mismo voy, Ebia.

Han entrado a la sala regia, en la que tiene el Conde de Valdeavellano los ricos tapices flamencos, las banderas históricas, y donde están retratados por pintores del siglo XVI y XVII algunos de sus antepasados, los Fernández de Navarrete. Esa es la sala en la que, al decir de muchos vecinos que entran a ella, en pisando el suelo, "se acojonan"... de inferioridad ante tal audiencia de estafermos con medallas y espadones. Y llevan razón. Es, para esa familia, como el Salón del Trono del Palacio Real, pero, claro, salvando diferencias y, en lo rural castellano.

Allí está el Conde sentado en su rancio sillón. Frente a él está el matrimonio que cuida casa y hacienda. Ha querido que se sienten frente a él Serafín y su mujer, la Eusebia. Los ha llamado para decirles que, inesperadamente, adelanta el viaje. La señora Condesa -les dice- me ha llamado por teléfono y me ha pedido que vaya cuanto antes. Así que, señora Eusebia, téngame todo listo para el sábado a las ocho de la mañana.

- Si señor. Le prepararé otra vez sobadas y los

dulces, que tanto le gustan a la señora Condesa.

- Exacto.

- Así que¿nos deja otra vez?...

Aquí terció Serafín:

- ¿No va a esperar don José, hasta el lunes -siquiera hasta el lunes- que es San Isidro y vamos a tocar los de la banda en el kiosco como estaba prometido?

- **Imposible,** no puedo, Serafín. La señora Condesa -saben todos ustedes- que no está muy bien de salud, y, si me llama, alguna razón ha de tener.

- Pues lo vamos a sentir todos los músicos mucho, señor Conde. Cuando lo sepan van a pasmar...

- Os daré lo prometido y tú repartes para cada cual su importe. Otra cosa. Me está diciendo Eladio, que los ensayos son un verdadero water de olores, Serafín.

- No sé qué es eso, señor Conde...

- Un escusao -que también se dice por aquí-: un retrete.

- Ah, ya... ya... ¿Por?...

- Hombre... y me lo preguntas... Porque no hay uno que no haga sus necesidades gordas cada cuatro palabras. ¿Creéis -y te hablo como músico que eres y no como mayordomo- que, por ensuciar a Dios y a todos los santos, se afina mejor? ¡Ah qué tierra esta, Serafín... qué tierra esta!.. Eso, en un artista es síntoma de analfabetismo y de bruticie. Eso hay que enterrarlo ya. ¡Ya¡

- Que lo diga usted, señor Conde. Es que, en ésta tierra se creen todos más hombres, ensuciando a todo lo divino. Se lo diré yo a Serafín mil veces al año y como si no.

- ¡Calla tú, mujer... Eso necesita don José... que le pongas más gasolina a la cerilla...

- Te dice la verdad. Tenéis al santo de Eladio que no es

capaz de decir coño por no herir al sexo femenino, y me dice que lo zarandeáis como os dá la gana, envuelto en burradas. Incluso, me ha dicho, que te lo diga muy en serio ya que él no se atreve, y tú se lo adviertes a los demás.

- Si ya lo sé, vaya si lo sé. Es que hay cada cenizo, señor Conde... que no acaban de saber cuándo se entra y cuándo tiene que salir, y, en reprendiéndole o, cuando se dá cuenta que lo ha hecho mal, pues ensucia a lo que más a boca tiene...
- ¿Por qué no estudian más?
- No serían músicos. Eso es como si el señor Conde nos dice que hablamos mal, y siendo así, ¿por qué no cogemos los libros y estudiamos para hablar bien? Yo le digo que preferiríamos dejar la lengua lleca, antes que pasarnos horas estudiando gramática o geografías, o como se llame todo eso que vimos de niños. Tocamos como chiflamos, por facilidad de no sé qué, pero lo sabemos hacer. No se preocupe que lo de los juramentos se pueden quitar. El caso es que salga bien, y estoy seguro que sale más bordada que si la tocan todos esos músicos que están encima el Altar Mayor, con violines, guitarras y laudes.
- Bueno. Ya os lo he dicho que me voy. Aquí se queda Monserrat al cuidado de la casa y de cuanto necesitéis. Se queda también porque tiene que darle de comer a vuestro Director y al fraile Deogracias.
- Nada nada, que sea para bien el viaje.
- Otra cosa, Serafín. ¿Qué hay de los medieros y renteros?
- Dicen que no quieren irse...que no se van, y que si

sembramos algo nosotros, ellos lo segarán, pase lo que pase. Que, a usted le sobran fincas aquí, en Navarra y en Andalucía, y, ellos, no tienen más que eso que llevan de usted y lo pagan según se trató en su día...

- Así que, según eso, Serafín, ¿mandan en lo mío...?

- Tanto como eso, señor Conde, no, yo diría que no.

- Tengo pensado venir en septiembre -si es que no pasa nada en casa ni en este país, donde todo es posible- pero, para entonces, quiero libres mis propiedades de intrusos. ¿Me oyes?... ¿Me estáis oyendo los dos? Tú verás qué haces, ya sabes que tienes carta blanca para todo, absolutamente para todo. Yo no quiero tener pisando mis fincas a marxistas que me impongan, además sus doctrinas.

- Sí señor. No faltaba más. Vaya usted tranquilo que eso corre de mi cuenta. ¿Quisiera el señor Conde que esta noche, vengan algunos de la banda para darle la despedida, como se hacía en años de su madre, en gloria esté?

- Si son los de la vez anterior no. Además de brutos tu sabes Serafín, que vienen dos que son primos de los que no me dejan las fincas. No sé si vienen para alegrarme o porque ellos se alegran de que me vaya de Navarijo.

- Eso es verdad, sí señor Conde. Qué olfato tiene usted...

- ¡Les dices que se la den a Lenin!

- A lo mejor no saben dónde vive ese señor...

- Serafín... no seas torpe... Ese que te está diciendo el señor Conde, es el que nombra el cura tantas veces

desde el púlpito... ¡Incauto¡ Es el de los bolchiviquis... ¡Los rusos¡ -pa que entiendas... ¡Ah, pero que asadura tienes!...

- Eso le pierde, Eusebia, que cree que todos son buenos.

- ¡Hombre¡ Es que no había caído, don José... A veces, usté me lía mucho con sus saberes.

.....

A las nueve de la mañana llegaba el "coche de línea", de la Empresa Barrio. Era un autobús muy poco cómodo, pero, que siempre iba lleno de viajeros hasta en la baca, colocados entre los muchos bártulos que porteaba. Antes de llegar a Navarijo, había salido de otros tres pueblos más pequeños, de ahí que había de madrugarse sobre el horario, para tener un asiento en delantera o, atrás. Se detenía, debajo de un gran olmo que había en el cruce de carreteras, frente al viejo hostal de peregrinos, antiguo convento, después, de San Francisco, y desde finales del siglo XIX, casa cuartel de la Guardia Civil. Para cuando hacía su parada ya tenía a más de diez navarijeños esperándole. Los jóvenes se metían antes de hacer la parada, y las mujeres los llenaban de improperios por poco educados. El griterío que se organizaba, era simpático y lleno de buen humor, porque, los que ya venían acomodados desde los pueblos comarcanos, estaban en los asientos de berlina, e, incluso, en la misma delantera, junto al chofer, que era para los hombres lugar codiciado porque también ellos se creían conductores. Así que, los de Navarijo, habían de pasar por entre piernas con sus capachos, con sus bolsos repletos de cosas que bajaban a la capital con cestaños de mimbre, pegándoles en las narices a

quienes no movían un centímetro el traste, por temor a verse desposeído de él en cuanto se descuidara un poco.

Allí se oían los disparates más gordos, tanto de hombres como de mujeres, pero, todo ello era como una fiesta porque se viajaba hacia la capital y constituía un goce, tanto por dejar una jornada sin trabajar, como por visitar las calles de Logroño; sus comercios; los cafés, y ver a los parientes.

La primera que entró en el coche y se colocó en el único asiento que quedaba libre -aunque malo- en berlina fue la Quica, la hija del mayordomo. La había mandado su padre para cogerle buen asiento al señor Conde.

En pocos segundos se habían colocado a los costados del autobús, todos los bártulos que habían de subir a la baca: sacos de patatas. legumbres, hortalizas, conejos... cabritos o corderos... bicicletas: de todo. En el suelo estaba Logio, el de la Pitona, dándoselos a Fachenda que era el cobrador y, ahora, en lo alto del vehículo acomodaba todo de forma que, también pudieran viajar ocho o diez pasajeros en el doble asiento que estaba fijo encima justo de la cabina del conductor.

Bajaba el señor Conde con su gran corpulencia y su indiscutible personalidad de aristócrata, por la Cuesta del Caño. Atrás quedaba la gigantesca iglesia y, al costado izquierdo, su palacio. A la derecha, las plazas escalonadas q ue le dan no poca gracia y belleza a Navarijo.

Al lado del Conde van Serafín, con una bolsa de cuero, y la Ebia, que lleva doblado el abrigo del amo. Todos los que estaban dentro y fuera del autobús miraban al aristócrata que partía hacia Barcelona. Se oían más de cuatro críticas contra aquellos criados del oligarca, crí-

ticas movidas por la envidia. Otros, le sacaban la tira al Conde, tratándole de mujeriego. Se decía, se decía... que, a la pobre Condesa, le encajó de recien casados un paquete de sífilis que, desde entonces, la pobre mujer no valía ni para hacer sus necesidades. ¿Verdad? ¿Mentira?...

Para todos resultaba no poco extraña, la soledad en que vivía aquellos meses en la Villa que nació, y a la que no venía desde hacía más de diez años.

Bien es verdad -todo hay que decirlo- que no dio jamás motivo para hablar de él en cosas de faldas. Más se le criticaba como tirano y poco generoso para el vecindario, pero, cada cual es como és... y si procedía duramente contra los renteros, debe reconocerse que entra dentro de los intereses y el juego a que obligan en cada quisque sus propiedades ¿o no?...

A mitad de camino bajando hacia el coche de viajeros, le dice Serafín a su mujer:

- ¡Mira, mira Ebia... quién viene por la carretera?..

Lo dijo muy bajo para que no llegara el chisme a oídos del Conde.

- ¡Recoño bendito... Si paice que me lo estaban diciendo, y paice que me lo estaban diciendo...¿Qué vida llevará esa "pendón"?

- ¡Calla¡ ¡Calla, y ya veremos si se sabe algo...

En efecto, por la carretera, en busca del coche de línea, que era como se llama al coche que transporta viajeros y el correo diario, venía, airosa como un ventarrón... movida, como una calesa...bonita, como un amanecer... perfumada, como puesto de frescos jaz-

mines y claveles: La Pachona. Lucía un vestido rosa pálido, sin mangas, cuando ir así ya era en ese tiempo un atrevimiento en la Rioja rural. Tenía abierto el escote hasta el mismo inicio del arranque del pecho. Llevaba una falda plisada, que se abría y cerraba haciendo graciosos vaivenes, y formando giros caprichosos según las piernas se movían en airoso compás.

Era La Pachona, ancha de caderas y estrecha de cintura, por lo que más de una lengua larga de Navarijo, dijo a su vecina: "Chica, yo te digo que esa, ésa... no tiene muestras de haber parido,-digáis lo que digáis..."

Tenía los ojos negros, pícaros; la boca grande, adornada por labios rojos, carnosos y reventones. La nariz respingona; la frente despejada y noble. Preciosa de verdad estaba esa mañana La Pachona. Y pensar que sus padres vivían malamente allí por lo más alto del pueblo.

La madre se dedicaba a lavar para quien la buscaba, por enfermedad o por frío; a hacer colchones, y, al desabrido menester de mondonguera. El padre, era guarda de campo. Tenían cuatro hijos más, a los que apenas podían vestir ni calzar. La Pachona era la mayor y, desde que se fue, hace ocho años a Barcelona, no era ni muestra de aquella cría llena de roña y mocos que se llevó el de "La Filosera", para meterla a servir donde saltara.

El Conde, tras de saludar finamente a todos y todos sonreirle con devoción, tomó el asiento calentado por la Quica. La Pachona llegó al coche, oyó más de cuatro cosas, pícaras, verdes o guarras -que de todo saben decir las gentes del campo- y se ubicó en el ángulo del último asiento, tras de haber desdeñado más de cuatro

que le ofrecían los casados y solteros, para llevarla a su lado. Se les oía decir:

- ¡No vayas ahí, Pachona!... ¡No vayas ahí que te se van a mover mucho las tetas y nos vas a soliviantar a todos¡
- ¡Ven aquí, conmigo, chiguita, y nos evitas un altercao gordo, por lo que te ha dicho el Pichango!...
- Eso le pasará a tu mujer, majo, que, seguramente, no lleva sostén nunca... ni los conoce...-le dijo ella riendo y enseñando una dentadura blanca y bien cuidada.
- Es que, la mía, no nesecita protegelos pa' las tentaciones de los hombres...
- ¡ Uff¡ ¿Qué más quisiera ella,y tú...?
- ¡Tú si que los llevas bien, guitarra...!
- Oye, y porque no te he dicho, que,la tuya...los tiene esmirriadillos... de tanto criar a seis conejos... ¿a que sí?.
- Eso es verdá, pero tú no las dejarás dormir mucho en esas alforjas, chiguita... Oye, te digo de verdá, que no sabes el dolor que me dá no ser joven pa meter la mano -si me dejabas- entre esa espetera...
- Esta no se ha criao pa tu morro, ni para tus dientes, Cachorro... Hay que saber conformarse con lo que cada cual tiene en casa, y tú,ya te apañaste en su día, además, mira lo que te digo: pobre de tí y de tí, Tomillo, si se enteran vuestras mujeres de lo que me estáis diciendo a escondidas de ellas.
- Llevas razón, maja, y llevas razón. Estos hombrones son unos bocazas y poco vales. -le dijo

una mujer de pueblo vecino, que no le quitaba el ojo ni la nariz de encima.

Había llegado al coche la señora Visita, la del difunto Silve, el de las vacas de la Serna. A su lado estaba el hijo mayor, con un saco de cebollas, de puerros y de lechugas.

- ¡Trae pa aquí, Fermín...! ¡Dame el saco por aquí¡ -le dice Fachenda gritándole desde la baca.

Estaban en eso de echar el saco a lo alto del coche, cuando le dice la madre al hijo, que era pastor desde siempre, y desde siempre bastante corto de imaginación, no obstante tener la cuarentena encima.

- ¡Fermín, hijo, anda, sube a casa y bajas las persianas!... ¿Me has oído?

-¿Qué me decía, madre?

- ¡Que no te olvides de bajar las persianas cuanto antes!

- ¡Si,madre¡

Se acomodó la señora Visita como buenamente pudo y, Fermín, echó a correr hacia casa. Faltaban dos minutos para que arrancara aquel armatoste de autobús, que nunca salía sin dar las nueve por segunda vez.

Fermín subió corriendo a casa. Cogió una silla y descolgó las dos grandes persianas de los balcones. Luego, descolgó también las de las cuatro ventanas, y bajaba corriendo con la carga al hombro, cuando ya el coche había soltado el freno y comenzaba a roncar como asmático.

Aquellos que hacía tres cuartos de hora que estaban dentro no cesaban de decirle al chofer:

- ¡ Vamos... ¡Tira ya, Gasolina!... ¡Arranca de una vez

que, aquí no hay quièn pare...! Joder, si no se pue ni respirar... y qué olores!...

Nunca falta alguìen que mira hacia arriba y por las carreteras adelante, a ver si viene algún tardío, y esta vez ha sido la Quìca quièn ha visto a Fermín que venía corriendo por la cuesta de Santiago. Se ha puesto la niña delante del coche para detenerlo:

- ¡Espera¡ ¡ Espera¡ ¡Aguarda un poco que viene por allá uno corriendo!

Los de la baca también pataleaban para que se detuviera Gasolina. Todos los días pasaba lo mismo... Hasta el momento de arrancar aparecían mujeres que venían peinándose o atándose algùn lazo o cinta del vestido. A veces, cuántas, ha tenido què parar después de haber hecho más de trescientos metros camino de la capital. Fachenda, se asoma por la ventanilla opuesta a la del chofer y dice:

- ¿Quién coño es el que viene ahora?...
- ¡Fermín¡ ¡El de la Visita, que viene con la carga al hombro¡

Llegó ahogándose de cansancio y peso... Se colocó a la par del coche y le dice a su madre:

- ¡Ya las tiene aquí, madre...! ¡A poco no llego...¡Jolín, qué tomatada...
- Pero ¿qué me has traído, desgraciao?... ¿Qué me bajas al coche, desdichas? ...
- Pues, lo que ha dicho usté: le he bajao las persianas. Aquí están todas...
- ¡Ay¡ ¡Ay¡ ¡Ay, Dios mío... ¡Matáimelo!... ¡Quitármelo de mi vista que no quiero ni verlo¡ ¡Que las bajes pa que no entre el sol en las habitaciones¡...

¡Idiota¡ ¡Idiota¡... ¡Risión del pueblo¡ ¡Anda y súbelas otra vez, y a ver si sabes ponerlas, desgraciao¡

Una carcajada coronó las últimas frases de la señora Visita, la del pobre Silve, en gloria esté, que aquel también tenía sus historias. Fermín era producto y raíz del que lo creo, que todo sale según el árbol y la planta que se pone. Ya dice el refrán bien sabido en Navarijo: "De padres carrasqueños hijos pinchudos..."

El coche partió hacia Logroño, y, el viaje, -como todos ellos- fue una hilaridad constante. Mientras tanto, Fermín, estaba tratando de colocar aquellas argollas en las escuadras de los clavos y, casi casi seguro, que tendrían que llamar al carpintero. Aquello le valió para que algún gracioso -que nunca faltan en Navarijo- con la música de una canción que estaba muy en boga, y se titulaba: "El sombrero de Gaspar", le colocase una letra dedicada a Fermín, y que decía así:

"Fermín... Fermín...
Vete a bajar las persianas...
Y Fermín se sonreía
con muchísima ilusión
al ver que llegaba a tiempo
y el coche no se marchó."

*

-¿Qué me dices de esto, Serafín?
-¿De qué Ebia, de qué? ¿De las persianas de Fermín?
- No hombre no. Eso es chico pleito. ¡De lo de La Pachona¡
- ¿Y qué quieres que te diga?... Que viaja en el coche.
- ¡Ay, tontorrón del coño..., Que se va con el Conde...

- ¿No jodas, Ebia? ¿Crees tú que se va con...
- Esa se va con él como me llamo Usebia... Y te lo puedo jurar hasta por estas...
- ¿A Barcelona...?
- No. Allá no. Que a mí no me la da tampoco este hombre,-pa por si acaso... Ha dicho ayer que quiere conocer mejor El Pilar y la iglesia La Seo, de Zaragoza... Eso por un lao... La madre de ella, ha dicho en la tienda Patitas, que, La Pachona, igual se queda a ver qué plan hay por Zaragoza... que Barcelona ya no es lo que era hace años... ¿Eh?...
- ¡Jodó¡ Vaya nariz que tienes, Ebia...
- ¿Ves? ¿Ves...? Y luego, ¡zurrí y dale, a rezar misas y rosarios todos en casa,-estando él,- y como a destajo¡
- Pa salvarse de las tizonadas, mujer. Eso es una prevención que hace el que tiene y puede.
- Sois todos iguales, iguales. La de la foto, ya ves que no perdió el tiempo...
- Oye, es que La Pachona, tiene una abrazada que vamos a dejalo, Ebia...
- Tira, tira pa alante, que tienes dos hijas mozas y eso no debes ya ni decirlo. Que no está bien en un padre de tus años decir esas sandeces, Sopelanas.
- Y, además, de verdad, sí señor. A callar, Serafín, y a no dar malos ejemplos.

.....

Hizo su presentación la banda de Navarijo, y les colmaron de aplausos y parabienes. Qué bien, pero qué bien salió todo aquel concierto en la plaza de Amós Salvador. Para aquellos mozos y casados, las calles de la Villa, de hoy en adelante habían de ser pequeñas, estrechas.

Adornados con sus trajes de pana nuevos, con qué seguridad daban los repiques del tambor, los zurriagazos al bombo, y los platillazos atronadores para que se dieran cuenta quién es el que manejaba esos instrumentos. Qué bien sonaban los de viento y los metales. Lástima grande que no les viera el Conde de Valdeavellano, a quien debían la iniciativa y el progreso.

Cuando estaban templando y haciendo labio, el bajo daba unas notas rarísimas. Por más que Volador soplaba y soplaba, como siempre, aquello no le gustaba al Director.

- ¿Qué pasa, Feliciano?-le dijo don Eladio.
- Pues, que no me salen claras las notas. No sé qué será, o, si, a lo major se ha destemplao por tenerlo en el alto. De todos modos, ya sabe usté que llevo así dos semanas, pero, como ahora nunca.
- ¿Le has dado la vuelta?
- No. ¿Pa qué?...
- Puede tener retenida excesiva saliva.
- Que no señor... Pero, de todos modos, poco cuesta.

Lo volvió campana hacia el suelo y salieron tres

corchos de garrafón... y, lo que nadie podía esperar: ¡una rata muerta¡

La carcajada de todo el conjunto fue general, pero... callada también, para que no se enteraran los que curiosaban aquellos prolegómenos del concierto. Volador la tapó corriendo pero, la vieron...

- ¿Cómo se ha podido meter ahí? -le dice el Director.
- ¡Que se joda, don Eladio¡ Esta se metió y no pudo salir... ¿sabe por qué? Porque está más limpio que el oro. Porque lo dejo con el Sidol, brillante como una alhaja, sí señor. Ésta patinaba y murió por destrozarme a mí como músico. Y, no sé si no me la habrá metido mi mujer... ¡Ummm¡
- Esa llevaba ahí, Vuela, unos meses. Tú tienes el bajo pa cepo, en la cuadra y en el alto.
- Oye, y además de verdá...
- ¿Y los corchos?
- ¡Buaf¡ Esto es cosa del mocete, que se ha estao dedicando a ver si los embocaba ... y lo ha conseguido.
- Anda, Feliciano, vete a la pila y dale un lavado, no te vayas a coger una infección.
- Pero que no va a sonar bien, don Eladio.
- Sí hombre sí.
- Pero, si por mí... ¿No la vé que está como pergamino?
- Vete a lo que te digo y luego lo secas bien.

Y así se hizo, pero, la noticia corrió por todo el público y ya no se olvidaría en la Villa.

Tras de cada obra ejecutada y repetida -eran pocas las que sabían-, dejaban los instrumentos en el suelo del kiosco, se limpiaban el sudor, y bajaban por las escalerillas a mezclarse con el público. Aquello era el

no va más de satisfacción. Sabían -como les había dicho el boticario en una ocasión- hasta un idioma nuevo, el de Don Hilarión Eslava, del que tanto y tanto les hablaba el Director. Cualquiera les hablaba esa mañana, de ir a cortar carrasca para los talleres y panaderos... A meter orillas, o, a desacollar... Y, sin embargo, había que hacerlo; tenían que seguir viviendo de lo desagradable si querían comer y mantener a la familia, que, con lo de la banda... no salía ni para unas zapatas, o un tubo de Sidol. El arte, fatalmente en España, no tiene cotización por desprestigiado, por ignorado y por atacado. Ojalá que un día esto cambie, pero, si viene así desde siglos ¿por qué arte de magia ha de cambiar?

*

Viven en el barrio del Arrabal, un matrimonio sesentón que, tras de casar a los tres hijos han quedado solos. A él se le conoce por el apodo de Oremus, y, a ella, por la Cornamusa. Lo de Cornamusa le viene de muy atrás, quizá más de veinte años, cuando sacaron en concurso del Ayuntamiento lo de la alcabala, y ella se compró una trompetilla para ir echando bando de cuantos venían a vender al pueblo. Lo de trompetilla no le gustaba nada, y, alguien, más culto, le dijo que no era trompetita sino cornamusa, palabra que le gustó no poco y, por decirla frecuentemente se la enjaretaron de por vida, y es que en los pueblos ¡jo¡ no perdonan nada.

Esta familia siempre había tenido ganadería lanar. Era gente económica donde las haya. Las dos hijas casadas, buscando mejores horizontes económicos, marcharon a Logroño. El hijo, Braulio, casó con una vasca que vino a servir a lo de los Tosantos, y reside en Mondragón.

Oremus ha sido, desde que casó, víctima de la mujer. Ella, la Cornamusa, le ha controlado hasta lo más mínimo tanto el dinero como el trabajo. ¡Pobre Oremus¡ No vendía ovejas, corderos ò lana, sin que ella estuviese delante para echar cuentas y llevarse los billetes o los duros de plata bien escondidos; allí donde no se podían ver y menos caer. La Cornamusa no se fiaba de que Oremus tocase ni un Amadeo. Oremus no podía ni ir al café de Lesmes el domingo, porque, la Cornamusa le decía que era un despilfarro y hasta cosa de vagos, y que si la mujer se queda en casa ¿a santo de qué tiene que ir el marido a gastar? Para eso y nada más que para eso se había instituído el matrimonio, que es como un concierto a partes iguales. La Cornamusa no tenía pelo de tonta.

Y, el pobre Oremus... pues se tenía que ir el domingo por la tarde con el ganado a silbar por oteros, umbrías y ribazos. ¿Qué otra cosa podía hacer, si llevaba ella los pantalones y la parte cantante? Por algo la bautizaron así, que, la gente del pueblo podrá tener todos los defectos que se quieran, pero, de tontos, nada.

Los vecinos sabían que, aquel matrimonio, no obstante vivir tan ajustaditos... tenían que tener muchos billetes, porque gente más económica no se conocía en cien leguas a la redonda. Se casaron las hijas y, en vez de ponerles el ajuar -que es la norma en las madres- las mandó con una mano atrás y otra adelante...

Hace medio año, vino de Mondragón el Eliseo, y, el hombre pensó en pedirle a los padres unos miles de pesetas para comprar un viejo caserío que se vendía en aquella zona, y que le pareció una verdadera ganga el que cayera en su poder, suponiendo que sus padres le facilitaran los "cuartos".

- Yo, chiguito...-le dijo Oremus- si en mi mano estarían las pesetas, cuenta que eran tuyas...pero, ya sabes, desde que tuviste uso de razón, que la cajera es la que te trajo al mundo. Pídele a ella y ya veremos qué decide... aunque, chiguito... lo veo más difícil que volvela moza. A mí la idea, hijo, me parece buena, pero, es que tu madre es en la casa el Ministerio de la Hacienda, ya está todo dicho.

Se lo dijo a su madre y nones.

Hecho el viaje y caliente como estaba por comprar el caserío se decidió a por otra carta:

- ¿Qué se cree, tío Serafín, que me ha dicho mi madre cuando le he pedido el dinero en préstamo?
- Alguna trola bien urdida, como si lo viera...que tu madre se saca de la cabeza las fábulas mejor que aquel Samaniego de los libros...
- Dice, que tiene cuatro perras mondas y lirondas... y que, lo poco que tiene, está en lo del Zaratán -en su banco, pa que me entienda- y lo tiene a plazo fijo, así que, con ello no se puede contar ni hoy ni hasta que acabe el plazo...
- Tu madre es más lista que el hambre... y cuidadito que ésa, lo es un rato largo.
- Yo, había pensao, tío, que, si le viene a usté bien... vamos, cuando caiga la conversación a

punto ¿eh?, que... pues, que podía decírselo al señor Conde y, a lo mejor ¿eh?... tratándose de usté... y pagando lo que sea menester, digo yo qué...

- Mira, Eliseo. Si te digo que van desfilando por esta casa más de medio pueblo con peticiones de lo más raro que puedan imaginar y a nadie le ha dao un rial... ¡Chacho, chacho, chacho, qué manera de venir a pedirle desde pa un caballo, hasta pa arreglar un desván o pa comprar un olivar... Saben que este hombre no le dá una perra chica ni al Lucero del Alba, ni pa la propia iglesia y venga a recibir gente y más gente!...
- Para la iglesia sí que dá...
- Es verdad, Eliseo. Don Millán, que es más zorro que tu madre, le ha rascao -y no sé cómo lo habrá hecho- para que pague todas las cristaleras de colores en las ventanas de la iglesia. ¡El único¡ Los demás se han ido como han venido. Oye, te lo digo a tí en confianza por lo que somos: Está que trina con todos los de este pueblo, desde que andamos liaos con los renteros y los que llevan las piezas a medias. ¡Si lo vieras¡
- Pues yo pensaba que, a lo mejor él... estando uste por medio...
- Nada. Ni hablar. Este hombre es como hermano de tu madre tocante a dar dinero: coto cerrao.

Y el hijo de Oremus, después de oído esto, se fue para el País Vasco sin poder meter diente al caserío.

Se muere Oremus en el campo, estando cogiendo berros en la fuente la Calavera, que dicen son los más "sangrinos", y los de Navarijo saben lo que dicen. El albo-

roto que se organiza en la casa no lo contamos y dese por sabido.

Las hijas suben con los maridos y los pequeños de la capital. Viene de Mondragón Eliseo y Maite, con sus dos retoños. Pasan vecinas, vecinos...¡medio barrio hay dentro y fuera de la casa¡

A Oremus, ha dicho el médico, que le ha dado un infarto. Un vecino, que oye lo que ha certificado el médico, le dice al que tenía a su lado:

- Oye, a ese le ha pasao eso que te llamamos a tí: El Miocardio...
- No me jodas con esas bromas, Puencio, y no me jodas, que no te quisiera yo ver a tí en ese trance. Todos sabís bien que, a poco, me muero..
- Bueno, pero, desde entonces te bautizamos con lo de Miocardio, por tanto como lo decías en el frontón y en la barbería...
- Ya, pero éste ha tenido peor encarte...

En la casa están en plena desorganización y algarabía, para vestir al muerto y decidir dónde se coloca de cuerpo presente a Oremus, si en el portal o en el comedor... Más tarde traen la caja de Logroño. Hay quien le peina al pobre Oremus el flequillo, y otra le abrocha la bragueta, las cosas deben ir bien en este mundo y camino del otro.

Se arrima Floren a la caja y le dice la hija mayor, la Juani, que es la más atrevida y mundana de las tres.

- ¿Qué te parece Floren, cómo está tu amigo, mi padre?... ¿Verdá que se ha quedao hasta guapo y todo? ¡Ay, si era más majo que un sol¡

- No ha quedao mal, no, pero, lo veo un poco así como descabezao... como desnucao, pa que me entiendas.
- Oye, y además de verdá.

La Juani, que era ardilosa para todo,y limpia como el oro,-todo se ha de decir-, se fue a buscar por los muebles, por los baules... una almohadita aparente. Le revolvió, sin decirle nada, los armarios y cómodas. ¡No valían¡ Eran todas grandes; no entraban en la caja, hasta que ¡por fín¡ halló una pequeñita, bordada con iniciales,y cerrada por los costados: aparente. Ni que la hubiera hecho su madre a medida para cuando la "cosa"ocurriera.

- ¿Ves, Juani, cómo te decía yo que estaba mal tu padre? Ahora sí que está, talmente como dormido.

La Cornamusa lloraba en la cocina y no quería ni ver a su pobre Luis en el cajón. Ella quería mantener la imagen de cuando estaba vivo y en activo. No quería tener el recuerdo del mal gesto último, que es horrible... Además, quería que las mujeres la consolaran y hasta le dieran tila,o te del monte con todo cariño.

Se organizó el entierro y, tras de él cada mochuelo se fue a su olivo, que era el hogar de cada hijo, quedando sóla la viuda. No quiso, ni por nada, que los hijos durmieran en su casa... parece que hasta le estorbaban...

Los días están pasando fatales para la Cornamusa, que tiene un dolor de sienes que nadie se lo quita. Han subido las hijas para hacerle compañía y hablar de economía... de tiempos pasados pero ella no sigue la conversación: le va a explotar la cabeza. No dá razones de cómo estaba todo en vida del padre. Sólo piensa en su mal, en lo que tiene dentro de la cabeza.

Prefiere callar y no hablar nada, más bien llorar a solas su desgracia. Los vecinos dicen: "Pero vamos vamos... qué chasco nos ha dao esta mujer, si pensabamos que quería al dinero más que al marido y, mira mira, si hasta se va a morir de pena".

- Vamos a bajar a un médico mañana mismo, madre. Esto no puede seguir así, y que él le diga qué es lo que tiene usté en la cabeza. Yo creo que eso es lo normal en estos trances, pero, vamos a bajar y que lo diga un especialista.

Y bajaron pero, antes de ir al médico, la cogió la hija del brazo, la sentó en un banco del Espolón y le dijo así:

- Madre, ya está bien de pamemas ¿eh?, yo creo que ya está bien y ya está bien... Ayer, hemos hablao los hermanos ¿eh? de lo que dice usté que tiene en el banco, y vemos que nos ha engañao como a chinos.... Usté tiene que tener dinero en otros Bancos o Cajas ... o, donde sea, y no lo quiere decir... ¡Hable claro de una vez por todas, que ese es su dolor de cabeza¡

- ¡ Ay, Virgen Santisma bendita... qué cosas tiene una madre que oir!.. No tengo nada, nada de nada (Y lloraba como una Magdalena, como aquella que dicen le bañaba a Jesús los pies en lágrimas).

- Madre... que nos miente... ¡Que no nos chupamos el dedo... ¡Que no nos hemos caído de un olivo... ¡Que ya está bien de pamplinas...

- ¿Pero no ibamos a ir al médico...Juani?

- Eso luego, ahora saquemos las cuentas ¿Dónde están los mil duros que sacó de la venta de las ovejas que le vendieron a Cachavo?
- Gastaos, hija, gastaos... ¡Ay, de mí... ¿dónde estará aquello, según he gastao en casa?...
- ¡Mentira y gorda, madre¡ Usté los tiene escondidos donde sea ¿Dónde?... ¿Dónde?...
- Bueno. Ya que te empeñas, te diré dónde están escondidos algunos ahorros, pero, no me hables más de esto que me arde la cabeza, Juani.

Cogieron allí mismo un taxi, fueron a Navarijo, entraron en la cuadra y sacó, de entre el cumbrero y una sopanda, un bote lleno de duros de plata. ¿...?

- ¿Ha visto, madre, cómo yo soy medio adivina? A mí no me la dá usté... ¡Recoño...si sabré quién me parió...
- ¿Y el médico, hija...? ¡Yo quiero ir al médico¡
- Mañana bajamos otra vez.

Se repite al día siguiente el mismo viaje, y se repite en el mismo lugar que el día anterior. Aunque la Cornamusa no quería ni pisar el Espolón, por miedo al asiento, la hija la llevó por él porque dice que el médico estaba en la otra hilera de casas, y tuvo que ceder. No la sentó en el mismo lugar, que la llevó cerca del kiosco, donde hay un bar, y le dijo:

- ¿Quiere tomar un vaso de leche o un té, madre?
- No no. Yo quiero ir a lo del médico...
- Pero ¿qué cojona es lo que le pasa a usté, todo el día con su cabeza y con un médico?... Usté tiene algo muy gordo que nos lo está tapando y tiene que decirlo.
- ¿Yo? ¿Yo? Pobre de mí... Lo que tengo aquí es un

disgusto más grande que ese armatoste... Lléva-
me al médico que a lo mejor me alivia...

- Vamos a ir en seguida, madre, en seguida, pero, antes hablemos claro otra vez aquí solitas. ¿No es usté católica? ¿No teme **al oído** de Dios que todo lo oye y lo ve?... ¡El oye todo, Madre¡ ¡Que es más poderoso y pillo que usté...

- Mucho le temo, Juani, mucho...

- Pues Dios sabe que está engañando a sus hijos y a sus nietos... Dios sabe que tiene más nidos...en un lao o en otro... Que, a Dios no se le engaña y le va a salir -por mentirosa- un cáncer en la sesera... y, después, se va a chupar un infierno terrible por **mentirosa** y mala idea...

- Ya lo se, hija, ya lo sé... pero, yo te digo que las dos estaremos juntas... No creas que tú lo vas a engañar tampoco... Además, si voy al infierno, ya me sacaréis rezándome...

- ¿Yo? ¿Yo?... ¡Ya pue usté asarse como las chuletas, madre, que yo no apago el fuego ni le doy una mano!... ¡Hola, con ella¡ No teníamos otra cosa que hacer que encargale misas... y usté nos tiene escondidos todos los ahorros de mi padre...¿Dónde metió usté, aquello que sacó de los chopos que le vendió **al Manduca?** ¿Dónde lo del vino y los almendros? ¿Dónde madre, dónde? ¡Si no lo canta ahora mismo, ni médico ni cojones, eso pa' que lo sepa y sea usté como debe ser¡

- ¡Ay, ay, ay...! ¡Pobre de mí y pobre de mí!... Ya llegaréis a mi edá ya... Mira que Dios te está oyendo...

- Y a usté no ¿verdá? ¡A usté no la oye ni dios¡

- En el alto tengo otros tres botes de tomate con duros y alguna onza...
- ¿Ha visto cómo no me chupo el dedo? ¡Cojona, si pa' ganame a mí usté ha nacido torpe... ¡Vamos ahora mismo a por ellos¡ ¡Como que no lo sabía yo,eh?...

Otra vez el taxi. Otra vez a llamar a su hermana y, a Navarijo, a por el nido de la Cornamusa.

Pero, la mujer de Oremus, no dejaba de llorar y llorar. ¿Qué tiene la Cornamusa?... Para ella no había más razones que sus hijas, el día del entierro de su marido le habían robado. ¡Sus dos hijas eran unas ladronas¡

Se lo ha dicho, al cabo de diez días a su cuñada la Patro, que ha venido de Calahorra.

- Patro, en casa tengo a dos ladronazas... ¡He criao a dos ladronas peor que el Pernales!.. Te lo digo de verdad, Patro.
- No puede ser.
- ¡Que sí y que sí! Yo no quiero que esto salga de nosotras porque ellas lo van a negar ante quien sea.
- Yo las llamo y se aclarará todo.
- No las llames. ¡Ladronazas, y para eso me sacan hasta mis botes... que los guardaba pa' mi vejez!... ¡Ay de mi, Patro, qué vida me espera y qué vida¡

Y las llamó. En la cocina están los tres hijos, su hermano Tian y su cuñada Patro.

- Bueno, usté dirá tía Patro, pa qué somos llamados los hijos a su casa...
- Vuestra madre dice, y ese es el dolor que tiene enci-

ma, que le habéis robao vosotras dos todo lo que ella tenía guardao desde siempre, y que fue el día del entierro de vuestro padre.

- ¿Nosotras? ¿Nosotras? ¡Si será remala y bien que remala...
- Vosotras sí, y no me desdigo de nada. Vosotras me habís robao...
- Madre. Cuide la lengua que eso no se pue decir. ¿Qué le hemos robao, qué?...-le dice la Juani agarrándola de la toquilla y dándole un zarandeo que casi la tira-.
- La olmadita... La olmadita bordada, con todo el dinero que tenía dentro...
- ¿Qué olmadita ni qué cojones dice usté?
- ¡Calle¡ ¡Ay¡ ¡Ay, Dios mío... ¿La que se ponía usté pa echarse la siesta?... ¿La bordadita con sus letras, que siempre se sentaba en ella por las almorranas...? ¿La pequeñita?...
- ¡Esa sí¡ Os la habís llevao aprovechando el jaleo del intierro de vuestro pobre padre.
- ¡Cojona bendita¡ ¿Sabe dónde está? ¿Sabe dónde está metida? ¡¡Debajo la cabeza de su marido¡¡ ¡Debajo la cabeza de mi padre¡ ¡ ¡En la caja está metida¡ ¡En el camposanto está¡
- ¡¡Ay, Ay Ay¡ ...

Se desmayó la Cornamusa. Hubo que llamar al médico de cabecera corriendo porque se iba de este mundo a galope. La Juani y la Merche que la veían en semejante estado, no cesaban de decir:

- Bien le está y bien le está. No le quiso dar en vida una peseta al pobre hombre y ahora pudre los billetes de mil ¡Joderse¡ ¡Joderse por ruin

y miserable. Si no fuese quien es, ahora mismo entre las dos hijas... teníamos que meterle una tocata de padre y muy señor mío, para que cante lo que aún tiene por la casa escondido, pero ya ¿pa qué? ¿pa qué?

*

—Padre —le dice la Quica a Sopelanas—: La tierra de la "güesa" sigue otro día más sin moverla... Mi hermana y yo entramos por las tardes al camposanto, y allá tiene Oremus los crisantemos secos y las piedritas que puso usté hincadas, pa ver si lo sacaban de la tierra por la noche buscando la olmadita...

- Seguir, seguir por las tardes mirando, como si fueseis a rezar por alguien, que, a Oremus, estoy bien seguro que le van a dar media vuelta los de la capital o el de Mondragón... ¡Vete a saber los billetes que tiene el pobre hombre, y pensar que no lo dejaba ni ir al café... para no gastar un real.

. . . . . .

Hace ya bastantes semanas que, el palacio del Conde de Valdeavellano está sin su titular. Lo que le falta en calidad de título, lo gana en libertad, por tanto salen ganando los sirvientes de don José Fernández de Navarrete, siempre que aprecien lo que vale la libertad, que no todos saben estimarla.

Siguen, eso sí, los otros dos servidores: Monserrat y el Director de la banda. También estos gozan de más espacio libre dentro de lo que cada cual pretende: la criada catalana, por no cumplir con rigidez el servicio de comidas y de ropa; al no estar "su" Conde le queda más tiempo para ir a sus "vicios" preferidos que son los actos religiosos, para toda solterona no deja de ser su club amado. El señor Eladio, don Eladio para muchos, puede dedicarse un poco más a recorrer el campo y hacer algunas escapadas a los pueblos comarcanos.

- Ten cuidado, Ebia, de las hijas.
- ¿Cuidado de qué?...
- De nada, pero, te advierto que tengas cuidado con ellas.
- ¿De qué o, de quién?...
- Con quién ha de ser, ¡cojones! ¡Con éste hombre que tenemos desde hace un año en casa!

- Hombre, hombre, hombre... Ya es hora, Serafín, de que te caigas por una vez del burro. Mira que te ha costao convencerte, por el aquél de que era tu diretor... y era mucho listo y mucho bueno.
- Y lo es. Y lo aprecio en lo que sabe y vale en ese terreno, pero... pero...
- Pues, majo, sobre la Poli y la Quica no temas nada, que, ese hombre -pa que lo sepas- no apunta hacia las hembras, y el caso lo tienes bien claro con lo de ayer tarde.
- Por eso te lo digo, Ebia, y, por eso te lo digo. Yo creo que, ésto que ha pasao debíamos decírselo al Conde en dos letras, o cuando vuelva, pero él debe saberlo. Si nos ha traído al pueblo a un desgenerao, pues que se lo lleve a Barcelona y lo meta en su casa, pero no donde estamos nosotros.
- No te metas, Serafín, en cosa de ellos y te salga el tiro al revés, que, con estas gentes no sabes ni cómo quedar bien. Aquí tiene a esta raspa de mujer que la mandó la Condesa pa controlarle sus pasos... pues que sea ella la que le pase el cuento de lo que busca su marido, y nosotros sigamos con lo encomendao desde tu padre, que es la hacienda y paz Cristi.
- Y además de verdá. Vales un Potosí, Ebia.
- ¿A ver? ¿No ha vuelto aún del juzgao ¿verdá?...
- No ha vuelto. ¡Menudo runrun hay por el pueblo; Ahora, ya ves tú, hasta los jóvenes te salen destapándose con cargos: "que si a ellos también les hacía caricias... "que si les daba besos, como una madre"... "que si patatín que si patatán"...
- Así semos aquí, Sope. O los ponemos en los alta-

res, o los quemamos en hogueras. ¡Coña, qué pueblos estos¡

Pero, oye ¿no tenías que haber ido tú de testigo para decir lo que sepas o le hayas encontrao de raro...?

- Pues sí, pero no... Yo les he dicho que, pa mí, es un hombre bueno y normal mientras no se le vean otras cosas. Que yo no voy a soplar en ese fuego por gusto -como otros- de decir que son importantes porque los llaman al juzgao.

- Bien está. Pero yo creo que sabes algo de lo que es este hombre...

- Intuyo... Intuyo, Ebia, pero yo no aseguro nada.

- Pa qué cojona te metiste en la música, si cuando hay que dar la nota, reculas... y dices que no sabes solfa.

- Yo me metí pa tocar el parche, Ebia, como sabes que lo hice con los moros. Yo no sé solfa, ni falta que me hace. Con las tonadas me pasa como contigo, que las pesco sin acabar de soltarlas, y les hago el repique con los palillos que parece que habla en tambor ¿entiendes?

- Quieto... Quieto, que parece que ya no te ha gustao lo que te he dicho y me vas a soltar cuatro disparates de los tuyos.

- Es que no hay una conversación donde no me salgas diciendo que yo no sé música... y que no sé música...

- Pero eso es verdá, Serafín...

- No me sé los métodos de Don Hilarión, pero yo llevo la música aquí, aquí metida, y eso es lo que vale: oir canciones sin haberlas, eso, dice el cura, que sólo lo han hecho los santos ¿quién te dice que no voy para ello?...

-No me convences.

- Escúchame, Ebia y caete del burro. ¿Sabe don Gregorio, el maestro soriano más que Agustín Gaita?

- ¡Hombre¡ ¡Hombre... qué salidas...

- Pues sabe, te lo digo yo, de unas cosas, pero, pa los números que me den a Gaita y está ciego, y no ha ido nunca a la escuela... y no sabe ni coger un lapicero, pero, le digo yo o tú, que tengo cuarenta años, cinco meses y ocho días y medio, y, antes de echar una cuarteta, me dice: Sopelanas, tienes tantos meses, tantas semanas, tantos días y minutos. Naciste el día tal... Te casaste con la Ebia, el día tal... y, ese año murieron tantos, y nacieron tantos. Y así cada año, y en todos los que van de siglo. ¿Qué me dices a eso?

- Que llevas razón. Como ese hombre no se ha visto otro igual.

- Pues es analfabeto, pero lleva las tablas todas y los calendarios en la sesera, en su despensa, que no tiene fin para las cuentas. Pues eso me pasa a mí con la música.

- Está bien, Serafín, será así como tú dices.

- Lo es. Pero tú la gozas machacándome día tras día, cuando sabes que toco el tambor mejor que un alabardero de Madrí.

*

En el juzgado estaban reunidos, el juez, el secretario del juzgao, que lo es también del ayuntamiento. Un jovencito, educando en música. El padre de éste y dos hombres de los tildados "buenos". Faltaba para comenzar el acto que se presentara el Topera, el músico que, como sabemos, toca el trombón.

Sólo, triste y preocupado estaba don Eladio.

Una vez que hubo entrado este último, -Topera-, y que tomó su asiento junto a los hombres buenos, comenzó aquella sesión que se había de desenvolver más o menos así:

En un pequeño estradillo estaban sentados Salvador Loza, que era el juez, y a quien llaman El Modorro, porque se queda dormido hasta con las cartas en la mano jugando al subastao... A su lado, el secretario, que era un viejecito rechoncho, chaparro, que vestía de negro siempre, y llevaba encima más lámparas que las que están alumbrando en la capilla del Pilar. Yo no sé cuándo o quién le puso a don Hilario Crespo la dentadura, pero, aquello era motivo de risa verle hablar. Los pueblos, tienen vecinos, que son tan hábiles para bautizar al que nace averiado o viene de fuera, que deberían proponerles para un Premio Nobel sobre el Aliasismo. Lo triste es que nunca se sabe quién es el que así bautiza, pero, que hay genios en ello no cabe ni dudarlo.

Allí está el juez, a quien se le conoce más -y razones habrá- por el Modorro. Allí está, como hemos dicho, don Hilario Crespo, secretario, al que se le conoce en la Villa, como El Castañuela, por cómo le suenan los dientes postizos. ¡Pobre don Hilario¡ Los niños, que también son la rehostia, -y con perdón-, según dicen los navarijeños, le gritan: ¡Hilario¡ ¡Atiza¡ o ¡Atiza, Hilario¡ y es porque, el hombre, se llama de segundo apellido: Atienza. Cuando un niño dice ¡Hilario¡¡Atiza¡- es de ver a los de la cuadrilla, que abren la boca y todos suenan los dientes como castañuelas; igual que cigüeño encima del nido y en celo. Da como nauseas, oirle al "secre" el sonar de los dientes amarillentos, o tener que esperar a que subcione, con los labios prietos, y le suban

los de arriba hasta encajar en el paladar, encaje que no dura más de dos segundos, porque, con el peso del torpe sistema protésico, ¡zas¡ le caen otra vez y le apagan la voz. Son igual que un telón que cae constantemente, o, como una rabiosa cortina dental.

Sentados, como hombres buenos,-a ellos les agrada que así los tengan en la Villa, pero, de sobra saben todos que son más malos que ni sé...- están el Nando, que también es conocido por Mojamé...y Miguel Ruiz, a quien llaman, Pelaire.

Al padre del niño llaman Gallo, y ha de ser porque tiene el flequillo a semejanza de una cresta de los machos gallináceos.

Toca el juez la campanilla. Manda a todos que tiren la vista hacia el Cristo de la Verdad, y que se santigüen como lo hace él en nombre de aquella figura, que fue torturada y crucificada por los judíos.

- Ya pue comenzar usté don Hilario.

Subiéndose los dientes lo más alto que puede y, ajustándoselos incluso con los dos pulgares metidos a cada lado de los ángulos labiales, comenzó diciendo aquel hombrecillo pequeño, de nariz chata y chaqueta pringosa:

- Tenemos aquí una denuncia promovida por Agapito Rupérez, en la que se dice que le contó el lunes su hijo Tomasín -aquí presente- que, don Eladio Majuelo, Director de la Banda de Música de este Municipio, se lo llevó de paseo con falsas palabritas, por el Camino de las Cruces del Calvario, y que, cuando estaban en el Portillo de las Diligencias,

le dijo su Director, viendo que el niño tenía alguna necesidad, que, si quería hacer una meada, que se quitase los pantalones, para echar mejor la orina.

- Espere, señor secretario -le dijo el juez muy grave. ¿Es eso verdad, don Eladio?

- Lo es, señor juez, lo es, señor secretario.

- Sigo. Que, usted, don Eladio, le ayudó a quitarle la ropa, y que luego, agarrándole la... la chiflilla-él dice que cuanto quiso... y oponiéndose él a tanto- le dijo al niño: Te la voy a comer como un tallo de zarza mora... ¿Es eso verdad, don Eladio?

- No señor. ¡Miente; ¡Miente ese niño que ha dicho eso;

Otra vez mete baza el juez para decir;

- Señor Rupérez... Tú, Gallo: ¿No es eso lo que has dicho al secre y éste tomó nota de ello?

- Sí, señor juez... así es.

Siga usté don Hilario.

- Sigo. Se dice en Navarijo, que usted, señor Director, quiere ir de paseo más con los niños que con los hombres. ¿Asegura usted que eso es así?

- Así es. Cristo sabemos todos que dijo: "Dejad que los niños vengan a mí".

Aquí terció el juez:

- No se meta usté con el clavao de ahí arriba, que ese es otro cantar, y responda a lo que le dice el señor Atiza, Atienza, he dicho.

- Señor Director: ¿Puede usted decir, ante el señor juez y ante ese Cristo, y ante estos dos hombres buenos que no quiere a los niños más que a todo lo demás?

- Los quiero. Me gusta estar con ellos y enseñarles música y educación. Me gusta cómo piensan los niños. Ellos carecen de maldad. Yo quisiera llevarles por buen camino.

-¿Ese camino que dice usté es el de Las Cruces?...

-¡El de las buenas sendas del vivir, sabiendo lo que es bueno y malo!

-¿Hizo usted, don Eladio, eso que ha dicho el niño a su padre? ¿Jugó usted con la... con...eh?

- Quizá sí, pero no en el sentido que aquí se ha dicho para difamarme. Yo ayudé al niño a quitar los botones, porque él no podía. Yo tampoco fui muy hábil, y, como el niño bailoteaba y se podía orinar en el pantalón le dije al quitárselo, que, si hacía pis en él olería muy mal y hasta le pegaría su madre.

- ¿Es eso verdad, Tomasín?

- Si. Él me lo dijo.

- ¿Te dijo aquello del tallo de zarza?...

- Si. Me lo dijo.

- ¡Mentira¡ ¡Mientes, Tomasín¡

- Aclare usté eso bien -le dice el juez con cara de lo que allí representaba y a él mucho le gustaba de vez en cuando parecerlo-. ¿Cómo va a inventar el mocete esas cosas?

- Yo le dije -señor juez- cuando tenía el culo al aire: Ahora, te daba yo con una mata de zarza en las manzanas... y verías cómo saltabas igual que un corderillo.

Se hizo un silencio. Nadie hablaba. Por último, el juez, les dijo a los hombres buenos:

- ¿Qué decís vosotros? ¡Hablaide, que esto ya está planteao... Decidir qué os parece y qué se hace sobre ésto que aquí se ha dicho.

Se levantaron Mojamé y Pelaire. Se metieron

en una especie de despensa o cuarto oscuro, que ya venía desde el tiempo de María Castaña para ese menester, y cuando salieron dijo Pelaire:

- Hemos decidido que, aquí, hay una picardía del mocete. Que ese ha oído algo del run run que hay por el pueblo sobre el Diretor... Que nosotros no diremos que sea del todo trigo limpio, pero, como se trata de un mocete, y no de una moceta -ya me entendís- pues, hemos pensao los dos hombres buenos, que siendo una hembra la cosa variaba, pero... como es chico ¿eh? Vaya, que la cosa no pue pasar a más, y que, pa nosotros, no es más que ganas de joder al hombre su conduta.

- Señores -dice el juez- Eso está muy bien hablao. Yo creo que se ha dicho la verdá, y que es un juicio bien bien ajustao a lo que todos estamos pensando. ¿Qué dices tú Gallo, a todo lo que te ha contao tu mocete?

- Pues yo digo, que, como éste me lo haiga inventao... en llegando a casa se mama una tocata como no se la pué ni figurar, por chapucero.

- ¡Mía no es la culpa, padre, mía no es la culpa!

- ¿Pues de quién entonces?

- Me dijo mi madre que lo diga así...

- ¿Tu madre? ¡La madre que la... ¿Y, por qué...?

- Porque el señor Eladio no quiso meter en la música al tío Claudio, el que toca las castañuelas...

- ¿Qué hacemos, señor juez? -dice el secretario.

- Dar esto por terminao y, a tí Gallo, decirte que, si yo me ajusto a la Ley, echáis a este pobre hombre a perder pa toa la vida, y eso no debe ser así. ¿Os dais cuenta bien todos lo que vale un juez que sabe estar en su asiento como Dios manda? ¡Hale¡ Marchaos

todos y, usté señor secretario, vea qué debe hacer con esos papeles.

- Quemarlos señor juez. Quemarlos, y, de lo que aquí se ha tratado que no quede ni memoria.

- Pues eso. De todos modos, Eladio, don Eladio... y, entre hombres que semos todos -salvo el mocetetiene usté en Logroño cada torda en lo de la Pepita, que se van del mundo. Déjeme a los chicos en paz y haga lo que hacemos todos -y lo digo porque no nos oye ninguna de las nuestras-.

¡Hala, vámonos y que no se vuelva a repetir más, ni medio en broma, lo de la meada y la zarzamora, don Eladio.

. . . ------ . . .

Funcionaban en la capital -como en todas las de España e incluso en no pocas cabezas de partido judicial- las casas de prostitución. Aquellas casas venían hasta el siglo XX con más antecedentes históricos que las de los duques de Alba o de Nájera, por sólo decir uno de allá y otro de acá.

Y que nadie nos tome por chauvinistas. Yo, no voy a pregonar, como muchos saben hacer en estos tiempos por bares y callejas, que somos en ésto y en ésto y en ésto... los mejores de España. Me cuidaré yo, muy mucho, el decir lo que sólo canta aquel que jamás salió de su rincón y va adornado con glaucoma, y dice con vanidad estúpida-¡oh burrada¡ -que yo, hasta lo he oído: "que las vegas de La Rioja son mejores que las de Valencia y Murcia, que aquello no es ni para descalzar a La Rioja". Otros dicen a boca llena, que "mujeres mujeres, guapas y bien plantadas; las nuestras, las de aquí." O que "para vestir bien, como en La Rioja en ninguna parte." "Los mejores carroceros de vehículos del mundo: Los de Logroño." "La mejor gente para darte hasta la casa: la de aquí." Nada nada, para muchos, no hay tierra más ejemplar y gente más admirable y guapa, que ésta que vive y habita en esa franja de tierra que culebrea junto al Ebro, desde Las Conchas en Haro, hasta

el confín de Alfaro.

Yo no diré jamás desatinos de esos que se cuentan y cantan por la Calle del Peso, la Rua Vieja, la Calle San Juan o la Mayor. Lo que sí digo es que, aquí, hubo gentes de mucho poder para el Estado y que construímos - o construyeron España- desde La Rioja, tanto como lo haya hecho Burgos, León, Valladolid o Sevilla. Ahí está lo de Don Pelayo que arranca con nuestro primer impulso de libertad y llega hasta don Práxedes Mateo Sagasta, el pobre bronce que, en la incivil contienda del 36, lo tiraron al Ebro por ser liberal.

Antes de llegar a saber aquello que se vive en la capital por ferias y fiestas, sepamos lo que ha pasado en Navarijo esta mañana en horas del medio día, y que no podemos dejar olvidado o cerraríamos para la historia rural de la época del treinta, una página de rico humor riojano.

Estamos en verano. Hace un calor horrible. Es el tiempo en que los niños hacen charcas por los ríos para zambullirse en cueros y a plena radiación solar. Lo de las piscinas ha venido mucho después, con esto del desarrollo y de la contaminación, la falta de amor al arte y la insensibilidad para toda tragedia humana, y las hay todos los días por el mundo.

Hay, por el término de la Vega Baja, un pequeño río que, con el correr de las mínimas aguas en miles de años, hà formado entre lo arenoso del lecho y al hallar una capa de lastra, una cascadilla de dos metros de altura.

Al pie de ella existe una pequeña charca, que no

tiene más de ocho metros de diámetro, pero, eso sí, nunca le falta agua porque parece que sale allí, en tiempo no estival, una pequeña fuentecilla. Baja seco el arroyo en época de verano, que es la que estamos relatando, pero, por merced del agua que conducen desde arroyo Salao, y la que traen por acequias altas del pantano, cuando los labradores riegan sus huertas y viñas, el agua perdida va hasta el cauce sediento y se escucha entre matas y espinos, el cascabelear de la cascadilla.

Ha esperado el Cuezo -que tiene próximo a ese pequeño pozo una viñita- a que se vayan todos los niños que llevaban allí dos horas de holgorio y griterío, corriendose los unos a los otros por caminos y huertas. Otros se divertían, escondiendo la ropa a los que se bañaban, o, haciéndose diabluras sobre sus cuerpos y sus gestos.

Cuando ha visto Ernesto, "el Cuezo", que ya no había allí nadie; Cuando ha echado la vista al campo en todos sus trescientos sesenta grados -y eran las dos de la tarde- no oyéndose sino el cantar de las cigarras y las aloyas, ha pensado que a él también le apetecía tirarse desde lo alto, como un niño más hasta la charca y darse un buen remojón, que, desde hacía muchos años no conocía su cuerpo esa travesura... ¿Por qué para el hombre deben estar cerrados esos caprichos juveniles? ¡Faltaría más¡ A veces el hombre quiere -y hace muy bien- ser mozalbete, aunque sea a escondidas del semejante para no recibir críticas.

Pronto y bien mandado, se ha quitado el Cuezo la camisa y el pantalón. Se ha soltado las alpargatas y ha quedado sólo con el calzoncillo largo, calzoncillos aquellos que era como llevar doble pantalón, salvo que los interiores, a semejanza de los de "gudari" iban atados con unos hiladillos a los tobillos. Esta prenda tiene que venir -yo así la juzgo en mi atrevimiento sastreril- desde lo más lejano del medievo. ¡Pues, aún no se han desterrado¡ Estamos en 1982 y yo veo, de vez en cuando, esta prenda puesta al sol para secarse tras del lavado. Claro que la usan los viejos tobianos, pero... la usan, porque se vende.

Y, el Cuezo pensaba:

- Me dan ganas de sacarme también esta pijada de "canzoncillo" que me obliga hasta en verano a ponerme la Upe... pero, ¿y si viene alguno por la senda?... ¿Y si me cai alguno de sopetón, que por aquí tiene además, una piecita La Perrona...? ¡Uy, si me ve esa metido y en pelotas... ¡Pa qué Upe, la que armamos¡ No no, bien mirao, mejor me tiro así y, si la cosa me gusta, pues... me acacho en la charca y me los saco, o me los dejo... eso ya lo veremos, Cuezo...

Tiró la boina sobre las ropas y ¡Zas...¡ lo que vio él en los niños lo repitió tirándose a mitad de la charca. El Cuezo no sabía que, aquellos niños que él veía tirarse sabían nadar como truchas... Y también, el Cuezo suponía que, aquella poza, no tenía más de un metro de agua, pero ¡ya ya¡... ¡ya ya¡... Golpeó en la poza; se asustó como si fuese un presunto ahogado y comenzó a bajar... a bajar... a bajar... En el fondo había barro desde vete a saber qué siglo, porque la poza no tenía salida desde lo más hondo...

¡Ay, madre mía... Pero ¿qué es esto?... ¡Yo me ahogo...! ¡¡Auxilio¡¡ ¡¡Auxilio¡¡ ¿Quién está por ahí?... ¡¡Socorro¡¡ ¡¡Venide aquí, que me ahogo¡¡

Ya tenía el agua en el cuello y estiraba la cara y brazos hacia arriba buscando engancharse a un rayo de sol, pero...como si no. Por fín parece que hizo pie en algo duro y detuvo la bajada. ¿Qué hacer en semejante situación? Nada, absolutamente nada. Si se movía, corría el riesgo de seguir hundiéndose más y más en el cieno... Lo mejor será gritar y que venga La Perrona, o el Judas, o quien sea, pero que vengan y me saquen de aquí... Ahora van a creer todos que estoy borracho... Pero ¿a quién se le habrá ocurrido meterme a mí en la cabeza que me dé un baño?... ¡Ay, Virgencita de Sagrario...no me abandones en este trance... Yo te prometo que, este año, llevas las mejores uvas del pueblo. Si no las tengo las robo pa tí, pero, sácame de aquí por lo que más quieras... Y, estos mocetes ¿cómo no se ahogan como yo,..? Porque pesan poco, claro... si no tienen ni culo ni tripa y yo parezco un tonel... ¡¡Socorro¡¡ ¡Auxilio, vecinos¡¡ ¡¡Venide a la charca y darme una mano¡¡

Oyeron gritar desde muy lejos, Sopelanas, la mujer y las dos hijas, que estaban entresacando remolacha, en la finca del Calvero.

-¡Callar¡ ¡No habléis, coño¡ Juraría que he oído pedir socorro...

- ¡Calla calla!.. Desde que estás en la música todo te parecen voces y cosas extrañas...
- ¡¡Callaide, he dicho¡¡ ¡He oído pedir auxilio¡

No había terminado de decirlo cuando llegó hasta ellos el S O S del Cuezo:

-¡¡Venide corriendo que me ahogo¡¡ ¡¡Aquí, vecinos aquí...¡Que estoy ahogándome en la charca¡¡
- ¿Habéis oído ahora?
- Sí, padre ,sí... Y es en la charca del Porringla.
- ¡Vamos todos que allá hay algún chiquillo pidiendo auxilio! ¡Vamos Ebia¡

Corrieron los cuatro y llegaron a un tiempo al borde cubierto de matas y ortigas. Allí donde estaba la ropa del bañista.

Cuando la Ebia miró al fondo de la charca y vio al Cuezo dijo:

- ¡Recoño bendito... Tú tenías que ser, calamidá!..

Y Sopelanas también dijo lo suyo:

- ¿Paro, qué haces ahí, cernícalo...? ¡A que estás borracho otra vez?...
- ¡Borracho y Cuezo!..
- No no. Estoy en mi sana razón,Tetona...
- Oye -le dice Sopelanas- ¿Es que no te das cuenta que tengo a las hijas también?
- Perdonaide... Que no sé lo que me digo, Serafín... Que estoy a punto de ahogame... Daime una mano cuanto antes o soy muerto...

Las hijas de la Ebia y Sope, reían de la mejor gana viéndole que estaba con la cabeza sólo fuera y en mitad de la charca. Les parecía un perro de aguas...

Aquí terció una vez más Sopelanàs:

- Pero, vamos a ver, vamos a ver Cuezo, -que lo estás casi siempre-, yo no entiendo que te haigas metido en una charca de agua con el asco que le tienes a esa bebida. Què te tires a un lago, a un cubo o a un tinanco lleno, -aunque sea de mosto,- lo entiendo, pero, verte ahí y què te haigas metido pà' bañarte... es que no lo puedo creer.

- ¡Dejasus de hìstorìas y sacarme de aquí cùanto antes¡ Date cuenta, Sope, que me hubiá tirao a lo mejor de cabeza, y ha sido de pies.' ¡Sacaimè Ebià, por favor os lo pido...'

- ¡Ay, ay, qué majo este... Qué salao... Tú dirás ¿cómo te sacamos estando en la mitá de la charca?

- Lleva razón mi mujer. Vente hasta la orilla y te doy la mano...

-¡No puedo¡ ¡No puedo¡ Estoy aquí como entorcao... Hasta medio muslo tengo el cenaco... ¡Ahora sí que no me meto en el agua ni aunque me lo mande el médico'.. ¡Con ésta... cruz y raya, Ebia.'

- Mirad hijas lo que váis a hacer. Vais a ir a lo de la mujer de éste naufrago, la Upe, ya sabéis en donde vive, y que baje ahora mismo con una soga y una polea grande. Vosotras traéis de casa, dos o tres picotes del carro y un manojo de lías pa ver si lo levantamos con una diferencial...

- ¡Corride, majas, corride , ya véis cómo quedo' ¡Oíde: si no baja la Upe, mejor..' No le digáis nada a ella, que le tengo más miedo que a la charca.

A la media hora, quizá antes, ya estaban allí las hijas de Sopelanas con lo pedido por su

padre. Bajó también la mujer del Cuezo, la Upe, la Venenosa, que, desde lejos se le oía gritar y decir al marido mil disparates. ¡Ay, qué cosas le dijo la Venenosa al ver al marido en semejante trance! Lo puso a caldo. Le llamó, borracho... inútil... destroza-casas... vergüenza de la familia... vago... infeliz, y, risión de todo el pueblo: de todo le dijo, y él callado como si fuera sordo y no entendía nada... ni le ocurría nada de nada. ¿Y qué podía decir, si estaba con la muerte a diez centímetros de la boca...?

Las vecinas que bajaron con la Upe, no se privaron tampoco de decirle nada. Por el camino venían más de veinte críos corriendo para ver al Cuezo ahogándose y pidiendo auxilio. La charca de Porringla parecía una pequeña plaza de toros con todo el público mirando al redondel, donde el Cuezo era la víctima.

Armó Sopelanas el tinglado talmente como si hubiese servido en marina; como un experto albañil montando andamios. Le tiró una punta de la soga para que la agarrara el naúfrago, mientras le decía a tres mujeres que tenía detrás del artilugio:

- ¡Venga, agarraide todas de ahí cuando yo diga, y tirar con cojones pa'atrás!.. ¿me habís oído? ¡Tú, Cuezo, enróllate la soga por debajo los sobacos, y agarra la punta bien fuerte con las dos manos!

- Ya estoy, Serafín, ya estoy, majo...

- ¡Venga ya¡ ¡ Todos con él ¡ ¡Arriba¡ ¡Arriba¡¡

Salía del agua el Cuezo, igual que se eleva un pingo de sábana tras de haberlo estado metiendo dos horas entre barro.

- ¡Vamos¡ ¡Vamos¡¡ -decía Sopelanas a las mujeres y niños que tiraban de aquella soga.

Allí había risas a granell... De vez en cuando, se le oía decir a la mujer del Cuezo:

- Os digo, y además de verdá, que, a éste desgraciao, en llegando a casa, no sé si no le meteré una tocata de palos...pa que no me repita más esto... Tú, no me lo haces más, mal hombre!

- ¡Alto¡ ¡Quietas¡... -gritó Sopelanas.

Y era porque, el Cuezo salía de la charca, igual que bagre o pescadilla... Ya tenía fuera pecho y parte de cintura, cuando le gritó desde arriba la Upe: ¡¡Nesto¡¡ ¡Nesto¡¡ ¿Qué me has hecho de los canzoncillos?... ¡¡Que no te los veo, Cuezo¡¡

- Con ellos me tirao, Upe... ¿Yo qué sé...?

- Pues no los sacas puestos, ¡mariconazo!...

Una carcajada coronó las últimas palabras de la Venenosa, quien siguió diciendo:

- No me digáis, chicas, que no es esto pa' matalo y pa' matalo...

- Bueno -dice Serafín, el Sope- ¿Qué hacemos? Este hombre no puede quedar así colgao como un judas... ¿Lo sacamos en pelotas o, qué se hace?...

- ¡Sacailo¡ ¡Sacailo como sea¡ -dijo la Upe.

- Oye -dijo una vecina- las casadas no nos vamos a asustar, digo yo... Una nesecidá es una nesecidá...

- Pero ¿váis a tirar de una vez, o no?... Sope, que ya no puedo más...

- Chiguitas, -les dice el mayordomo del Conde a sus hijas- Poli y Quica, marchaide para casa que aquí se pa a poner a la vista un cuadro algo feo...

- No sé por qué nos tenemos que ir... ¡Jolín con este hombre que se cree que somos siempre nenas...¡
- ¡Me cago en la madre que... -y va, y suelta la soga Sopelanas bajando el Cuezo medio metro más... dando un grito que se oyó desde Laguardia -

Y vosotros también: ¡Fuera de aquí los mocetes¡ ¡Largo de la charca todos¡

- ¡No nos dá la gana¡ -dijeron tres o cuatro que estaban pasándolo en grande sentados en el borde de la poza-

Hasta tiraban con piedras para asustar al Cuezo y, éste, cada piedra que tiraban y le saaltaba el agua a la cara, los miraba como para fulminarlos.

- ¿Lo saco o no, Upe?...
- Ya tenía que estar fuera.
- Mira, chica, que se le va a ver la pajarilla ¿eh?
- Eso no es pajarilla ni nada, te lo digo yo; Eso es una mala lombriz que apesta a vino, como su boca.
- Venga, tiraide sin duelo...! ¡Arriba con el¡

Otra vez comenzó a subir la soga pasando por la roldana. El Cuezo dejó al descubierto las caderas y sus partes...¡ Ay qué partes... qué partes¡... Los niños -que de todo hacen juerga- reían a carcajadas. De pronto, el rubio, el pecoso, el de la Potorrín, al ver que el Cuezo dió un giro total dice a los amigos:

- ¡Fijaos¡ ¡Fijaos...cómo baila...

Y la Upe:

- Decirme si no es esto un remedo del ceomo...¡Ay madre mía, qué cuadro, y qué cuadro..!

El Cuezo se mordía los labios, miraba al cielo y blasfemaba de todo. Las vecinas le decían:

- Ahora, chica, ya pues lavalo y ponerlo a tender, porque está como una mandria...

-¡Una vara de fresno buena tengo que ir a cortar pa' domale las costillas y que no me lo repita esto más en su vida! Pero qué desgraciada soy...y qué desgraciada... Si llevaba razón mi madre,-todas lo sabís como yo.

El niño rubio les dice a los otros:

- ¡Miraide¡ ¡Miraide lo que saca...¡Lleva una sanguijuela en la picha!... ¡Joder, qué miedo, Verio¡

La Upe que les oyé les dice:

-¡Dejáisela, chiguitos... ¡No se la quite nadie, a ver si se la come y se emborracha también ella!...

¡A casa, chapuceros...¡A casa todos¡¡ ¡Todos a vuestras casas, a ver si también la tiene así el padre que os trajo al mundo¡¡

Sentado en cuclillas está el Cuezo, encima de la hierba agostada. Tapándose está las vergüenzas con las manos, como si fuese el primer hijo en el paraíso navarijeño que quiso bañarse en la charca del Porringla. La mujer, que tiene que lavarlo y llevárselo a casa, no cesa de recriminarle:

-¡Qué cuadro... ¡Dios mío que cuadro nos está haciendo ésta desgracia de hombre que tengo... ¡Mirailo, mirailo qué padre de cinco hijos!... ¡Mamarracho... ¿No es ésto igual que un mono?...

- ¡Si no callas, ahora mismo me tiro de cabeza esta vez¡ ¡Calla, que, me tiro y me tiro como hay Dios¡

-¡Ahí lo tienes... Eso debías haber hecho... ¡Ay, cuánto mejor te hubieran sacao ahogao... ¡Sin provecho, más que sin provecho!...

- Qué bien te bautizaron, Upe...:La Venenosa...¡Jodó¡ qué bien bautizan en mi pueblo...

.....

Estaban las gentes trabajando, como un día más, el catorce de abril de 1931. Era un día espléndido, como debe ser la primavera y el día en que haya un gran acontecimiento nacional.

A las seis de la tarde, cuando jugaban en el frontón un partido de pelota a mano, el maestro Trevi contra tres alumnos, a los que bien les conocía por los apodos heredados de sus padres: "Cagurriero". "Mollete" y "Preñamozas". El maestro, que tendría 23 años, les ganaba con facilidad, y eso que eran los mayores de la escuela, a la que acudían en días de invierno o lluvia más de cien niños. Al cabo de unos años, le dio por crecer al Mollete, tanto tanto, que parecía un vasco pelotari, de esos de casi dos metros de altura, que suelen jugar de zagueros, pegándole a la pelota de cuero -que pesa más de 100 gramos- unos zurriagazos con la mano abierta, que acaban por destrozársela. ¡Qué deporte, tan bonito y tan desagradable para las manos¡ Dá pena ver los dedos llenos de cintas y, almohadillados, para amortiguar la potencia del choque, potencia, que, en no pocas ocasiones lleva la pelota a más de treinta metros, tras de haber pegado en el frontis.

En el frontón, viendo jugar este partido, están aquellos que tienen profesiones "liberales" y

son: el practicante Pitorré... el barbero Boquinita... el cura Satanás, y el boticario Carabañas. Un poco más retirados hay tres viejos inútiles: Anublasoles... Manduca y Pernales. Los tres están acribillados de reumas, lumbagos y ciática, tanto tanto, que no podrían, entre los tres coger una pera de agua del árbol, sin pegarle con el bastón y siempre que la tuviesen a tiro.

Los unos jugaban; los otros hablaban, o seguían las jugadas, cuando llegó con una bicicleta el hijo de Carabañas, que le dijo al padre gritando:

- ¡Padre¡ ¡Padre¡ ¡Dicen de Madrí por la radio, que se ha marchao el Rey y que tenemos en España República!
- ¿Habéis oído lo que dice mi hijo Jose Miguel?

Todos dijeron que sí pero, de momento, quedaron como mudos. Verdad es que casi todos se alegraban de la noticia, casi todos menos el cura don Simeón Cifuentes, -al que llaman Satanás con la mejor intención por lo mucho que saca en boca al del rabo largo y los cuernos-, que se fue para la iglesia como si de repente se le hubiese movido el vientre. Una cosa: ¿y, quién puede asegurar que no?...

- ¿Dónde vas, Simeón? -le dijo el boticario.
- Que... que ha dejado apenas sin aceite las lamparillas Sinovario, el monaguillo....y me estoy temiendo que puede arder el mantelito. Luego nos veremos... luego nos veremos...

Por el camino iba diciendo para sí: "¡Ay, Dios mío... Dios mío de mi vida , lo que nos mandas en este tiempo y para ponernos más a prueba...:República. ¡Señor, Señor... apiádate de tu pueblo!.. ¡Pobres de nosotros con República y según están los de

los partidos políticos y los sindicatos!... Corazón bendito de Jesús. Virgen del Sagrario bendita, bendita, bendita... trata de hacèrnos breve esta República... Ya la hemos liao... Ya la hemos liao otra vez con nuevos experimentos."

Cuando entendió que no le veía nadie, iba casi casi corriendo, como perseguido por su propia sombra. ¿A qué corría? A esconderse por unos minutos en la iglesia, y a destrozar la correspondencia y los periódicos que tenía en la sacristía. A esconder también el cáliz y la custodia, que estaban guardados en un cajón donde, también metía con alcanfor, las ricas casullas, y, aquello, no era lugar estando España como estaba... Don Simeón, temía a la República más que a la propia muerte. ¿Por qué? Porque desde niño había oído y leído que las repúblicas acaban con todos los apoyos del gobierno hacia el clero. Porque, la primera República - y sólo duró un año- fue un verdadero caos contra todo lo religioso. Porque, quizá, no les iban a dejar salir con los santos en las procesiones y, porque, las repúblicas en Rusia -que les dicen URSS- son todas ateas... ¡Ateas, sí¡ ¿Y qué decir, Virgen del Carmen, San Antonio bendito, lo que pasó en Francia, con la caída de la Monarquía? ¡Ay Dios mío... como sea verdad lo que ha dicho el hijo de Carabañas...

Llegó a la iglesia -casi se cae al subir las tres escalerillas de las gradas- y se cerró

por dentro. En la sacristía rasgó toda aquella correspondencia que le mandaban amigos, en la que exponían sus críticas sobre cómo estaba funcionando el gobierno últimamente. Pero él seguía con lo suyo y nadie le sacaba de la cabeza lo que pasó en otros países republicanos... ¡Francia... Rusia... Méjico...

Cuando acabó de romper y de esconder lo que él creía valioso, cerro la puerta del templo y se fue a casa del mayordomo del Conde, buscando un desahogo, ya que aquel hogar era casa de confianza, estando o no estando el señor Conde.

Anochecía plácidamente. En las cuadras estaba cerrando el ganado Sopelanas, con un peoncillo que llaman Saleri.

- ¿Qué vida por aquí, don Simeón? ¿Viene para ayudarnos a meter el ganao o qué?... ¿O necesita alguna yugada pa' mañana..?
- No necesito nada, Serafín, nada de nada.
- Eso ya lo se yo. Su hacienda es otra y, esa, no se hiela ni apedrea...
- Cuando cierres los animales, sube que te espero en el zaguán.
- Suba pa'rriba con la mujer y las hijas, Don Simeón, que yo creo que tenemos confianza. Espéreme en la cocina, y que le saquen un tallo de chorizo y el porrón.
- Te espero en el portal, Serafín.
- Como usté quiera...
- Es que quiero hablarte a solas.
- En ese caso, ya veo que la cosa aprieta. Subo en seguida.

Como tenía al chaval acabando de colgar los arreos de las mulas, le dijo gritando:

-¡Saleri¡ Apiensa a los animales y cierra todo, que yo voy con don Simeón, el cura. ¿Me has oído?

- Sí señor...

- Oye, Saleri. Ponle la manta atada, con el cincho, encima de los riñones a la Galana, que está mucho sudada, y cierra bien el ventanillo del Certijo, no nos pesque un torzón como la vez pasada.

- Sí señor...

- No te olvides. Oye, Saleri: baja después, a la bodega y nos subes un jarro de clarete de la cuba Pedorrera, ya sabes cuál te digo: esa que tira los aires cuando se ojea... ¡Mucho cuidadito Saleri, con meter la mano en la cuba Canóniga... Ya sabes que te hace daño el blanco...

- ¡Jolines qué hombre... pa' una vez què lo hice...y siempre me lo echa en cara!

- Tu ya sabes por qué. Ya me has oído. Mira que, arriba, te he de oler la boca y, aunque bebas con el barril te delata...

- Está bien, señor Serafín... no voy a probar el blanco de la Interquina...

Juntos subieron el cura y Serafín las escaleras -apenas sin luz- por dentro de la casa y llegaron al portal, que tenía entrada por la Calle Alta de los Caballeros. Aquel portal era una delicia de fresco y de bien cuidado. Tenía miles de pequeños grijos blancos y negros incrustados, formando gigantesca alfombra y, en el centro, des-

tacaba el escudo de los "Valdeavellano". Bordeaba el blasón una leyenda con letras de dos cuartas de altas, en piedras blancas, leyenda que hablaba desde más allá de cinco siglos de trayectoria política y guerrera.

La puerta que daba entrada al palacio, por la Calle Alta, era una joya en trabajo castellano de madera y forja. ¡Qué maravilla de clavos y de aldaba; de cerrojos y enchapao en la cerradura¡ En el portal había tres puertas más, y dos largos asientos en piedra berroqueña, uno a cada lado de aquella puerta con un Corazón de Jesús en porcelana, y que daba entrada al interior del palacio.

Cerró Sopelanas la puerta, que había abierto al subir de los establos, y le dijo al párroco, dándole una cariñosa palmada en el hombro:

- ¿Por qué no subimos a la cocina, don Simeón?
- No no. Vamos a quedarnos aquí, Serafín. Que aquí se está muy bien...
- Pero ¿qué coño le empuja a usté tanto? ¿pasa algo en su familia?...
- No no... Nada. No pasa nada, Serafín. Anda, sentémonos.
- Usté dirá...
- No quiero que, de esto que me vas a oir, digas nada.

Bajando la voz le dijo como al oído: Creo que tenemos República en España, Serafín... ¡República¡

- ¡Ahí va...!
- Lo ha venido a decir al frontón, el hijo del boticario, y tiene que ser cierto...
- ¡Ahí va...!
- ¿Tu sabes lo que significa esto en nuestra patria?

¿No te sorprende?

-¡Ahí va...!

- ¿Te das cuenta lo que puede pasar de ahora en adelante a la iglesia y, a ésta casa?

- ¡Ahí va...!

- No me digas "ahí va", que no entiendo esas dos palabras dichas así, Serafín... Piensa que todo esto es muy delicao, ¡mucho!...

- Oiga, don Simeón... Yo creo que usté se asusta más que la cuenta... ¿No tienen República en Francia? ¿No tienen República en la Argentina, y en todas las naciones de las Américas?... ¿Pasa por allá algo? ¿No viven mejor que nosotros?...

- Que aquí somos distintos, Serafín... que somos de otra uva...! Estoy bien seguro que, el señor Conde, si lo sabe -que ya lo sabrá- y su hermano don Tomás, están ya por el extranjero, como escapando, por si acaso... por si acaso...

- Pero ¿por qué?... ¿Es que no somos los mismos con un traje que con otro? ¿No somos los mismos si cantamos una Salve que una jota? Pues ésto será igual, digo yo. En vez de cantar la Marcha Rial... pues, se canta el Himno de Riego o la Marsellesa, y no pasa nada de nada, don Simeón.

- Serafín... ¡Serafín... ¿Qué sabes tú, hijo mío, lo que ha pasado en el mundo y en su historia?... Si diría que, hasta te alegra la noticia ¡porra¡ Yo venía preocupado y veo que casi te divierte.

- No por cierto, pero, tampoco me asusta. No tengo nada que temer ni qué perder. Si viene, digo yo, es que alguien la trae... Acaso el pueblo don Simeón,

que está hasta allá de aguantar reyes malos y remalos en España, y usté lo sabe bien. Si viene y es porque el pueblo lo ha querido por votos, pues, bien venida lo sea. Esta es mi opinión.

-¿No te das cuenta, hijo mío, que sirves a un aristócrata, A un amo que pueden hacerle mucho daño?¡Mucho¡

-¿No sé por qué..? En Francia dicen que hay condes, marqueses, duques, y toa la hostia de ellos... y viven con la República, y no les pasa nada de nada...

- Date cuenta, que, él, y toda su familia, son monárquicos hasta la médula.

- Hombre, y, además, con justificación. Si a mi me dan lo de ellos yo también lo sería, pero, eso, digo yo, no es pa' escapar. El que escapa es porque hace malos altares y mi señorito no los hizo nunca.

-¿Así que, tú crees que se és lo que se és, sólo por lo que se tiene?

- ¿A ver? Eso está cantao, don Simeón. Fue así y será siempre así. Usté canta misa porque es su oficio, y además gana por ello. Yo sirvo al señor Conde porque de ello vivo. Así es todo y no le dé más vueltas.

- Serafín... Que no se entere el señor Conde cómo piensas... Me decepcionas, hijo mío. Me has desilusionado.

- Oiga, si ya lo sabe él, y no busca nunca cambiarme la idea. El dice que no haga trampa, eso sí, que sea fiel, y yo lo soy en lo poco que conozco.

- ¡¡Padre¡¡ ¡¡Padre¡¡

- ¿Qué quieres, Quica?

- ¡Tenemos República en Madri! -según dicen por el aparato de arradio-

- Ya lo sé... Ya lo sé, hija.

Continuaron unos minutos más tratando el tema, cuando se presenta corriendo en la puerta Boni, el que toca el bombo. Venía por la calle corriendo y dándole el atardecer en la vista. Al llegar al portal y verlo oscuro, quedó cegado por la transición para la retina, y se echo las manos a los ojos. Sopelanas que le vió le dice:

- ¿Dónde vas, Boni? ¿Qué vida traes por aquí?...
- Que cojas el tambor y bajes a la plaza, donde está más de medio pueblo reunido.
- ¿Pa qué?...
- Vamos a dar una vuelta al pueblo tocando y animando al vecindario. ¡¡Viva la República, Sope¡¡
- ¡Calla, Boni¡
- Vamos, que hay una alegría tremenda. Estamos casi todos y tenemos los retratos de Galán y Hernández pa' llevarlos en procesión.
- Ya voy. Vete que voy en seguida.
- No tardes ¿eh?. Allá estamos.

-¿Pero es que vas a ir, Serafín? ¿Vas a ir tocando tú también?...

- Si señor. Si se han ganao las elecciones ¿por qué no vamos a celebrarlo?
- Y yo, pobre de mí, venía a decirte las cosas en confianza y me sales traidor...
- Don Simeón, ojo con eso que ha dicho. De traidor nada ¿eh?, pa por si acaso. Yo voy donde están los míos, que son los músicos y es mi pueblo
- Puede que algún día te pene.
- Puede, sí señor, pero hoy bailamos con esta música

y hasta me gusta, sí señor, me gusta -ojo- pero sin hacer daño a nadie, que es como debe estar mandao.

En la Plaza de Amós Salvador, había más de mil personas gritando llenos de ilusión y esperanza.

La iglesia estaba cerrada a semejanza del sepulcro del Cid. No se podía abrir ni para voltear las campanas. El ayuntamiento, con todas las luces encendidas demostraba vitalidad. Al fondo, se veía el Cuartel de la Guardia Civil, expectante, para ver los resultados de aquella aglomeración.

Sobre la mitad del nutrido grupo -junto a la fuente de pilón exagonal y cuerpo central de hierro, del que salían cuatro cuellos y cabezas de leones, por las que vertían agua que venía desde Moncalvero- estaban jóvenes y guapos, aquellos dos capitanes que, mandó fusilar la monarquía en sus últimos estertores. ¡Qué majos estaban Fermín Galán y Angel García Hernández¡

Los músicos, -parte de estos-, estaban junto a la puerta del Ayuntamiento, en un descansillo que hay, tras de subir las escaleras que dan entrada al edificio. Hablan y hablan de sus cosas, llevando consigo, Boni su bombo, Terio los platillos; Sarasa el bajo. Simón la pandereta, Chaga con la corneta que brilla como un lucero. Luis el clarinete y, Sopelanas, con el tambor. Faltan algunos jóvenes a quienes quizá, no hayan dejado acudir los padres, por temor a que puedan producirse desmanes. No está, tampoco, el director don Eladio. Esto ya se lo figuraban todos porque, don Eladio -al que ya llaman El

Marica", era muy beato y reaccionario. Parece que, cuando le han ido a llamar, ha alegado que está con mucho dolor de cabeza y cansado. Cuando lo ha sabido Terio ha dicho: "Si lo llama Satanás pa' dir en la procesión, pierde los pantalones"...

El más entusiasta de todos era Boni y Terio, que, ante la duda de qué iban a echar por las calles, dijo el de los platillos:

- ¿Es que no sabemos la Marsellesa o qué? Yo creo que todos la hemos chiflao desde mocetes...
- ¿Cómo empieza? -le preguntó Sarasa y Topera-
- ¡Joder¡ Pero si es lo más fácil: "No queremos reina puta, ni tampoco rey cabrón... Que queremos un buen presidente, que gobierne bien la nación... Chinta, chin pón..." Y la música así: Tararí tari tarírárá... Tararí tari taró, tara tararo...
- No digas más, que ya nos la sabemos.

¡Y claro que la sabían todos.¡ Apareció Pepe, el de la **Culopino**, que era socialista desde la cuna, porque lo venían siendo padres y abuelos. Se juntó con el grupo que parecían los dirigentes, entre éstos estaba Jose María Lartázcoz, y Pablo Saénz de Buruaga, y se decidieron a salir encabezando la manifestación cívica, calle de los Caballeros, arriba, dando la misma vuelta al pueblo que hacía el cura con las procesiones, acabando la misma, en la Plaza de salida, previa llegada a ella por la Calle Baja de Los Caballeros. Delante de todos iban dos mozas llevando en alto las fotografías de los jefes fusilados en Jaca.

No se sabe quién los sacó, pero, apare-

ció alguien tirando cohetes. Decían que si eran los sobrantes del Día de Gracias, que siempre es el 29 de septiembre, y que estaban en un viejo baul en el Juzgado Municipal.

Con qué ilusión van todos cantando y celebrando que Alfonso XIII haya decidido abandonar Madrid y marchar al exilio. No quiso hacer enfrentamientos -según dicen por la radio- con el pueblo español, y esto es de agradecer no poco.

La República venía llena de paz, de vida y pletórica de esperanzas para todos los trabajadores. Algunos, que sabían lo que pasó con la Primera, que tuvo una vida efímera decían:

- Tenemos que defenderla con uñas y dientes, Pablo.
- Hombre... Si depende de nosotros hay República pa rato, pero... ya sabes que los gobiernos están siempre pendientes de lo que hagan los del uniforme y las armas. Si esos se conforman miel sobre hojuelas, si se les entufan las narices, pues tod hacer puñetas.
- Estamos en otros tiempos. Aquello ya no se verá más. Ahora el mundo es como un pañuelo.
- Pero, se quita los mocos, el fuerte... el que está en los cuarteles y nos acojona a todos... o nos ahoga con el pañuelo, eso pa que lo sepas, Patitas. No hay más que ver, que siempre decimos lo mismo y siempre tropezamos en las mismas piedras.

Al pasar por la casa del cura -que está a mitad de la calle- se detuvieron los que hacían de cabeza de la manifestación, y no faltó quien con una piedra gol-

peó en la puerta y otro daba aldabazos...

- ¡¡Quietos con eso, coño¡¡ ¡Dejaide de llamar así. ¡Desde hoy, en esa casa vive un ciudadano más, y por ser así es libre de su ejercicio, pero nadie debe molestar ni ofenderle en su oficio¡

Don Simeón, su hermana y la sobrina estaban en la sala arrodillados y rezando.

- Tío -dijo la sobrina- Voy a salir al balcón para ver cuántos van.
- Vete, pero que nadie te vea, Juliana.

Fue y volvió corriendo:

- ¿Sabe, tío, quién va también?...
- ¿Quién?
- Sopelanas... Va, Sopelanas...
- Yo se lo diré al señor Conde, cuando venga. Tiene que saber qué elemento tiene en su palacio con su mayordomito republicano...
- ¿Crees que vendrá ahora, según está el pueblo y España?...
- Espero que sí... Esperemos que sí, por más que, en las poblaciones grandes, siempre es más cómodo pasar desapercibidos y, en los pueblos pequeños nos devora la envidia y el resentimiento.

.....

Tenía Logroño y tenían todas las ciudades de España y hasta las cabezas de Partido, sus calles y sus casas en las que se ejercía el casi prehistórico menester de la prostitución. Estas calles en días de ferias y fiestas eran un verdadero loquero de canciones y vocerío. Las cuadrillas de mozos iban y venían cantando y pregonando su machismo convertido en bruticie, burrada de la que les gustaba hacer gala. ¡Pobres familias aquellas que vivían cerca de las mancebías¡ ¡Pobres mocitas humildes y decentes, aquellas que les tocaba salir o entrar esos días, -y peor las noches-, en sus casas¡ Cruzarse con una cuadrilla de mozos, que habían venido de los pueblos a la capital, era peor que enfrentarse a los zulús o, a una recua de jaguares.

Todos, todos los hombres, desde que tienen dieciseis años, saben cómo se llaman aquellas mujeres que ejercían de celestinas, mucho mejor que enterarse de cómo se llaman las profesoras y doctoras de la capital, e, incluso, las diputadas políticas que están en el Congreso de Madrid, defendiendo a los trabajadores. Los nombres de la Juana, la Pepita, la Sole, la Paquita y la Dolo, son tan populares como el Puente de Hierro, la Tabacalera, la Escuela de Artes y Oficios o, El Espartero.

No hay mozo que no sepa dónde vive cada una de aquellas mujeres y hasta"las pupilas"que tiene. Todos saben que, las unas cobran a tres pesetas "la tirada"; otras, a durito por barba, y que, éstas, son las caras; las de la buena casa; aquellas que tienen sillones de terciopelo, y es donde van los ricos.

De Navarijo bajan en fiestas muchos hombres en cuadrillas. Bajan, y van, no pocos casados, a dar un recorrido por las casas de furcias... pero, no para ir a la cama con una de ellas, eso lo hacen muy pocos, porque saben que, además de gastar pesetas "al pedo", corren el riesgo de llevarle a su mujer una enfermedad venérea. Y también, porque "la suya", sin duda alguna, está mucho mejor que aquellas hembras que ejercen una profesión denigrante y de lo más bajo que puede hacer el género humano. Pero sí les gusta, eso sí, visitar las casas de las más baratas, y organizar grandes altercados. Ellos van a divertirse a costa de "aquel ganao", que, con ésta terminología rural las llaman, y no es poca afrenta, por más que, tampoco están fuera de lugar porque ¿qué otra cosa son sino hembras de servicio y alquiler?

Ha bajado Sopelanas, para comprar un burro en la feria. No quiere ir al campo a pie, o, encima del carro. Un burrito le vendrá muy bien para ir a comer, y volver después de la siesta. Para llevar en ocasiones algo de carga, en fín, que les ha de hacer buen servicio en casa hasta para llevar agua, colocándole unas aguaderas y sus cuatro cántaros. Y lo pagará con sus perras. No le pedirá nada al señor Conde, ni tiene por qué darle explicaciones de esa compra.

No ha encontrado nada aparente en el ferial. O eran grandes, o eran pequeños y viejos. Volverá mañana otra vez, volverá y, así, pasa el día como un general; come en lo de Cachetero, toma café y copa en El Suizo, y, si se tercia, se va a los toros. Al salir del ferial se ha encontrado a tres de su pueblo, que tampoco han hecho trato. Aquellos buscaban caballos o mulas francesas, para el carro y el "brabán"... Ellos también volverán al día siguiente

- ¿Qué, nos echamos unos vasos en El Tercio?...
- Vamos. Oye, que yo, -dice Mati- tengo hasta gana de comer algo. Mejor merendamos, si queréis.
- Pues, hala... no se diga más.
- Vamos a lo de las Cubanas, que hay allá una cocinera que pone los callos, como dios...
- Vamos a las Cubanas.

Y se fueron los cuatro cuando iba avanzada la tarde de septiembre, para comer, por pocas perras, unos callos a la Madrileña, que era cosa deliciosa.

Después de merendar y beber dos porrones de clarete de la Rioja Alta, que es más engañador y de mejor cuelo, alegrillos como estaban deciden ir, hasta que sea la hora del coche, a las casas de putas...

- ¿Por qué no vamos mejor a la Glorieta? -les dice Sopelanas- A mí, eso de ir por esas casas me dá -a ésta edad-, hasta cierto reparo...

- Oye, si le tienes miedo a la Ebia, no vengas...
- Si no es miedo ni leches. Es que no me parece bien que hombres como nosotros, con hijas mozas, andemos por esos pegujales, que es cosa de mozos... Mira si os encontráis con un hijo o con los sobrinos...
- Pues que se vayan ellos.
- Tú le temes a la Ebia... Que, la Tetona, tienes malas pulgas y te se pondrá celosa...
- Que no hombre, que no, Además, me dá igual, yo no pienso hacer consumición... y ya sabís por donde voy.
- Pues allá vamos, Sope. Vete tú a la novena de San Bartolomé...

Y se fueron. Y entraron en casa de la Juana, que estaba en la Rua Vieja, y era la más popular y sucia de todas ellas. Subieron al piso primero y allí no se cabía de asistentes... ¡Dios qué ferial¡ Por todos los comedores estaban apiñados y entre humo de tabaco todos aquellos hombres, ansiosos y, como sedientos de juntarse a una prostituta. ¡Qué bajos instintos y qué poca cosa el hombre cuando en la cabeza sólo tiene desatados los instintos sexuales!... Casi todos aquellos tenía mujer en casa, pero, se les figuraba que tener una de éstas "fierecillas" al lado, oyéndoles decir disparates y, hasta echarles mano a la bragueta... o ellos al pecho, -al flácido pecho de todos...- era un goce distinto; que valía la pena hasta tratar con ese "género", o "ganao", que también decían muchos...

Para eso, ¿había que ver cómo estaba el zaguan y las escaleras de esas mancebías?... ¿Hasta dónde llegará la barbarie celtibérica que, muchos de aquellos mozos

o, quizá padres de familia, se meaban en el portal y aquello era un pozo de cloaca lleno de orín.

De vez en cuando se oía a una mujer de aquellas que vivían llenas de resentimiento y asco, soltar las blasfemias más grandes, recordando a la Virgen, al Santo tal, o al que vive en Roma y es representante de los cristianos católicos. Ante ellas no se salvaba nadie. Había que ver cómo ponían de sucias a las madres de todos aquellos que llenaban su vivienda, y no soltaban las tres pesetas "del viaje". Cuántas veces no decían: "Pero ¿a qué habéis venido aquí, capones...?"; "Sólo entrais para poneros echando fuego y os váis a calmaros con la mujer o la novia"; "Sois todos unos cabrones y unos hijos de puta, fuera de aquí"; "Cerdos"; "Cornudos"; "¡Canallas¡" ¿" A qué os creéis que se viene aquí, sólo a ver, o qué?"

- ¡ Sope¡¡ ¡Ven aquí, Sope, pa que veas un cuadro que no viste nunca¡ ¡Ven¡

Lo llamaban desde otra habitación, llena de gente también. Se fue hacia donde era requerido:

- ¿Qué cuadro es ese, Silve?
- Que están aquí, en el comedor, el Guí y Careto, haciendo reir a todo dios. ¡Arrímate y los verás¡

Se escuchaban gritos, carcajadas, blasfemias... Apenas si se veía de humo y de vapor de tanto cuerpo sudado. Lo que vio el mayordomo del Conde, la verdad que sólo podía darse en un país del más completo subdesarrollo cultural y económico. Así, así estaba España y no tenía la culpa el pueblo igno-

rante a quien siempre se le echan todas las culpas y paga los vidrios rotos de cuanto se destroza. Las culpas venían desde muy atrás, desde siglos atrás, y seguirán ¿vete a saber hasta cuándo?. Mientras tanto, el hombre, -en éste caso que vamos a relatar como en tantos y tantos;- aún no ha pasado del cincuenta por ciento de la capacidad intelectual que tiene desde que lo nacen. Si está más cerca de las bestias que del hombre culto. Si comete actos repudiables que avergüenzan al género humano, tanta culpa tiene el que maneja la cultura desde el Gobierno, como el pobre racional que no sabe para qué vive, ni cómo debe racionar sus instintos.

Había más de veinte hombres en un rincón del que parecía comedor, rodeando a una prostituta, con más escamas que la más vieja caballa, y el más "canoso" arenque del Cantábrico. Tenía la color del pelo, que poco o nada gustaba a Quevedo, sus razones había de tener nuestro más grande escritor de todos los géneros: rubio Era pequeña y pecosa... Estaba desgreñada y, hasta sucia. Tenía las faldas levantadas hasta la cintura, enseñando el vello de la poco agradable pelvis, que en aquella infeliz también marcaba la condición de hembra, y, aparte de las necesidades fisiológicas, tiene la honorable misión de ser puerta por donde nace lo humano, sin cuyo umbral, el mundo carecería de sentido, de progreso, de vida humana y por tanto: de arte. Ella ignoraba hasta su elevada misión en el vivir.

Más de veinte voces le decían al Güí, que tenía más de treinta años y era cercano al imbécil de aldea:

- ¡¡Venga ya¡¡ ¡¡ Atízale ya, no seas cobarde... que te lo pone a tiro¡¡ ¡¡Atrévete con ella¡¡ ¡Atízale

Güí... ¡¡Venga, cobarde... me cago en la madre que te echó al mundo...¡¡ ¡Sácala ya ¡¡

La prostituta, -que era peor que cualquier hembra canina, mucho peor, porque la perra cubre sus necesidades cuando está en celo, y aquella "humanoide" lo hacía por gamberra, sucia y degenerada sexual- no cesaba de decirle mientras le incitaba con el cuerpo al desnudo:

- ¡ Vamos¡¡ ¡Atrévete, memo del coño¡¡ ¡Cobarde... ¡Atrévete, hombre, que te lo ofrezco gratis y delante de todos estos cabrones, que gozan viéndote a tí y a mí¡ ¡Sacáisela vosotros, mariconazos¡

Algún hombre que le conocía, pues había de ser de Navarijo, le decía:

- ¡Venga Güí con ella¡¡ ¡Venga y no nos dejes mal a los de tu pueblo¡¡

El Güí se reía... Se le caía la baba y no dejaba que nadie le echara mano a su bragueta... Dentro de aquella barbarie propia del paleolítico, el honesto, el tímido, era Güí. Aquellas caras merecían haber sido vistas por Goya o Solana. Parecía un recinto de fieras, porque todos estaban envidiosos de no ser el Güí de Navarijo... Sudaban... babeaban... estaban echando fuego por todos sus poros...

- Yo me voy -dijo Sopelanas-. Me dá asco ver a toda ésta recua, que son peor que el Güí y el Careto juntos. Esto es de pena.

Y se fueron, calle arriba, buscando locales con bebidas y bocadillos, donde se cantaban jotas y eran las alegrías más nobles, y los deseos no

estaban tan ciegos de la cintura para abajo.

No tardó mucho en enterarse la Ebia por qué caminos había andado su marido ayer, pero, dejó la conversación para la hora de comer.

Estaban los cuatro en la mesa sentados, cuando dice la Tetona a sus hijas:

- ¿Qué os parece vuestro padre? Me dice anteayer que va a comprar una burra al ferial... y se mete en una casa de putas...en la Honravieja...
- ¡¡Madre¡¡ -dijeron las dos hijas a un tiempo.
- Pero ¿qué dices tú, qué me dices, Ebia?...
- Lo que es más verdá que el sol. Lo ha dicho en la carnicería la Maisi, que se lo ha contao el de la Morroseta.
- ¿Él? ¿Él lo ha contao...?
- Si, él. Parece que estuvísteis en lo de la Juana, y, hasta el espetáculo que allá había... ¿No te dá vergüenza ser quien eres en el pueblo; a quién sirves; con dos hijas bien decentes, y andar tú de picos pardos por casas de perdición? ¡Serafín, que son casas de...
- ¡¡Madre¡¡
- ¡Lo diga o no, lo sabéis como yo!
- Pero es mejor, madre, -dijo la Poli-, no oírselo nunca a usté.
- Lleváis razón y lleváis razón. Pues yo, aquí te digo, delante de estas dos hijas del alma: El día que me entere que vas con una de esas perdidas, no te acuestas más con la Ebia, o, la Tetona -como más te guste decirlo- Y no comerás en la fuente. Te pondré otra cuchara pa' que no infestes a la familia... ¡Vas a saber quien es la Tetona, sí por cierto!

- ¡¡Madre¡¡ ¡¡Madre¡¡
- Mía no es la culpa de que me bautizara así vuestro abuelo. Tampoco es deshonra estar gordita del pecho como yo lo sigo estando. Vergüenza es lo que hace vuestro padre por la Honravieja. ¡Eso es,-te lo digo yo-,pa borrachos y desgeneraos, pero no p'al **mayordomo** del señor Conde¡
- ¿Te vas a callar de una vez?...
- Me callo, sí señor, me callo... pero, dicho está, y vosotras sois testigos de que lo cumpliré a raja tabla.

.....

Aquella curiosa y simpática banda de música que, domingo a domingo, daba al público navarijeño originales conciertos en el kiosco, originales tanto en sus ejecutantes como en sus sapiencias musicales, ya no es ni sombra de lo que había prometido. Sólo han quedado cuatro músicos que, llenos de vocación, siguen tocando en fiestas de agosto, para los festivales taurinos; en las festividades de garbanzo gordo, como Corpus, la Ascensión, etc, etc, e, incluso, para los quintos en su día de cada año. Ya no acuden a los pueblos comarcanos para animar aquellas fiestas, La banda de Navarijo, como tantas facetas que nacen en los pueblos, tienen una vida breve y sólo algunas localidades privilegiadas mantienen vivas las tradiciones con danzas folklóricas, lo que constituye un verdadero tesoro. De ahí que, La Rioja entera, tenga muy poca transcendencia en este aspecto.

Vive la Villa en plena efervescencia republicana. Ya comienza,-esto es bueno y es malo-, a dividirse políticamente en bandos de diversos colores y plataformas sindicales. Por ser Villa, eminentemente obrera, puede decirse que, el noventa por ciento de los trabajadores, pertenecen a U.G.T. y C.G.T.

Al haber tantos afiliados, el dominio obrerista

es total, y esto contrasta y tiene reticencias para los pocos vecinos que piensan de distinta manera y no aceptan -entre otras cosas- que, la Bolsa de Trabajo, le mande al obrero que está en turno -aunque sea algo inútil, pero, que merece ganar su jornal para existir-, e, incluso, a veces, hasta está reñido con el empleador. El patrón quiere llevar al que él busque, o le dé la real gana, y no al que le imponga el Sindicato. Estas son normas nuevas que no las acaba de digerir el pequeño burgués rural.

Sopelanas lleva entre manos dos juicios contra aquellos obreros que tenían las fincas del Conde, a medias unos, y, otros, en arrendamiento. Los dos juicios ha perdido. No le han dado la más mínima razón en Navarijo. Ha recurrido a la capital, y le han sacado con peores modos. Esto, le ha hecho resentirse al mayordomo y critica, como el que más, el sistema republicano, al que, como sabemos, apoyó con ilusión en sus primeros momentos. Él creía buena y lógica la República, pero... ya no es el mismo, o, aparenta no serlo porque ve peligrar su estabilidad económica. Si esto sigue por la barranca abajo que va, teme que, un día, el Conde, decida vender todo y Sopelana, tendrá que marchar de la casa y ponerse a trabajar de obrero. Hay que tener muy en cuenta que Serafín Ayala nació en ese palacio, y que lo tiene, desde siempre como cosa suya, de ahí que, jamás se preocupó de comprar ni una obrada para él, pues todo lo del Conde le parecía suyo. ¿No llevaría razón el cura cuando aquel catorce de abril le dijo: "puede que un día te arrepientas..." ?

Tiene, eso sí, dos viñitas de la Ebia, y una peque-

ña huerta allí por Carralogroño. Dos viñas que ayer, Primero de Mayo, las ha visto -quizá por lo mucho que habla en todas partes contra los obreros, que hace falta saber callar- totalmente desmochadas. En horas de la noche, ha ido una cuadrilla de hombres a cada garnacho, y le han destrozado, cepa por cepa, la cosecha, arrancándole los nacientes pámpanos.

Ha venido a casa maldiciendo la República y a todos los del Gobierno. Sofocado -como churrero al sol, que tira la masa encima de la sartén "rusiente", que dicen los tambareños- ha entrado en casa llamando a la Ebia y diciendo:

- ¡¡Hijos de mala madre¡¡ ¡¡Canallas¡¡ ¡¡A esto no hay derecho¡¡
- ¿Qué dices, Serafín... pero, qué dices?...
- Que qué digo ¿eh?... La viña del Hontanar y la de Poza Sangujas... ya las tienes vendimiadas... ¡Me cago en las Once mil...
- ¡Calla¡ ¡Calla y no digas burradas, que con eso del cagar y el cagar no te alivias en nada... ¿Cómo ha sido èso?
- Por dèfender lo que me parecía justo defender, que eran las propiedades del que nos paga y nos da techo, ya sabes que me han tomao inquina algunos desagradecidos y, anoche han ido a las viñas -que no tienen culpas de nada- y nos las han destrozao. Lo mismo han hecho con los ciruelos y los melocotonares: todo arrasao...
- Pero ¿quién? ¿quién ha sido, Serafín?...
- Vete tú a saberlo... ¡Me cago en la...

- Padre, que ponga a los santos enciscaos no arregla usté nada...
- Ya, pero, me descargo la conciencia y, hasta el vientre.
- ¿Por qué no hace una denuncia a la Guardia Civil?
- ¿Yo...? ¿Pa qué? ¿Pa echar más leña al fuego... ¡Ni hablar! Eso quisieran muchos pero, se van a joder. No hay que decir ni ¡ay¡. Si piensan que me van a ver por las calles insultando se equivocan, Ebia.
- Y hacès muy bien. Lo mejor es el desprecio y la indiferencia, aunque aquí, en casa, nos retorzamos de dolor. ¡ Cobardes¡ ¡ Sinvergüenzas¡ Hija, me parece que llaman. Salir una de las dos a ver quien es, no será extraño que nos caiga alguna "madalena", que finja como Judas y, por dentro, se alegre del daño... ¡ Ojo con ellas, Serafín... y con ellos...¡

Salió por el largo pasillo, de suelo rojo de anilinas que sabían dar muy bien las hijas de la Tetona y abrió la puerta. Allí estaba el cura párroco.

- Buenos días don Simeón...
- ¡Hola, hola... Oye, Quica, ¿por qué ha quitado tu padre de ésta puerta un Corazón de Jesús que hubo siempre puesto aquí? ... ¿Le molestaba o qué?
- ¿Oyes, Serafín...? Es el señor cura...
- Lo he oído.

Se metió a la despensa y sacó la placa de porcelana blanca con la efigie de Cristo lleno de bondad. Cogió dos clavitos y un martillo y salió hacia la puerta.

En el pasillo se cruzó con don Simeón.

- ¿Te vas ,Serafín?... ¿Te vás porque vengo yo?...
- No por cierto. Entre usted que voy a dar dos golpes en la puerta.

Y, enfadado como estaba no mintió. Un golpe dedicó a cada clavito pequeño que defendían la placa dedicada a tema religioso, en la que también decía al pie: Protegeré esta casa.

Una vez que hubo entrado en la cocina y tomó asiento, alargándole al cura el porrón de clarete, siguió el diálogo:

- Tú te creías, hijo, que, por quitar a Cristo, eras como ellos... Te creías que, presionado por circunstancias pasajeras, tu noble y cristiano pensar podía cambiar... Tú no sabes que, en los pueblos, -desgraciadamente, sí si, desgraciadamente- no se razonan los hechos, y se procede más por la vista y el recuerdo que, por las circunstancias, como te he dicho?
- No lo entiendo yo tampoco. No sé por donde quiere usté llevar el agua. Cállese o acabaremos mal don Simeón... Hoy no es mi día favorable.
- Llevas razón. Yo sé que llevas razón. Tenéis todos un mal día, que, ya me han dicho el destrozo hecho en las viñas. ¿No te decía yo lo que podía pasar?... ¿Qué me dices de la republiquita esta de tres al cuarto? ... ¿Ves cómo no es aquí el pueblo como lo son en otros países?...
- Yo le digo a usté que, la República, es buena, y de eso no me bajará nadie del burro. Es buena y la prefiero a todas las monarquías que aquí hemos tenido, pero, como pasa con el ganao, todo depende de las manos que lo manejan... y aquí, [2] la gente, le dá igual el gorro frigio que la boina vasca; que el pañuelo como traen los azafraneros o el som-

brero cordobés, y creo que me entiende.

- ¡Ahí, ahí le duele... El pueblo no está preparado para ella, hijo mío. Mirad un ejemplo, os lo digo a los cuatro y por cariño que os tengo. ¿Qué harías tú, Serafín y tú Eusebia, si el señor Conde os pone unas ropas de su clase social y os lleva a una cena de gala y a un baile de alta sociedad? El ridículo. ¿Por qué? Porque no estáis preparados para llevar chaquet, vestido de noche, guantes, ni comer ni bailar como ellos... Este pueblo es ignorante, muy ignorante, y se cree que, eso de la República le dá facultades para no trabajar... para no obedecer y para saltarse todas las leyes a la torera. Como, además, parece que no hay autoridad, pues cada quien y cada cual, se hace su libertad para quemar una fábrica, para romper piezas y no trabajar... para hacer huelgas por un quítame allá esos céntimos... y para desmochar viñas o insultar a los que van en procesiones religiosas. ¿entendís?... Todo esto destroza la economía nacional y nos vamos a comer los codos de hambre si no lo remedia Dios

- Así será...

- Lo es, Serafín, lo es. Francia pasó por esto hace ya dos siglos, cuando era pueblo ignorante. Ahora es una nación culta y sabe lo q ue pide. Aquí no sabemos lo que pedimos ni qué merecemos, pataleamos para que nos den todo, y, el gobierno, para quedar bien con los que son más y le darán más votos, pues dá y dá y dá, hasta que venga la miseria y la ruina general.

- Bien, muy bien, pero eso hoy y a mí me tiene sin cuidao. Yo tengo las viñas destrozadas por malos quereres y además, no puedo hacer nada.

- ¿Por qué no podéis? Yo te lo digo: Porque no hay autoridad y esto es gravísimo para una nación. Hoy, seguún están las cosas, ni jueces ni guardias quieren intervenir porque nos les dan la razón en los juicios provinciales ni en Madrid. Tú ya sabes, Serafín, algo de esto. Pero, bueno ¿te han hecho mucho daño en las viñas?
- ¡Todo¡ Ya hemos pasao los corquetes... Ya están vendimiadas... ¡Me cago en la putísima...
- ¡¡Padre¡¡
- ¡ Ni padre ni hostias benditas¡ Y se han ensañao con el mayordomo que es un trabajador como ellos, igual que ellos.
- ¿Te das cuenta como no sirvió para nada que tú, hace tres años fueses tamborilero republicano? ¿Eh? ¿Eh?... ¿Lo reconoces ahora?...
- ¡ Cojones, qué tabarra me viene usté a dar en mi casa y en semejante ocasión¡ Pues vaya consuelo que me trae...
- Perdóname, hijo, pero es que te digo la verdad.
- Pues pa que lo sepa usté, yo también se la voy a decir. No estoy arrepentido de nada. Una cosa es la idea política y otra el odio de muchos del pueblo que no nos pasan.
- Pero, sí, aquí, hijo mío, no hay ideas... Aquí, lo que dominan son los resentimientos y envidias. Aquí, y en todos los pueblos de España, te lo digo yo, que, ¿ideas ideas?: cero más cero.
- Ustedes tienen la culpa. La iglesia y el capital han hecho un pueblo analfabeto y resentido.
- ¿Todavía? ¿Todavía me sales con eso...?

- Sí señor, que, una cosa no le quita a la otra.
- ¡Respeta al párroco, Serafín...
- ¿Qué coño voy a respetar, si yo diría que, hasta se alegra de lo que nos han hecho pa que acabe pensando como él, y eso no lo haré nunca. ¡nunca¡
- Te dejo, chico, te dejo. Y no te engañes más; mejor sales otra vez y quitas lo que has clavao en la puerta...
- Pues no lo quitaré nunca porque, Aquel, era un trabajador y por eso lo mataron.
- ¡Socialista¡ Eusebia, tu marido es un socialista, y no lo sabes... Ahí te quedas con tu envenenamiento.
- Así me deja libre de darme semejante concierto... Que, pa esa carga no se nesecitaban alforjas... ¡ Nos ha jodido qué sermón ha venido a darme con el aquél de que lo siente... Acompañarle alguna hasta la puerta, y ya sabe que está siempre abierta pa todo dios...

- ¿Te das cuenta cómo te has portao con él, Serafín?
- ¿Y él conmigo? ¿Es que lo del de fuera nunca lo ves, ¡cóño¡ y lo del de casa en seguida lo denuncias? "Yo soy siempre violento y me porto mal..." En fin, vamos a callar y quede todo como está... no vaya a ser que sin uvas, tengamos todo hecho vinagre...

. . . . . .

A N T O N I O C I L L E R O U L E C I A

En ese tiempo y, para dar tres representaciones, había arribado al predio de Navarijo, una compañía de cómicos. Frecuéntemente aparecían gentes de estas, sobre todo en tiempo de recogida de cosecha de uva, y, más aún en invierno. Era raro el mes en que no había comediantes de un género o de otro. También aparecían los llamados húngaros, aunque, estos, suelen venir más en primavera y verano. Y lo hacen en el buen tiempo porque actúan en la plaza, con su zoológico de cabras, camello o dromedario, oso, caballos amaestrados y mon[illegible]

No pocas veces, estos húngaros, llevan cuatro o seis carromatos que son sus casas rodantes, con sus [illegible]tanitas, despensas y dormitorios. Las cocinas son instaladas en el suelo. Todos estos carruajes se distinguen por el color rojo y verde. Sus ruedas saben del polvo de todos los caminos europeos.

En esta ocasión, aprovechando que, durante una semana son fiestas en Navarijo, han venido los cómicos, pero, cuidado, que no son cómicos de salón, estos traen siempre un largo repertorio de dramones en los que se representa la guerra de Africa, con soldados españoles y moros. Con mujeres cristianas que lloran viendo partir a sus amados hijos o novios, y también, aquellas escenas duras, sangrantes en las que aparecen los muertos y heridos. No son, tampoco, los libretos con la heroína de Bravante...o"Año de lobos", "Tierra baja"

"El mis-

En ese tiempo y, para dar tres representaciones, había arribado al predio de Navarijo, una compañía de cómicos. Frecuéntemente aparecían gentes de estas, sobre todo en tiempo de recogida de cosecha de uva, y, más aún en invierno. Era raro el mes en que no había comediantes de un género o de otro. También aparecían los llamados húngaros, aunque, estos, suelen venir más en primavera y verano. Y lo hacen en el buen tiempo porque actúan en la plaza, con su zoológico de cabras camello o dromedario, oso, caballos amaestrados y mono.

No pocas veces, estos húngaros, llevan cuatro o seis carromatos que son sus casas rodantes, con sus ventanitas, despensas y dormitorios. Las cocinas son instaladas en el suelo. Todos estos carruajes se distinguen por el color rojo y verde. Sus ruedas saben del polvo de todos los caminos europeos.

En esta ocasión, aprovechando que, durante una semana son fiestas en Navarijo, han venido los cómicos, pero, cuidado, que no son cómicos de salón, estos traen siempre un largo repertorio de dramones en los que se representa la guerra de Africa, con soldados españoles y moros. Con mujeres cristianas que lloran viendo partir a sus amados hijos o novios, y también, aquellas escenas duras, sangrantes en las que aparecen los muertos y heridos. No son, tampoco, los libretos con la heroína de Bravante. "Mal año de lobos". "Tierra baja". "El mís-

tico" o "Juan José", que todos ya saben tan bien como los propios artistas, porque no hay invierno en que estos libros no sean repetidos, en la Alhóndiga o en el salón de Bocadehucha...

Esta que ha venido es una compañía de revista. Podemos asegurar que es la primera vez que viene a Navarijo compañía de revista y, además, contratada. ¿Por qué ha venido? Tampoco es casual. La ha traído una cuadrilla de mozos que juntaron desde la siega unas miles de pesetas y vienen para actuar esa Semana Grande de la Virgen y San Roque. Es -según dicen los que todo saben en los pueblos- una compañía que estaba actuando en Haro, allí por San Pedro, y fueron a tratar con ella para traerla al pueblo en la semana agosteña. Volvieron a estar con ella en Calahorra, el día de Santiago último, y todo quedó definitivamente cerrado y, hasta con seña.

Santiago es fecha decisiva en muchas facetas españolas. Vamos a citar lo que significa Santiago desde hace más de medio siglo en Navarijo.

El 25 de Julio tiene cierto atractivo y goce para la Villa, desde antes de acabar el siglo XIX, veamos por qué.

Hay en el campo de la población que nos ocupa, una ganadería de reses bravas que pastan sus yerbas desde 1886. Pero antes digamos que, si para saborear un concierto es preciso saber de qué va la cosa, e, incluso, saber quién es el autor, tanto que se llame Schuber, Bach, Beethoven, o Mozart, y también cómo funcionan los instrumentos, pues, aquí, en este pequeño concierto de piececillas riojanas,

vamos a dar citas, para mejor orientar al curioso y anónimo lector.

Marchó del pueblo, allí por el año 1870 a tierras de Cuba, un hijo de Navarijo, llamado Cipriano. Era un joven despierto y ambicioso. Dicen que, como tantos emigrantes, hizo de todo en la isla del Caribe. Por hacer hizo -tenía que lograrlo- hasta un gran capital. Pero, Cuba estaba llena de inquietudes y rebeliones buscando, con toda razón, su independencia. Cipriano, que ya tenía veintiocho años; sus grandes ahorros, y viendo que aquello iba de mal en peor, y que, hasta podía perderlo todo de la noche a la mañana, decide volver a su Villa natal, y así lo hizo. Allí seguían sus cuatro hermanos: Higinio, Ignacio, Eulalia y Rosario.

Colocado en el pueblo con su buena pila de billetes y adornado con preciosas joyas de oro, duda qué camino tomar, qué negocio emprender, porque es joven, y decide una bonita idea, acaso añorada desde Habana: crear una ganadería de reses bravas. Dicho y hecho. Hace inversiones comprando grandes extensiones de campo, fincas estas, la mayoría de bajo precio porque eran terrenos salitrosos, pero, alguien a quien le ha informado, le ha dicho que son muy buenas esas hierbas para el ganado. Otra parte de esos prados están en el centro de la Vega y son muy buenos: frescos, regables... algo pantanosos... Es en éstos donde eleva las cuadras a modo de cortijo y hace también,la vivienda del pastor. Estas cuadras están construidas en forma de cuadrado, quedando en el centro la plaza a la que dan todas las puertas. En ella se hará la hierra y se darán festivales a los que acude casi toda la población. Dentro de los Prados llamados de

Jesús, al pié mismo de la carretera, hay una ermi-
mita llamada del Buen Suceso, elevada en lo que
fue viejo convento de San Francisco antes de tras-
ladarse a la Villa. En ese convento, hizo noche
durante un viaje en peregrinación a Compostela,
Bernardino, el de Sena. Como vemos, nada faltaba
para que fuese una compra excepcional y plenamente
a estilo andaluz. Todo ello a un kilómetro de dis
tancia y frente a la Villa por su lado Sur.

Cuando está todo listo: cuadras, pastos y vivien
da de los pastores, compra la camada de vacas y
sementales. Se ha ido a tierras de Navarra y
ha tráído unas reses color rubio con ojos de
perdiz. Bonitas de verdad. Son ágiles y más lis-
tas que niño de gitanos.

Ha comprado también, tenía que hacerlo porque
la vivienda que tuvo de niño no era aparente para
lo que aspira el indiano, ha comprado decimos, el
mejor palacio de Navarijo. Un edificio que está
a la izquierda del Camino de Santiago, tan sabia-
mente edificado que posee de todo: Bodega, jardi-
nes, corrales, cuadras y dos grandes plantas de-
dicadas a vivienda, las dos protegidas con gigan-
tescas y preciosas rejas en sus balcones. Le dá
prestancia a la planta alta, un pequeño y salien-
te altarcito que destaca en el centro de la facha-
da.

Acrecienta el valor de este palacio fortale-
za, dos torreones que se yerguen uno en cada án-
gulo de la fachada principal. Dándole gracia y
complementando las torretas, dos enormes escu-
dos que, indican la categoría de los fundadores

de esa casona que pudo ser elevada, una vez que los Reyes Católicos dieron orden de abrir murallas y puertas para que las villas no fuesan fortines de caciques, y separadoras de razas y creencias. Este palacio se edificó hacia el siglo XVI. Se le llamó, y se le sigue llamando, si tienes interés en conocerlo antes de que caiga todo por desidia: El Palacio. La Villa está llena de ellos, pero, a éste, por estar aislado y porque efectivamente merece la titulación, se le conoce en Navarijo por El Palacio.

Nadie llama al citarlo al indiano por su nombre de pila. Todos le llaman, "El Habanero." Quizá por lo mucho que cita al hablar a su querida y soñada Habana.

Un día, se casa Cipriano Sáenz, con una navarijeña, y ve cumplido aquel sueño que tantas veces le perturbó y le llenaba de esperanzas por tierras de Martí. El Habanero se ha casado con Demetria Sáenz.

Bueno, pues, el día de Santiago, después de Misa Mayor, se ha hecho costumbre ir a pedirle al Habanero, que conceda en plan de donación, al pueblo sus vaquillas, para los días de La Virgen, San Roque y San Roquito. El Habanero, así lo hace desde que pasta su ganado en la Vega. Lo hace pero, parece que hay como un acuerdo en cómo se debe proceder: Deben pedirlas a viva voz. ¿Qué menos, verdad? Pues se pedirán y cuanto más vecindario acuda, mejor que mejor...

Se reunen al salir de misa parte de los vecinos en la Plaza de Amós Salvador, y, cuando entienden que ya no acudirán más, salen en procesión camino del palacio del Habanero. Allí estará él, posiblemente, esperando en una hamaca o tumbona. Estará con su sombrero pajizo y su puro en la boca. Anhela ver al vecindario del que ya

se figura que es un pequeño aristócrata.

Llegan todos -hombres, mujeres y niños- al pié del edificio y gritan a una: "¡Don Cipriano... El pueblo quiere vacas¡¡" "¡¡El pueblo quiere vacas¡¡" "¡Queremos las vacas de don Cipriano¡¡" "¡¡ Viva El Habanero, Don Cipriano¡¡"

Sale El Habanero al balcón; cuando todos lo ven le aplauden y gritan su nombre: ¡Viva don Cipriano¡¡ ¡¡Queremos vacas¡¡ ¡¡Queremos vacas¡¡ ¡El pueblo quiere vacas¡¡

Y, el Habanero les dice:

"Si el pueblo, mi pueblo quiere vacas, vacas váis a tener un año más."

¡¡¡Bien¡¡ -gritan todos.

"Las tenéis concedidas. Podéis ir en paz".

"¡¡Viva don Cipriano¡¡" "¡¡Viva El Habanero¡¡"

Y fue así y no de otra manera el por qué se le ha creado a Navarijo una afición que tiene más de un siglo de existencia. Una afición que le viene de natural por haber sido su predio criador de reses bravas. Las vacas del Habanero fueron, durante muchos años, el orgullo de la Villa. Sus novillos hicieron famosa a La Rioja en tierras de Francia, cuando los llevaban al sur francés para torearlos, y dejaba bien elevado el pabellón de esta tierra de vinos, de flores y de alegría. Le faltaba el ganado bravo para ser más andaluz y lo tuvo en su día. Se decía que aquel ganado era excelente por la calidad de las hierbas que comían, y pudo ser verdad, porque, cuando en la década a la que hemos llegado se venden a un vecino de Logroño, poco a poco va desapareciendo la

bravura y la picardía que tenían procedente del hierro Carriquirri, mejorado en los campos salitrosos y húmedos de Navarijo, que fueran en el siglo XVI terreno del convento de San Francisco, y Prado de Jesús.

Pues ese día veinticinco de julio, pero, de otro año posterior, muy posterior, es cuando fueron a Calahorra - antes habían estado por San Pedro en Haro- dos mozos, y dejaron ultimadas las representaciones de la Compañía de Revista para actuar en la Villa.

Cuando llegó la víspera, el problema era saber dónde podían actuar los cómicos, o, los "comediantes", que así es como de siempre se denominan.

-¡Ya está¡ ¡Ya está decidido¡ -ha dicho Ponchales, que es mozo audaz, y que también hizo sus años de emigrante por la República Argentina. Podemos montar el tinglao, en el gallinero que queda libre al otro lao de donde se encierran las vacas. El gallinero de los maestros. La entrada que sea por la plaza, después de hacerse las corridas.

Así se hizo. Estos gallineros eran el bajo del viejo Convento de San Francisco. Por la parte Este estaban las escuelas. En el piso bajo las de los niños, en la planta alta la de las niñas. Por la parte Oeste, donde tenían los frailes desde el siglo XV al XIX la huerta en una especie de foso semicircular de unos treinta metros de diámetro, estaban los gallineros y, en la parte alta, las viviendas de los maestros.

En el foso es donde, desde que estaba la ganadería del Habanero, se daban las corridas de vaquillas y aún sigue en activo dicha placita.

Cuando al atardecer acaba el festejo, se soltaban las reses con sus cabestros y era curioso verlas marchar corriendo por la carretera, buscando sus cuadras y prados. No necesiitaban pastores que las cuidaran, ellas solas saben muy bien dónde están las compa-ñeras de camada. Más cómodo imposible.

En grandes carteles, pegados por las esquinas de las calles principales de la Villa, está anunciado el espectáculo. Tiene como atractivo para el pueblo, a una mujer muy guapa y muy fuerte de carnes, con muy poquita ropa. Por ser novedad en Navarijo, y por estar España dentro del sistema republicano todo hace presentir que será un gran éxito.

No faltaban, también, los grandes comentarios y críticas. Había quien decía que " iban a traer a Navarijo el cabaret Maipú de Logroño," qué tanto daba que hablar en esa época. "Que no había derecho, a poner aquellos carteles con una mujer enseñando los pechos..." "Las mujeres, más finas que los hombres, y entre ellas la del boticario, había titulado a las dos gracias femeninas nacidas en lo alto del torso:"mamarias." Esto les hizo mucha gracia a las mozas que estaban llenando sus cántaros en la fuente de la Plaza. Decía la de Ranueco:

- ¿Sabís que ahora a las tetas les llaman mamareas...?

Ya se lo podís alvertir a los mozos cuando vayan a echar mano, majas... "¡Cuidadito con las mamareas..."¡

- Eso será... porque les traen a ellos mareos...que, la del Boti, sabe lo que dice...

Los albañiles, con tablones de sus obras ha-

bían hecho una plataforma que había de ser escenario. A los costados, dos apartados -uno para cada sexo, les había de servir de habitación para cambiarse de ropa. Con grandes cortinas se hizo un telón de boca y dos laterales que adornaban el cubículo. De las escuelas y, hasta de la iglesia, se llevaron bancos para las entradas de preferencia. Los de general, estarían al fondo, sobre unas gradas que también habían hecho los albañiles con maderas y tablones. Exacto a lo que se hacía también en la calle del frontón para ver los partidos de pelota.

- Serafín, mucho ojito con ir a esa inmoralidá de Revista que nos ha venido...
- ¿Por qué, Ebia, por què...?
- Ha dicho el cura que, todo hombre que se crea decente y tenga hijos a quien educar cristianamente, no debe pisar ese local de perdición.
- Lo que le pasa a don Simeón es que él no puede ir y quiere jodernos a todos prohibiéndonos verlas...
- No digas eso, hombre, no digas eso. Si han dicho que van a salir esas sinvergüenzas como las parió su madre. En cueros y enseñando todo ¡todo¡ Ya se les ve en los carteles...
- Que no, mujer, que no... Que lo de los carteles es cebo... para que acudan los hombres. Es propaganda, Ebia, propaganda, que tú no eres de este mundo.

- Bueno, pues ya lo hemos tratao las hijas y yo, que tú no está bien que vayas...

- Tienes celos, Tetona... tienes celos... Pero si tú estás mejor que todas ellas juntas. Si mujer como ésta mía no la hay en España...

- Quita, quita, que ya me quieres comprar la voluntá, como siempre. No quiero que vayas. Tus hijas también se avergonzarán al saberlo.

- ¿Ellas? Mira, no se lo digo a ellas pero, te lo digo a tí. Estoy bien seguro que quisieran entrar y ver aquellas mujeres, y, además, Ebia ¿que se pierde con eso? ¡Que sois unas atrasadas¡ Luego vienen de fuera como La Pachona, y nos llama "pardillos", y lleva razón, pero, la culpa es de las mujeres que nos tenís ataos de corto. Tenís al cura que es mejor director que don Eladio... y ya la hemos jodido en todos estos temas que no son de misa y procesión...

- Es la decencia, Serafín, el ser decente, que no cuesta nada!

A las diez de la noche estaban entrando todos los hombres al salón, al salón que antes era domicilio de las gallináceas. Entraban hombres casados más que solteros. Entraban también muchas mujeres solteras, incluso con los novios. Todas y todos querían ver "El jardín de Eva. Manzanas y limones al aire", que tal era el título y subtítulo de la obra a representar.

No vamos a detenernos a relatar lo que allí se ofrecía, que era -dentro de la pobreza en decorados, sonido y efectos de luz- del mismo tono y

picaresca que los de las grandes compañías. Lo que sí merece destacarse es la picaresca rural, cosa esta que nadie puede mejorar en las ciudades.

El peón de albañil que fabricó con tablones aquel escenario, sobre diez caballetes a la altura de ochenta centímetros del suelo, dejó -a su comodidad- unos pequeños boquetes con toda intención y, además, además, quitó de una ventana que daba a la parte Este, una falleba, poniéndole dos pequeños clavitos que al menor empuje iban a ceder, para poder colarse por allí él y los amigos, y ver el espèctáculo gratis.

A las nueve y media, antes de entrar el público, ya estaban"colados" debajo del escenario seis mocitos, amigos de Tiaguín, el de La Ciscos, que penetraron por la ventana según él los guió, y además, sin ser vistos por nadie.

Lleno estaba el salón, cuando comenzó la música que traía la compañía y estaba delante del escenario a tocar una rumba. Entre los cuatro músicos y los niños escondidos sólo había una larga bandera republicana, que tapaba hasta el suelo el frente bajo de la plataforma.

Era de ver aquellos mocitos de 16 a 18 años, pegándose unos a otros por mirar cara al techo y ver a las bailarinas mover las piernas y el trasero. De vez en cuando también se iban al vestuario de las damas para verlas colocarse las prendas que habían de sacar al actuar.

Todo esto en silencio y arrastrándose, sofocados y discutiendo... No dejaban cinco segundos quieto al que oteaba. ¡Déjame a mí ahora¡¡ ¡Ahora me toca a mí¡¡...

¡Quítate, que llevas ya un cuarto de hora, tú¡¡ Para

eso, ya había tenido buen cuidado Tiaguín de no cubrir con las alfombras aquellos agujeros que tan disimuladamente estaban proyectados para pasar bien la noche su cuadrilla. No eran mayores que una moneda de duro, pero suficientes para poder curiosear lo que desea un niño de pueblo en esa edad, edad peligrosa para hacer mil diabluras.

Entre ellos y con voz muy baja para que no escucharan los músicos decían:

- ¡Fijaos... fijaos que torda es esa que baila ahora... ¡Chacho qué muslazos tiene... ¡Jo, que tía¡
- Ya la veo ya... ¡Riaaá cordera...¡
- Miraide miraide cómo mueve ahora las tetas... Y no tiene nada encima... ¡Jó, si la ve mi hermano Evaristo, según es pa eso...

En otra ocasión:

- Chacho, fijaos ahora qué bragas lleva esa que se pone encima del bujero... Parecen de oro... Miraila qué maja es... Esa sí que es guapa y jovencita ¿eh? ¿A que te gusta a tí, Pichango?...
- Mucho.

Faltaba, para terminar la Primera Parte, el número clave, el más erótico. Era aquel en que salía Eva con tres hojas de parra en salvas sean las partes. El griterío moceril y de las mujeres fue de órdago al verla con tantas plumas en la cabeza y en las caderas y con tres hojitas que, uno haciendo de burro... había de intentar comérselas.

Las mujeres eran las que más se divertían, tanto por el juego de piernas y plumas, como por lo que habían de calcular que valía aquella ropa

Ahora era cuando la sala toda se puso al máximo de tensión y de ebullición sanguínea celtíbera...

Allí fue, cuando bajo el escenario se pegaban por ver quién ponía el ojo bajo los tablones no importándoles que cayera polvillo sobre sus retinas.

- Oye, Celes, que esa de arriba es una zorra y bien zorra... Parece que no lleva más que la hoja y lleva también unas calzorritas pequeñas, que, los que han pagao no se la ven...

- ¡Déjame¡ ¡Déjame ver ahora a mí¡

Miraban todos por turno. Los más se fueron arrastrándose para verla quitarse las hojas de parra, allí en su camarino. De pronto, al Braulio, el de la Mozarrona, le dio por hacer una broma que nadie esperaba. Metió por el agujero una varilla de cohete que allí encontró, empujándola hasta colocársela a la vedet, entre las piernas.

- ¡Ay¡ ¡Dios mío¡ ¿Qué es esto?... -dijo aquella guapa mujer, señalando a la varita-.

El público rió a carcajadas, pues le parecía una broma acondicionada al libro, pero no era así.

El Braulio la subía y bajaba como si fuera a pinchar un globo, y, la actriz, se ponía a propósito creando un nuevo número.

- ¡Señores... Aquí hay gato encerrado... ¡Saquen, por favor a este minino que está debajo de las tablas!...

Reía el público cuando alguien dijo: ¡Debajo del escenario sale humo¡ Era Juanjo, -el Juangilao que le decían todos,- que, olvidándose donde estaba y alegrillo por el zurracapote, se le antojó fumar un

cigarro, en el chiquero donde estaban metidos.

- ¡¡Fuego¡¡ ¡Fuego¡¡¡ ¡Arde el escenario¡¡

La gente quiso salir de prisa. La puerta era muy pequeña. El Director de la compañía, soltó los perros y los achuchó contra los que estaban bajo las tablas. Al ver a los perros, salieron corriendo los seis mocitos y se llevaron por delante a los músicos con sus instrumentos.

- ¡Quietos¡ -les dijo el director-. ¡Quietos¡ No es nada. Es sólo humo de cigarrillo

Intervino la Guardia Civil, cuando ya tenían detenidos los músicos a los jóvenes que iban saliendo debajo del escenario perseguidos por los perros, que no cesaban de ladrarles.

Poco después, todo había vuelto a la paz y se dio fin a la función, tras de poner dos pequeñas alfombras en el mismo lugar donde hallaron aquellos mal-intencionados, espacios para la vista.

Pero, aún hubo más esa noche del día de la Virgen. En horas de la madrugada se organizó otro altercado lleno de gracia en el barrio del Arrabal, que son edificaciones medievales, tras de las murallas del viejo recinto fortaleza, y en cuyas viviendas estaban -como en tantas poblaciones- los judíos.

La cosa fue más o menos así:

Vienen a Navarijo, con deseos de pasar las fiestas entre los suyos, todos aquellos y aquellas que están

trabajando fuera del pueblo. Aparecen -entre otros visitantes- mozas que sirven en Barcelona, Madrid o Bilbao. Las que vienen de Barcelona, son, para la opinión de muchos vecinos las de peores condiciones, quizá, por ser Barcelona más cosmopolita. Decimos peores si citamos las de actitudes más atrevidas, más descaradas... más liberales, -entre otras cosas- hacer lo que se les antoje con su cuerpo, y, que no sé el ¿por qué se le tiene que exigir a todo racional, que debe seguir las normas fijadas por una sociedad represora y dictatorial, o se le sanciona? Esa sociedad que venía desde siglos diciendo: "¡Todos a misa¡" "¡Todos a las procesiones¡" "¡Todos, a vestir de luto al morir un familiar muy allegado¡" "¡Toda viuda aunque lo sea desde la tornaboda, deberá morir sin juntarse a otro hombre¡" "¡Prohibido comer carne en cuaresma y ¡ay¡ ¡ay, de aquel que la coma si no tiene bula para hacerlo¡" "¡Que nadie critique al clero o será excomulgado¡" "¡Ojo con leer libros de escritores malditos que han atacado a la religión y a sus ministros¡" "¡Todos a ser bautizados, o seréis el día que se os entierre, tirados a un corralito que hemos hecho al lado de las personas decentes y buenas, y después, tendréis infierno para una eternidad¡" "¡Ninguna hembra estará con hombre en la cama, en hierba o pajar, antes de ser casada por la iglesia¡" "¡El que blasfeme es hombre de malos antecedentes y deberá ser sancionado¡" "¡Los que van a misa son los buenos; los que no van les tildaremos de hijos de mala madre y elementos peligrosos en nuestra sociedad¡" "¡Que nadie piense en otra política que la recomendada por los pastores de la santa madre iglesia¡"

Esto era así. Ha sido así desde siempre hasta la época de mi abuelo y de mi padre. Si no fuese porque alguno podía llamarme audaz o atrevido—sin contar con estadísticas de las que estamos tan empachados en estos tiempos que vivimos— me atrevo a decir que, aún, para muchas familias, seguimos dentro de este concepto en que, por encima de todo otro juicio valioso, que los hay y muchos, priva el sentimiento católico, y todo lo que se hace bajo ese credo es bueno.

Ha regresado entre tantos que hicieron su entrada la víspera a la Villa, la hija del Pichango y la Resure. Esta moza, se fue a Barcelona allí por los años veinte, para ser más precisos, hacia el 1928. En estos siete años se ha puesto como un monumento a la vitalidad, a la mocedad y, a la exuberación cárnica femenil. Una moza, de vaya con Dios y con la Virgen Santísima.

¡Qué tipo¡ ¡Qué cutis¡ ¡Qué andares, si parece —como dice Juanpotorro— una yegua percheronа!... ¡Cómo viste la tía!... ¡Qué bien habla y acciona, la María Luisa Pérez Ubis¡

Pero, ojo... ¡mucho ojo navarijeños¡... Han dicho los mozos que, esa ¡ésa¡ ejerce allí, en la tierra de Maciá y Gaudí, dentro de una casa de citas...

— ¡Buá, buá, bua... Los hombrones, siempre echando mala fama a las mujeres... —dice en casa de Sopelanas, la Ebia— En este pueblo, no puede salir una a servir que no le enjareten el sambenito... ¡Cojona, qué bien sabéis todos los andu-

rriales de las que sirven, y sin moveros de aquí. Ni que tuviéseis allí policías secretas.

- Madre -le dice la Quica- que yo creo que sí...que sí ¿eh? que sí, madre... Que la hemos visto bailar en la plaza y llama la atención de cómo se apreta a los mozos... ¡Jolines¡ Es que no los deja mover las piernas, madre. Igual que una lapa va de pegada a ellos... y con los carrillos de ella, pegaos a los del que la baila...

- Eso no está bien, hijas, pero, yo digo que, de ello a lo otro... ¿eh? haay un trecho largo, o, lo había cuando yo era moza.

- Ya veremos, madre, y ya veremos cómo acaba todo con ésta en las fiestas. Se pegan las cuadrillas de mozos por llevarla a la bodega, a ella, y, a otras cuatro o seis que han venido también de fuera.

- ¿Y qué tiene eso que ver? Es la novedá, hijas, la novedá. A vosotras que sois decentes, tanto como las de los altares -y con perdón-, como no les permitís ni tocaros un botón, os dejan -que lo se yo- pa que seáis sus mujeres; las madres de sus hijos...y, cuando viene una pelandusca de éstas, livianas de cascos...se van detrás como idiotas y ¿qué sacan estos pardillos, como dice La Pachona?: la cabeza caliente y el culo frío...

- Livianas y calientes, madre. -le dijo la Poli.

- Más son lagartas...¡Lagartas¡ Estas -te lo digo yo- los dejan sin una peseta y, los tontorrones, aún se creen que las engañan y van presumiendo a su lao... pero no entienden que se ríen de ellos...que siempre pasó así.

Después del altercado en el salón de la Revista. Después de acabado el baile en el salón del Guirrio y en el de Bocadehucha, la gente va por las bodegas, hasta las cuatro o las seis de la mañana. Hasta que amanezca, y poder comer churros en la plaza. Lo bonito es ver amanecer.

A su bodega, llevaron los mozos del Covachón del Lagarto, a la hija la Resure, junto con otras dos mozas, hijas del pueblo que vinieron del Norte: la Pepa, la Cachondilla, y, la Irene, la de Chaplón.

¿Para qué las llevaron a la bodega? En primer lugar para que probasen el zurracapote de ellos que tenía vainilla y coñac. Después, una vez allí... para aprovecharse del momento y del encierro... porque uno de ellos, al entrar todos, lo que hace siempre es cerrar la puerta y quitar la llave. Una vez junto a las tinajas del zurracapote, comienzan las bromas pesadas... Un pellizco... un empujón... una azote en el trasero... Apagar la luz y tirarse a ellas para abrazarlas y besarlas... En ocasiones, se pegan ellos los abrazos y las cabezadas.

A las dos que han venido del Norte, viendo que no querían beber por no ensuciar los vestidos,-y ellos les obligaban a beber al alto con el porrón,- les han echado el zurracapote por el escote... dándoles un baño de mucho abrigo, porque, el vino, produce calorías por dentro y por fuera. Cuanto más se enfadaban las mozas, aquellos brutos más se divertían. Viendo que allí no había nada que hacer y que las tres mozas les llamaban de todo e, incluso, les amenazó la de la Resure con llevarlos al Juzga-

do, decidieron abrir la puerta y que cada cual se fuera por donde quisiera. Eran las cuatro y media de la mañana.

Durante el baile, en la bodega y ocasión que se le ofrecía, la hija del Pichango y la Resure, la María Luisa, la Catalana, no ha perdido el tiempo como vamos a ver en seguida.

Se fue para el barrio del Arrabal, acompañada por el Julito Bastida a quien se le conoce más por Julito "El Mea". Es éste un mozo de lo mejor que hay en Navarijo, decimos de lo mejor en educado y finolis. Había pasado su juventud en San Sebastián, siendo dependiente de una casa de confecciones, y sabía atender a las mujeres como a ellas les agrada, y no con bruticie.

El Mea, tenía un tino y una gracia que era envidiado por muchos, pero, era la envidia lógica del español, que es aquello que él nunca podrá ser y le ralla las tripas que otro lo sea, o, lo haga.

La casa de la Resure, estaba esa noche sin sus padres, porque, esa tarde, les había advertido su hija que la necesitaba. Ellos tenían que irse a dormir al otro barrio opuesto, al de San Juan, donde vivía la Lupita, hermana de María Luisa. La Lupe estaba casada con El Peine, el hijo del Tigre. Nadie sabrá nunca si lo hacían a posta el dejarle campo libre a la hija venida de Barcelona, o era ignorancia, pero, aceptaron el consejo, cuando les dijo que "ella había de ir muy tarde..." "que podía molestarles si la acompañaba algún mozo al portal..." "que estaban mejor en lo de la Lupita que en el Arrabal". También les advirtió sobre los gamberros, que podían ir en

altas horas de la noche a cantarle o a no dejarla dormir.

Dentro de la casa de la Resure está la Maria Luisa con El Mea, haciendo lo que les plazca, en eso tampoco nos gusta meternos y menos dar detalles, ya hemos dicho que cada quien es libre de hacer con su cuerpo un nudo o un bicho feo. Comenzaron a acudir por el Arrabal, hombres que aparecían por una calle... por otra... Se saludaban... no se iban... seguían como buscando por el suelo sapos de luz o marimangorras -que así llaman los de Pedroso a los limacos o babosas-.

- ¿Qué vida tú por aquí, Candiles...?
- Pues, ya me ves, Liborio... a dar una vueltilla...¿Y tú, qué vida por éste barrio...?
- A lo mismo... ya ves, que me se ha ocurrido venir por ésta calle esta noche...
- Y yo he dicho: No voy a dormir...y me voy a tomar el aire...

Unos por un lado... Otros por el otro, así como "sonados" del caletre... Todos como buscando agujas donde nadie había cosido...y, mirando, siempre mirando a la puerta y ventanas de la Resure.

Ya había diez o doce paseando y sin decir ninguno el verdadero motivo, cuando se abrió la puerta del Pichango y salió la Maria Luisa con el Mea... Todos corrieron a una para llegar el primero, y que lo viese la catalana. Abrochándose la camisa estuvo unos segundo Mea, y ella lo despidió dándole un beso. En cuanto quedó la puerta li-

bre se tiraron todos de bruces a ella. Fue en ese instante cuando les dijo la hija la Resure:

- ¡Quietitos¡ ¡Quietitos todos, salaos... Vamos a ver quién de vosotros tiene el número uno.

-¡Yo¡¡Yo¡-dijo Agustín Armas- ¡Aquí está¡ ¡Yo entro el primero¡

- Oye, tú... el número uno lo tengo yo, míralo aquí, majo.

- ¿Y este mío, qué es?...

- Tú tienes el siete, Jotis, ¡el siete!...

- ¿El siete? Pues, si todos tardáis como El Mea...yo no tengo vez hasta la hora del almuerzo...

- Majos -les dice Maria Luisa- creo que todos sabéis para qué habéis venido. Poneos en fila y preparad el dinero por delante. ¡Vengan los cinco duros que vale el trabajito!...

- Oye tú, que, en Logroño se paga uno, ¿eh..?

- Pero tienes que ir allí, salao... Yo te he traído aquí el servicio y, eso, hay que pagarlo.

- Lleva razón, Perto. Paguemos y esperemos la vez.

Se pegaban por darle los cinco duros. De unos a otros se hacían el cambio, o le prestaban las veinticinco pesetas, si aquel no tenía suelto; ya se las pagaría.

- Oye, no te se ocurra pedírselas a mi mujer, ¿eh...?

- Ni tú digas nada de esto a la mía, que la armamos...

Se metió con el Agustín Armas y, los otros casados o solteros, se dedicaron a esperar en fila, sin saltarse el número. Así media hora... La impaciencia crecía... No faltaba quien decía:

- ¿Pero qué coño le pasará a ese?... ¿A ver si se le ha muerto de "moción"...?

- Oye, que, a lo mejor está bebido y ya sabís lo que pasa... que, a mí, me pasó una vez en lo de la Pepita y me sacaron a patadas del cuarto entre ella y la ama...

- Pues, en cuanto amanezca, aquí ya no se puede estar. Van a salir todas las vecinas a la calle y no os digo nada la que se arma...

La muy zorrilla, la muy audaz, la muy puta -y no quitamos titulación pues de ello vivía- hizo subir al número uno, al Agustín, y, tras de lo que allí pasara le dijo:

- Para joder a los demás, vas a salir por el corral y te vas por el campo a la plaza. Deja a estos idiotas que ni se enteren de que tú ya has marchado.

Se metió a dormir la hija del Pichango, y la clientela estaba toda alborotada en frente de la casa. Los vecinos y vecinas estaban todos por la calle criticando a los hombrones que allí estaban como los perros tras de la perra a vuelta, y éstos empeñados en no marchar de allí hasta que la de Barcelona les devolviera los cinco duros que les había estafado. Hubo insultos, alboroto, y alguien fue a llamar a los Guardias para que se pusiera paz en el Arrabal.

Sacaron de casa a la hija del Pichango, tomaron los nombres a los mozos; los casados salieron todos corriendo para no ser vistos y menos llevados al cuartel o al juzgado.

El sargento de la Guardia Civil del puesto de Navarijo le dijo a la moza:

- Antes de que llegue el medio día, tiene usted que salir de este pueblo o la bajaré detenida a Logroño.

Y se fue, se fué con un taxi que mandó llamar a la capital.

- ¿Ha visto madre? ¿No se lo decíamos nosotras?...
- ¿Se ha enterao, padre?...
- Si a esa, ya se le veía venir y de qué pie cojeaba... ¡Jodó¡ Esa sabe más que las vacas del Habanero... que se meten por las barreras y siempre sacan colgaos a dos o tres en los cuernos... Vaya mañas y artes, que ha traído a su pueblo la hija del Pichango... Es que como esto no se había visto, Ebia...
- ¿No estuviste tú también por el "Rabal" esa noche...?
- ¡Mujer...
- Esa ha salido todo todo a la abuela.
- Oye, y rubia, como las vacas que has dicho...
- Vaya ganao y vaya ganao que nos viene en fiestas... Si es que nadie se conforma con la paga... Estas quieren allá vestir bien, como los amos...y de algún lao tiene que salir, Ebia.
- Y los padres ¡cojona bendita¡ como caudones, haciéndole hasta la cama... No si, aquí, sabemos más que nadie de todo... de todo, Sopelanas. Mira tú si no lleva razón el cura.
- No confundas una cosa con otra. Esto es que tenemos libertá y ná más.

. . . . . .

ANTONIO CILLERO ULECIA

Ha venido a Navarijo un barberito joven y bien plantado. Si, cuando aparece en el pueblo una moza de fuera se lleva detrás a todos los chicos, tanto porque sea guapa y decente, como si es de la catadura de la hija del Pichango, pues, otro tanto ocurre cuando viene un mozo, salvo que, en este caso, las chicas que son más discretas y, por qué no decirlo, más inteligentes, lo piensan , lo sueñan, pero, no hacen ostentaciones ni dan pasos en falso que las ridiculice.

Decíamos, que, ha venido a la villa donde existió aquella ganadería del Habanero, -que muerto está desde hace muchos años-, porque está dividido el pueblo, hasta en cosas tan simples como son las barberías.

La República está fraccionando irremisiblemente a España en dos polos; en dos frentes; en dos clases sociales y esto no es nada bueno, porque es fomentar una guerra de palabras, de quema de fincas y de conventos, de manifestaciones y de tiros entre unos y otros. En fín; la eterna confrontación entre católicos contra árabes y judíos; entre liberales contra los carlistas y tradicionalistas; entre los ricos y burgueses, contra los pobres asalariados; entre los que rezan y los que queman las iglesias. España viene así desde iberos y celtas, de cuya lucha nació el pueblo celtíbero, y no por común acuerdo entre ambos como se nos enseñó en el colegio cuando éramos niños.

Así fue desde siempre nuestra tierra, y así ha de seguir mientras que el pueblo no sea culto y sepa dónde va, o a dónde le quieren llevar aquellos que le mandan con la espada o los que le piden el voto.

Navarijo es totalmente obrero y obrerista, por tanto, de izquierdas. ¿Es que podía ser otra cosa teniendo tantas necesidades? Busca un mejor reparto social. Aspira a tener menos horas de trabajo diarias y no de sol a sol como aún lo viene exigiendo el amo. Quiere colocarse a nivel económico de otras naciones europeas, pero... pero... ¿le dejarán que siga ese camino los que tienen el dinero, los que manejan los altos intereses de la iglesia, y los que guardan las armas en los cuarteles?

Al Conde de Valdeavellano, no ha vuelto a vérsele por Navarijo. Nadie sabe qué es de su vida por Barcelona. Quizá lo sepa La Pachona, aquella que estaba citada con don José para hacer un alto en Zaragoza y, después de tener una habitación compartida en el mismo Hotel, seguir camino de Montjuich sin que se enterara la doliente Condesa, ni los mayordomos del pueblo riojano.

El barberito que ha llegado a Navarijo, lo han traído de tierras de Santander, para que se ocupe de tener aseados con peine y tijera a todos los obreros de sus Sindicatos. En Navarijo, hubo desde siempre dos barberías, pero, al morir Landaca quedó sólo Goyito, el de la Bollazo. Por cierto

y ahora que hemos sacado en danza al pobre Landaca, bueno me parece hacerte saber -lector amigo- que le sacaron hace no pocos años, una copla que, el pobre, la llevó hasta la sepultura y que aún recuerdan con sano humor los nietos de quienes la tenían en activo. Landaca, era pequeño, gordo, muy gordo. Vivía con su madre la Benita, la del Zurriago, aquella que llevaba de viuda más de treinta años. Vivían a media altura del cerro, donde, en una casita de planta baja muy pobre, tenían la barbería. Esta barbería, lógicamente, era la de los pobres, de ahí que faltaba, al morir Landaca, un barbero para los trabajadores humildes.

Como no existían retretes en las casas -tampoco los tenían en Madrid ni en París, en ese tiempo- de las familias pobres, pues el pobre Marcos Landaca, sube todas las mañanas, en horas del alba, sin que nadie le vea, "a poner el huevo", en una hoya donde tiran la basura de la cuadra. No es que sea ejemplar para copiarlo, pero, es cómodo, es higiénico, y ya quisieran los que viven en Chamberí o en Lavapiés, tener una cosa tan aparente para sacar las necesidades sin dar olor al semejante.

Alguien del pueblo que lo ve subir todos los días a bajar el pantalón y aliviar el vientre, le ha sacado una canción con música de Letanía, cuya letra dice así:

"Marcos Landaca
sube al castillo a echar la petaca...
Marcos Cornelio...
Ese es otro caracol."

¿A qué Marcos Cornelio se refería el autor?...No lo

sabremos nunca. Parece referirse a un romano, pero, ¿hasta ahí podía llegar la inteligencia del anónimo navarijeño?... De todos modos es bonito el nombre y el juego que él hizo de la copla.

En Navarijo hay mucha gracia para sacar coplillas a las gentes y, en ese tiempo que aún no existían las prisas de hoy, -prisas por nada-, pues se divertían mucho más y, la gente, era feliz con muy pocas cosas. Hoy no lo es con la abundancia.

Se casó un viudo con una viuda que arrancó de Pancorbo. El viudo tenía muchos hijos. La viuda no tuvo ninguno. Decían que era yerma. Aclaremos, aclaremos éste adjetivo. En la Villa del Conde no se dice jamás yerma ni estéril, seamos sinceros, dicen otra palabra más cruda, más castellana, más hiriente y más del terruño de Berceo, y así debe ser el idioma puro. Dicen: machorra.

Al cabo de dos años de estar casado el viudo con la burgalesa y siendo largamente cuarentones, parece que la Sión les ha dicho a las vecinas que estaba en estado... No faltó el juglar que sacó la copla que decía más o menos así:

A la Sión le ha salido un bulto...
Dice Ruperto que será de un susto...
A la Sión le ha vuelto a salir,
y dice Ruperto que está por parir...

Bueno, pues ya que nos hemos metido en harina de canciones anónimas del pueblo, tampoco podemos omitir, o dejar orillada, aquella letrilla que, posiblemente llevaba música de algo que cantó Raquel Meller o la Chelito, pero, que, un navarijeño, le colo-

có la de un hecho ocurrido esa semana.

Tenía el veterinario, setenta años, y tenía una criadita morena y guapísima. Un juguete de mocita con dieciseis añitos más majos que todas las cosas. Aquella -como dicen muchos- cantaba en la mano y hacía feliz a cualquier hombre. El veterinario, encaprichado que estaba con aquella maravilla que tenía a su servicio, pues, acabó, casi casi enamorándose de ella. Nada podía hacer, y, él, bien que lo reconocía, pero, un día, quiso darle un beso...¿Para qué lo haría?... Ella salió de la casa y lo contó. ¡Ya tiene su canción el veterinario verderón¡

"Don,Hipó... Hipólito Nazar,
se ha quedao sin criada
por ser sinvergüenzá.

Tan sólo un beso
Tan sólo un beso él le pidió...
Ella no quería...
Ella no quería...
pero, a la fuerza, fue y se lo dio.
Don,Hipó... Hipólito Nazar
ya no tiene criada
porque es sinverguenzá"

...El barberillo de Cantabria se llama Generoso, y ha caído en la Villa como el agua de mayo. Cosa más simpática y más sevicial no se ha visto. ¡Coño que buen acierto hemos tenido con el chaval¡ -dicen muchos.

Tiene más de doscientos clientes fijos con su

igual. Le han colocado la barbería en una planta baja que han alquilado a nombre del Sindicato, en la Calle Mayor Alta de los Caballeros, y no tiene que hacer más labor que cuidar su horario y hacer bien su trabajo, que así lo cumplía.

Pero ¡velay¡ que ha venido a poner los ojos en la Quica, la hija de la Tetona y Sopelanas. Ella también le dá cara, por más que sea cinco años más viejo... La Quica tiene veinte, y él veinticinco.

Se ha enterado Serafín y le ha dicho a su hija:

- Chiguita... yo no te voy a prohibir que vayas con ese pelabarbas que ha venido de fuera, pero, ¡ojo¡ ¡ojo¡, que no es un novillo tierno...mira que ese ya tiene el cuerno retorcido...y creo que me entiendes. Que ha cumplido su mili... y sabe más que todos los de aquí juntos.
- Padre, es hijo de viuda, no ha hecho la mili. ¿No quiere usté que yo tenga novio o qué?
- ¿Yo? Claro que lo quiero, desde que nace un hijo lo queremos ver ennoviando, pero, me gustaría que fuese de aquí, del pueblo, o, al menos, de éstos pueblos cercanos donde todos nos conocemos. ¿Me quieres decir qué es este, además de pasar la navaja y rasurar?... ¿De qué pie cojea... ¿Qué mañas tiene? Oye, que todos las tenemos, pero...si son sabidas, ya no hay extraños ni patada ¿entiendes, Quica?.
- Mañas ninguna, padre. Le gusto y me gusta.
- Pues ándate con ojo y, pa por si acaso, pa por si acaso... no me lo metas en casa, ya lo has oído.

- ¡Jolines¡ Què desconfiao es usté...
- Quica, que tus años no ven na más que la planta, y yo busco sus vicios y las raíces de donde viene ¿entiendes?
- Ni vicios ni nada tienè, padre. Siempre creemos que sólo nosotros somos los buenos; que, quienes vienen de fuera tienen las raices podridas... ¡Jolines¡ Es igual o mejor que todos los mozos de aquí, pero, más listo y más delicao, pa que se entere, pero, eso a usté le tiene sin cuidao.
- Eso te lo crees tú. Escucha, Quica, Me ha dicho alguien -alguien y no te digo quién- que, ése...viene a esta casa mandao pa' desgraciarnos un día, y, si pretende eso, yo le tengo que prohibir que te corteje ¿lo entiendes ahora?
- ¿Eso le han dicho a usté?...¡Ay, pero qué gente más remala tenemos entre nosotros.... ¿Sabe què es eso? ¡Envidias¡ ¡Envidias y ná más que envidias¡ Muchas lo quisieran para ellas y se fastidian, padre, se amuelan y se pudren.
- Yo de eso me alegro, Quica, que seas tú la que más vales pa todo, pero mira que quien me avisa no es mujer. Y yo te digo: que sois mucho inorantes todas las mujeres. ¿Sabes tú, hija, si no lo han comprao los de la C G T pa que me arruine a una hija? ¿Sabes tú, si los del juicio, -que nos dieron tantísimos disgustos- no lo han adiestrao pa que te deje desgraciada y nos descalabre a todos?...
- ¡Padre¡ ¡Padre¡ Que no es así, le digo que no es así ¿Cómo va a venir a mí fingiendo? Envidias y

son, ya se lo he dicho.

- Pues yo te lo advierto. ¡Ojo con un barbero y folastero¡ ¡Ojo con el de la brocha y el peine... No te digo más. Cuídate del pelo què ese sabe cogerlo con finura...

Era igual decirle como no. Estaban enamorados y tenían que seguir el camino que les dictaba su mucho cariño, su anhelo de vivir un día y por siempre unidos.

Con quien ha tomado no poca confianza el barbero del Sindicato obrero es con el ex-director de la banda municipal, con don Eladio. Ha llegado a tanto que, incluso, le ha dicho Generoso que le gustaría aprender música para tocar la guitarra. De ahí que, acude a la barbería todas las tardes de tres a cinco, Eladio, para no ir el barberillo a casa del mayordomo del señor Conde, y que lo puedan tomar como atrevimiento. No le hace mucha gracia a Serafín el que vaya a esa barbería aquel hombre que vino con una gran fama -y lo es- de católico, de monárquico, y de derechas de siempre. Pero, está aquello ya tan lejos... Además, el pobre hombre le viene muy bien sacar algo, porque vive de limosna. Si no fuese porque le da de comer la catalana, ese músico moriría de hambre porque, cosa más inútil no ha pasado jamás por Navarijo: no sabe ni pegar un martillazo en un clavo. Por comer lo que le da Monserrat, le barre la casa y le friega los cacharros de la cocina. A veces -y esto tampoco le hace mucho tilín a Sopelanas- sabe que bajan a

Logroño los dos, como buenos amigos que son. Si es que dicen más: muchas tardes meriendan juntos en la bodega de Cascabel, que es la casa en la que está puesta la peluquería. En fín, que se han unido perfectamente y no es de extrañar sabiendo que, ambos, no son del pueblo y que viven sin familiares.

El pobre don Eladio no es ni sombra de lo que era cuando vino a la Villa y comenzó a formar aquella banda que llenó de ilusiones a medio pueblo. Ya hemos dicho que come con Monserrat, la catalana, pero, muchos de Navarijo se preguntan ¿Qué coño pinta esta mujer sin tener al Conde a su lado para controlarlo? No falta quien supone que la tiene el Conde alejada de él para vivir aquel por su cuenta. Por otro lado, teniéndola en el palacio del mayordomo, lógicamente, ha de poner Sopelanas mucho más celo en el trabajo y en la economía. Ya no está sólo Serafín para vender las cosechas y guardar los cuartos que le dan por alfalfas, cereales, remolacha y vino. Le tiene que mostrar a la vieja sirvienta, los gastos y los beneficios y, la Monse, es la que lleva un libro con todos estos movimientos.

Esa y no otra razón es por lo que ésta mujer sigue en la vacía vivienda del Conde Valdeavellano. Atiende, eso sí, a Eladio, pero, con la condición que sabemos: que le haga de criado. Que vaya con la cesta a la compra y que le arregle la casa. ¿Y qué otra cosa puede hacer quien no tiene dinero, ni casa ni propiedades? Don Eladio es un fracasado más, de tantos y tantos miles que existen en este país. Podría haber sido un gran músi-

co, un aplaudido Director en cualquier capital, pero, el estar metido siempre en pueblos donde no cabe mayor lanzamiento, y el haber sido su padre, mayordomo del hermano del Conde, el Marqués de San Martín, le seccionó por mitad las alas, y se vio acomplejado para volar a mayor altura. Si Monse es un día llamada para seguir en Barcelona, el ex-director tendrá que ir a pedir limosna de pueblo en pueblo, o a refugiarse en la Beneficencia Provincial. Lástima y grande que un hombre con calidad artística se vea así derrumbado. ¡Y cómo aniquilan los pueblos¡ Ya nadie le llama DON, le dicen, "el Eladio ése de las manos largas y la melena"...o "el lavaplatos de la beata". Cuarenta y cinco años y parece que tiene setenta, por cómo viste y cómo lleva la vida.

Navarijo sigue con la República, mal que bien llevándola trancas y barrancas. Aquella felicidad del primer mes y año, que parece respiraba todo el pueblo, se ha ido evaporando poco a poco, y sólo quedan en activo, odios y resentimientos. Se ha llegado a tal descomposición política, que ya nadie es republicano, puede ser cualquier cosa, pero, no dirá que es Republicano, porque "eso", o es poco para muchos... o es demasiado para otros.

El Gobierno de Madrid carece de autoridad, y esto es muy grave. Creer que con la democracia puede hacer cada ciudadano lo que le plazca y, el gobierno,

dejar al pueblo con las riendas sueltas para que vaya por donde más le guste, es buscar ,inconscientemente, que se desboque y lleva camino de ello. Pocos hablan bien del nuevo sistema, porque nadie parece que coincide con la actuación del gobierno, y ahí reside el grave error: si no se es y con plena vocación republicano, se está destrozando el sistema. Los unos no quieren hablar de la Niña Bonita, porque sueñan con una dictadura militar que tanga mano dura, y meta en brete a todos los obreros que sólo piensan en trabajar poco y ganar mucho. Que son capaces de quemar su fábrica o destruir las máquinas, ignorando, o, sabiendo que, con ello se cierran el puesto de trabajo. Los obreros han dejado de ser republicanos porque no les satisface está República que preside Niceto Alcalá Zamora, a la que titulan de burguesa. Hay que ir a una República sí, pero que sea socialista. Que acabe con la oligarquía, los aristócratas, los grandes latifundios, el clero y el militarismo de derechas.

Nadie defiende lo que vino aquel catorce de abril de mil novecientos treinta y uno, con la mayor paz que ha conocido España y como un regalo. Si nadie la quiere, alguien acabará borrándola del mapa, o morirá por esa falta de calor que debe dar el pueblo a todo sistema político.

Los odios siguen en pie en todos los pueblos.

- Serafín. -le dice el Mesio, el "Cachavas", que es peón del Conde desde hace la tira de años-. Anoche vino uno a la Lóndiga y dio un mitin sobre el comunismo.

- ¿Fuiste tú?...

- ¡Hombre... ¿cómo voy a ir a eso?...

- ¡Ojo, Cachava, que tú ya sabes a quién tienes que defender y votar cuando llegue el caso!...

- ¡Ya¡ Pues dicen que estuvo lleno, y que cantaron la Internacional con el puño bien preto...

- Mira, Mesio... cada cual canta según lo que le empuja el buche. Este papel que te enseño, lo he cogido esta mañana por debajo la puerta. Algo serio nos viene encima, Cachava...

- ¿Qué es eso, política, Serafín?

- ¿A ver? Oye, pero, si te digo la verdá, no lo entiendo. Aquí se habla de Imperio... de los trabajadores libres... de la ruina en que está metida España... No entiendo bien esto.

- ¡Jodó, pues ya es bien largo el rollo que sueltan! ¿Qué quieren decir esas flechas y ese yugo de bueyes?...

- No me digas. No entiendo quién puede mandar esto. Yo creo que tiene que ser alguno del pueblo, que lo trabaja bajo cuerda. He oído decir, que si algunos de aquí se van a la Dehhesa para hacer tiro con los guardias.

- Oye, que yo también lo he oído... ¿Por qué no se lo enseñas ese papel al cura?

- Luego se lo voy a dar, que ellos saben todo.

El peluquero nuevo tenía siempre la barbería llena de gente. Todos lo apreciaban mucho y era lo que merecía porque, chico más bueno jamás había pasado por Navarijo. Qué bien le iba el ne-

gocio al Generoso. Además, lo què nunca se había hecho en la barbería, tenía dos periódicos para que la gente leyera -y se leía mucho en ese tiempo-. Uno de ellos se titulaba Mundo Obrero. También tenía La Rioja, que era el periódico provincial. El primero lo pagaba el Sindicato C G T, y el otro, corría a cargo del barbero.

- Ha dicho mi padre, que no tengas ese papelucho de Madrí en la barbería. Le dice el cura que estás envenenando al pueblo y que eres un hipócrita.

- Pero, Quica, si me lo dan los que me han traído al pueblo ¿qué puedo hacer yo? A mí me pasa como a tu padre: tiene que atar el ganao donde le manda el amo. Ya llegará un día que esté libre y haga lo que yo quiera y me gusta, pero, hoy, me veo obligado Quica. No es por mi voluntad, que yo sólo soy peluquero. Mè han traído los sindicatos y debo ser fiel a la palabra que les dí. Tu padre debe entenderlo así.

- Pues él dice que eso te puede costar muy caro y que, una cosa es una cosa y otra la otra...

- Mira, dile a tu padre que yo no me meto en lo que os lleva el cura para leer en las reuniones que hace con el médico, el veterinario, el boticario y los Lanera.

- El me lo dice porque te aprecia.

- Yo también a el. Dile que, si le parece bien yo hago desde el domingo de monaguillo, verás cómo se alegra, pero, antes de una semana tendré que marcharme a mi pueblo ¿entiendes? Y ¿qué pasaría de lo nuestro? Hay que bailar, Quica, al son que manda el amo, y esto tu padre lo sabe bien, que pronto dejó de tocar, -según me han dicho-, porque se lo mandó el Conde que no tocara más para la República.

La Tetona, la mujer de Sopelanas, tiene un grave problema en aquello que fue un día causa del magro apodo. Toda la familia está muy preocupada. Ha costado saberlo y hasta decirlo, pero, ya es una realidad; tienen que extirparle el pecho derecho. ¡Ah fatalidad; Aquello que comenzó como una pequeña picadura de mosquito, fue creciendo y creciendo; fue tomando dureza y le han recomendado que vaya a Madrid para dejarla mutilada en la mitad de su exuberante anatomía pectoral. De no hacerlo así correría peligro general.

No hay quien le quite a Sopelanas de la cabeza, que la lechuza ha entrado esta vez en su casa, y con la peor mala leche que sabe hacerlo el ave nocturna.

Y es que así ocurre. Vive una familia diez o veinte años apenas sin sufrir quebrantos; sin vestir lutos ni operaciones, pero, cuando se inicia el corte del melón... va parejo como matorral con fuego y atizándole el cierzo...; como chopera bajo ciclón; como arena atizada por el siroco. Enfermedades, accidentes, operaciones y entierros son, un día imprevisto, larga cadena de eslabones que se van cerrando uno tras otro como si buscaran ahogar a todos los componentes del hogar. Exacto a una riada; parecido a una peste; igual que un terremoto o un incendio que comienza en la pajera del caserío y busca ciego de ira los trojes del alto desván.

Reponiéndose está la Ebia de la mutilación que fue objeto en aquella difícil operación, pero, todo parece que puede ser superado felizmente, si no aparecen nuevas complicaciones.

Ya llevan meses y meses cortejando la Quica y Generoso, y lo hacen en los bajos de la casa, allí donde forma la calle un techado que llaman los de Navarijo, Covaluenga, porque va circulando debajo de los palacios elevados en la Calle Mayor Alta de los Caballeros. Es una calle exacta a un túnel, salvo que tiene, de trecho en trecho, unos espacios abiertos para que penetre luz natural. Este pasadizo dá entrada a las cuadras y lagares. De noche, es oscuro como boca de lobo... No tiene luz artificial y, de ahí que sirve para que algunos atrevidos y poco amentes de la limpieza pública, en vez de hacer sus necesidades como Landaca o, en su cuadra, junto a las caballerías, se acomodan en la oscuridad y dejan allí sus excrementos.

Para evitarle a Sopelanas mayores disgustos si la ve en el portal con el barbero, la Quica, aunque el lugar no sea muy aparente, ha optado por estar allí sentada con el novio una hora todas las noches.

Tiene la moza un banquito para dos, que guarda dentro de la cuadra y, a veces, hasta tiene envuelto un tallo de chorizo y pan tierno que comen ambos con la ilusión de estar enamorados y pletóricos de ilusiones.

Qué bonita la época del noviazgo... Qué felicidad

encontrarse cada día, cada noche, y saber que una hora o dos han de estar juntos, mirándose, agarrándose las manos, y hablando de sus cosas, pequeñas cosas que son todo un mundo de esperanzas.

Era aquella una noche más del mes de abril. ¡Otra vez la primavera¡ Cantaban los pájaros llenos de felicidad y de libertad, emparejándose. Trinan y trinan los ruiseñores desde el anochecer y, cada cántico, es nuevo poema que van desgranando entre las hojas de los arbustos. Qué maravilla de tierra, qué ilusión en los vivientes y qué empuje en toda planta buscando calor en el espacio, calor que es vida.

Sentada está la pareja en su banquita de madera, aquella que Sopelanas tiene, para echar encima el cerdo que ha sido previamente enganchado por el garfio del matarife, y sobre la banqueta, recibirá la cruel cuchillada que le llegue a donde mejor sangre, fuente de vida que una mujer batirá con brazo remangado para sacar de ella ricas morcillas. La pérdida de vida en unos dá aliento a otros más audaces y más sangrientos. Así está formado, lamentablemente, este universo, y no puede cambiarse el destino en cada criatura.

Hablará la pareja, seguramente, de proyectos. Hablarán de lo que han de hacer un día, si todo

sigue como ahora, y los padres van cediendo y comprendiendo su enamoramiento.

Son muy felices la hija de la Ebia y el barberito de la Montaña santanderina. Se es feliz cuando no hay lucro ni envidia por medio; cuando se sabe conformar con poca cosa, y,hasta se reparte éste gozo para dar alimento y esperanza a otros semejantes.

De vez en cuando, pasa alguien que viene de dar agua al ganado o llevar pienso. No falta quien lleva encima un cesto con verduras o un saco de paja. Esto es normal hasta las nueve de la noche, después,ya no transitará por esa calle muy a estilo árabe nadie, y si alguien pasa... hasta dará sospecha.

Muchos saben que allí hay -como en tantos y tantos portales de las novias- una pareja de enamorados, pero, quien pasa es norma no mirar y sólo se dice un: ¿Qué hay? para quedar bien. La pareja, tímidamente, también contestará: ¡Hola¡... y ya sobra. ¿Para qué más? Tampoco falta el atrevido, que le diga al novio un disparate, aprovechando que está con la chica a oscuras... pero, sólo quedará eso: las palabras perdidas entre las arcadas que soportan los grandes edificios medievales.

Venía de la oscuridad una sombra indefinida. Se acercó a la pareja. Ellos, los dos,la vieron,pero no le conocieron, porque llevaba la cara tapada... Ambos rieron, pues creían que se trataba de alguna broma para asustarles. El tapado o tapada, sacó una navaja y la clavó en el pecho de Quica... Ella gri-

tó... y el encapuchado salió corriendo buscando la próxima plazuelita... .Generoso sólo pudo atender a su novia que estaba desvanecida...

La cogió en brazos mientras que la sangre brotaba sin contención y le ensuciaba manos y ropa. Con lágrimas en los ojos, maldiciendo y besándola quiso subir con ella a la casa, pero, antes se decidió a gritar:

¡¡Auxilio¡¡ ¡¡Poli¡¡ ¡¡Señor Serafín¡¡ ¡Señora Eusebia¡¡ ¡¡Socorro¡¡ ¡Auxilio¡¡ ¡Vengan corriendo aquí¡¡

El pobre barbero lloraba de coraje, mientras su novia, desmayada, iba perdiendo la vida a riadas..

En brazos la subía cuando se le acercaron corriendo los tres a quienes había llamado, e,incluso Eladio, que les siguió un poco más atrás.

Monserrat estaba en la Iglesia, en su reunión de las Hijas de María, porque ella era tesorera.

Entre gritos y maldiciones la subieron a la cama. Generoso fue corriendo a llamar al médico.

El desconcierto era general y las lamentaciones no cesaban.

- Padre... Padre .¿quién nos quiere tan mal en nuestro pueblo? ¿Quién es padre tan canalla que ha querido matar a mi hermana?

- No lo sé, hija... No lo sé -y lloraba como un chiquillo. ¿Has visto Ebia, cómo nos viene desgracia tras desgracia?

- Si, Serafín, sí... Aquí parece que se ha desatado una tempestad contra esta casa. ¿Por qué Dios mío, por qué? ¿Qué hemos hecho nosotros mal, si somos los de siempre?

- Poli, hija, y usté Eladio, vayan al cuartel y al Juez, cuanto antes. Marchar uno a cada lao, para que vengan las autoridades en seguida aquí.

- Voy padre. Yo voy al cuartel.

- Y yo a lo de Juan Plaza.

Vino el médico y les dijo que habían tenido suerte. La puñalada no era mortal por muy pocos centímetros. Entró el practicante con algodón, vendas, alcohol y gasas, comenzando ambos a curarla.

Mientras estaban en plena detención de la hemorragia y desinfectando la herida, estaban en la sala los familiares y amigos que habían acudido corriendo. La noticia fue de un lado al otro del pueblo en pocos minutos.

- ¡Que nadie toque nada de ella ni pise la calle¡ -dijo el sargento de la Guardia Civil-. Hemos buscado por la calle con la linterna y no hemos encontrado nada que se refiera a este caso, pero, ahora, debo tomar declaración ,hasta que lleguen de la capital los del Juzgado de Guardia que ya están avisados.

Serafín no decía ni palabra. Había quedado mudo, y no hablaba porque, dentro de su cabeza, se desataba una gran confabulación de posibilidades y de sospechas que no había por donde hallarles el hilo... Era todo tan complicado si se lo escuchaban los guardias...

Mejor callar lo que yo pienso, ya llegará el momento de soltar algunas cosas que las llevo atravesadas aquí y en la garganta... pero que tampoco sé si ellas estarán dentro de esta canallada que le han hecho a mi hija.

Habló es sargento diciendo:

- Señores. Por favor, salgan todos de esta sala y quédese sólo el barbero, a quien voy a tomarle una pequeña declaración.

Salieron a la cocina, entre otros: Serafín. Eladio. el peón Mesio. Trocalojo...el hermano de Serafín, Juan José. El hermano de la Ebia, Domingo, o el Mingo. También salió el cura, el veterinario y el boticario.

Sacó el Guardia Primero una libreta de la cartera negra que llevaba al hombro y comenzó la interrogación.

- ¿A qué hora ha sido el hecho, Generoso?
- Pues hace media hora poco más o menos, señor sargento.
- ¿Cómo era el que venía tapado, qué altura tenía?
- Venía como encogido... pero, al escapar me pareció de una altura como la mía.
- ¿No le viste la cara verdad, ni tampoco el pelo?
- No señor.
- ¿No dijo nada ni una palabra al acercarse?.
- Sólo un "gu,gu,gu,gu..." que nos hizo reir a los dos porque creíamos que era una broma de algún amigo.
- ¿Le viste la navaja que sacó?
- No no. Está,abajo,tan oscuro que no se vio nada. Hasta que la Quica no gritó no supe lo que había hecho ese canalla...
- ¿Sospechas de alguno de éste pueblo?
- De nadie, señor sargento.
- ¿Te llevabas bien con tu novia?

Aquí comenzó a sollozar Generoso, y tuvo el sargen-

to que detenerse en el interrogatorio.

- Vete a fuera y que entre Serafín.

Salió el barberillo gimiendo y quitándose las lagrimas. Lo abrazó el mayordomo y ambos se confundieron por primera vez en un abrazo lleno de cariño y de dolor por el ser amado. Como buenamente pudo le dijo:

- Ha dicho el sargento que pase ahora usted...

Entró Serafín con cara de pocos amigos, que era mucho el daño que le habían hecho.

- Siéntese, señor Ayala.
- Prefiero estar de pie, sargento Bustos.
- Como desee. Dígame, en quién sospecha usted de este pueblo, para que haya tratado de matar a su hija Francisca.
- ¡Hombre... ¡Hombre... - Y dió un resoplido como lo hace el toro al verse encerrado y sin poder salir corriendo hacia el campo abierto. Sospechar...sospechar, que se llame sospechar, sargento... Yo podía decir que han sido o no, los que llevé a juicio por las fincas del señor Conde, y ustedes lo saben como yo. Yo, podía decir... que, ésto, viene tramao para quitar a ese chico que la corteja a mi hija del medio, y que lo han dispuesto los comunistas... Yo, podía decir, que son aquellos que, el año pasao me desmocharon las viñas y los árboles, por malos quereres de ellos, no míos, pero... pero... no digo nada.
- ¿Nadie le ha insultado estos últimos meses, Serafín?
- De voz y delante de mí, tendrían que haber tenido lo

que nunca tiene el cobarde. Diréctamente no me ha insultao nadie, porque, ya he dicho que a nadie se lo iba yo a permitir, pero, de pensamiento yo sé que, algunos no dejan en paz a todos mis antepasaos, pero, no se lo oigo, ya me entiende, sargento.

- Bueno. La cosa viene complicada. Esperemos a que vengan de la capital los que saben de ésto más que nosotros. Por ahora, quede todo así, pero, al chico, lo vamos a llevar al cuartel, es una medida provisional.

- No le digo nada. Ustedes saben lo que tienen que hacer.

- - -

Al amanecer ya estaban allí tres hombres que venían a levantar un atestado sobre los hechos de la pasada noche.

Investigaron el lugar con Generoso delante, dándoles detalles y, al seguir todos el camino que él llevó con la herida en brazos, dijo uno de aquellos hombres que vestían de negro y rebuscaba por las cuadras:

- Don Agustín. En aquel rincón he hallado esto.

- Trae aquí, Jaime... Hombre, esto aclarará no poco las incógnitas que aquí se están presentando.

Era un cuchillo pequeño, de cachas blancas

que estaba manchado de sangre.

Ahora todo se complicaba más y más. El cuchillo había sido tirado allí dentro, una vez apuñalada la joven, pero ¿quién lo había tirado dentro de la cuadra? ¿Quién puso allí aquella hoja de acero delatora? ¿No podía ser un ardid más del presunto asesino, pero, quién era ese?... Siendo así, parece que mentía el novio de Francisca, porque, el criminal no huyó como había dicho Generoso.

- Usted, sí sí, usted. ¿Vio entrar al que clavó el cuchillo en ésta casa por los bajos donde estaban los dos sentados?
- No señor.
- Usted le vio, -según ha declarado- ir corriendo calle abajo, como huyendo ¿no es eso?
- Si señor.
- Cómo nos explica usted, que, si él no entró en esta casa, tirara éste arma blanca en un rincón, y vea que es la misma hoja que, aparentemente, hirió a su novia, a Francisca Ayala. ¿Puede usted darnos alguna idea sobre éste desarrollo de la acción?
- No señor. No lo entiendo yo tampoco.
- Pero sí cree que es éste cuchillo el que clavó aquel que traía la cara tapada.
-Puede ser, sí señor.
- Siendo así, la solución a este enigma, parece que se nos presenta mucho más clara ¿no lo cree usted así?
- No lo sé, señor, no lo se... Yo no entiendo esto.
- Guarde el arma, Feliciano, en un trapo, y póngale esposas a éste joven para bajarlo detenido a la cárcel provincial.

- ¡Yo no he sido¡ ¡Yo no he sido¡¡ ¡Lo juro por Dios y por mi madre, que yo no he sido¡¡

- Yo, yo no le he dicho que sea, señor barbero, pero, hasta que su novia no hable y se haga un nuevo peritaje que avale el juicio, no hay otra solución que detenerle a usted como presunto asesino.

El barbero lloraba y maldecía semejante situación que había venido para complicarle a el la existencia.

Por el pueblo se corrían las más diversas opiniones y rumores. Se hacían las más descabelladas cábalas, desde los mal intencionados y resentidos que no tenían empacho en decir por la calle: "Bien le está" "Que se joda por venir a rapar la barba y poner guapos a los comunistas", hasta las beatas que casi casi aseguraban, que era la justicia de Dios por venir a servir a los que iban contra la familia, la tradición y la bandera de siempre"

Los más, que eran los trabajadores y los que anhelaban mayor justicia social, porque nada se había hecho aún en serio, ni con Reforma Agraria ni con procesiones demagógicas, pues todo seguía igual que en tiempo de los borbones, aseguraban que, "aquello, era al simen de la quema de las iglesias y conventos, hecho por ellos mismos y nada más que por ellos" "Lo hacen los de derechas para echarnos la culpa a nosotros..." "Aquí ha habido una mano traidora, que quiere meter la cizaña al pueblo para enfrentarnos más y más".

En casa de Sopelanas nadie habla, porque sacar aquello en relación era acabar riñendo todos.

Lo principal, ahora, residía en que la Quica, se recuperase pronto, y, al hablar ella, todo quedaría más claro. Sopelanas no culpaba al novio de su hija, que, una cosa era el no haberle mirado en un principio con buenos ojos -y no por mala persona- y otra saber cuánto lo quería su hija mayor. Queriéndolo su hija también lo quería él, por más que trataba de disimularlo. Había que ver cómo lloraban los tres, cuando, en las primeras horas del hecho, la Quica, perdido el conocimiento decía al novio, "si a él también le habían hecho daño como a ella." "Ya verás -decía- cuando lo sepa mi padre lo que nos han hecho, porque, mi padre, te lo digo yo, que, te quiere mucho, pero... no quiere dar a torcer su brazo". Cuando escuchaba esto Serafín, lloraba como un niño y tragaba las salivas que buscaban ahogarle... Mordiendo el pañuelo aguantaba los sollozos, mientras peinaba a su hija Quica, que era lo más preciado del matrimonio desde que vino al mundo como primer fruto de aquel amor juvenil.

Ya no sabía Serafín, a quién maldecir, ni a quién echarle rayos y centellas. Todos le parecían igual... Todo el pueblo, todos los pueblos y todos los países se le antojaban una gran manada de hienas que buscan hacer daño al otro, sea blánco, verde, amarillo o morado. La sociedad entera está en quiebra y envuelta en odios y ambiciones. ¡No quiero recibir a nadie; ¡De nadie me fío ya, Eusebia; ¡Ni del cura ni del boticario, ni de...; Ya no son los mismos de ayer ni de hace medio siglo. Esto es todo una trampa. Me dá igual que tenga sotana como que tenga bisturí o

borceguíes. Mientras el hombre no sepa ser hombre, de nada sirven los disfraces. ¡No quiero ver a nadie, porque no sé si vienen porque lo sienten o a ver qué gesto tenemos en esta casa del Conde¡ ¡Que no entre nadie, Poli¡

- Pero, padre...

-¡No estoy para hablar con nadie, y nada más.¡

Esto es una banda de egoístas que no se entienden. Aquí no pensamos nada más que en nuestro instrumento-¿no es verdá, señor Eladio?- y nos sale un concierto propio de caínes y de víboras. ¡Ma dá asco esta sociedad de mierda¡¡

- Señor Serafín: ¿quiere usted que yo le ayude en algo?...

- ¿En qué, señor Eladio? ¿En qué?... Si me devuelves la salú a la Ebia, que desde la operación no es ni sombra de lo que era; si me pones en pie a la Quica, ayúdame cuanto puedas, pero, en casa o en el campo no necesito las manos que no tienen callos, de modo que te lo agradezco. ¿Qué sabes del barbero, tu buen amigo Generoso?

- Nada sé. No quiero bajar a verlo al pobre, para no hacerle sufrir más.

- Haces bien, que sufrirá verte libre y él encerrado y sin culpa. Mejor que no vea a nadie; Eladio.

- - - - - - - - - - - - - -

¡Ya se levanta la Quica, la hija del mayordomo¡ Han subido a tomarle declaración y, ella,

ha dicho exactamente lo mismo que dijo su novio. En total que todo seguía complicado y oscuro. ¿Quién fue el que quiso matar a Francisca Ayala?... Allí había gato encerrado, pero, poco había de poder la Justicia o saltaría el delincuente.

Estaban citados todos los de la familia y los que viven en la casa, incluídos el músico don Eladio y Monserrat.

Estaban citados los que llevaban las fincas en renta o a medias, e, incluso, algunos que habían discutido con el mayoral por cuestiones de trabajo, al mandarles la Bolsa de los obreros y él no aceptarlos.

Estaban citados todos los de la familia y obreros de la casa del Conde, entre ellos, Cachava.

Estaban citados, el cura, el médico y el veterinario, que sabía todo cuanto ocurría en la familia de Sopelanas y quiso ser testigo de favor.

La citación era en los Juzgados a las once y media de la mañana de un lunes.

Allí estaban todos esperando entrar a la Sala y ser llamados. Nadie hablaba con el otro. Todo era mutismo. Pasaron dentro. Se sentaron. Sobre la mesa estaba la prueba del delito. Faltaba sólo un testigo: don Eladio, que, el día anterior se metió en cama y hubo que llamar al médico. Viendo la fiebre que tenía, le mandó sólo tomar agua hervida y que se quedase dos días en la cama. Él justificaría la enfermedad ante los jueces de la capital.

Se inició el juicio y todo se desarrollaba con normalidad. No había nada que destacar, hasta que llamada Monserrat, fue hasta la mesa y vio allí el arma del atentado y dijo:

- ¿Quién ha traído aquí este cuchillo?...¿Este cuchillo es mío, de mi cocina, me falta desde hace más de un mes¡...

Otra duda más que agregar al proceso: ¿Quién lo había sacado de la cocina del Conde?... Nueva complicación al canto. Siendo así, estaba claro que, el delincuente, estaba en la casa. ¿Quién era?... ¿Mandó el mayordomo a alguien, comprado, que atentara contra el barbero y al intentarlo se interpuso Francisca y le clavó a ella el cuchillo?... ¿Entregó, por encargo de alguien, la catalana, el cuchillo a uno de los que se sabía eran jóvenes derechistas que hacían ejercicios de armas por la Dehesa de la Villa?... ¿Sacó de la cocina el lechero aquel cuchillo, sin ser visto, por encargo de alguien que buscaba destrozar a esa familia?. ¿Fue el músico quien atentó contra la hija de quien tanto le había favorecido?.

La sesión fue suspendida hasta nuevas investigaciones..

Dos horas después, volvieron todos al pueblo llevando en la cabeza mil y mil preocupaciones. ¡Vaya lío... ¡Vaya embrollo que allí estaba tramado... El que lo hizo sabía bien cómo estaba trazado para desconcertar hasta el juez más sabio.

Llegados al palacio, fueron a ver qué tal estaba don Eladio, pero, allí, en la cama no había nadie...

¿Qué extraño...? ¿Dónde se ha ido este hombre...?

Pasaron dos horas y el músico no aparecía por la casa, y nadie daba razón de haberle visto. Monserrat estaba muy impaciente, porque habían discutido mucho la noche anterior.

Poco después, en horas de la tarde se corría la voz por el pueblo. Don Eladio, el director, se había subido a un poste de conducción en alta tensión por cable eléctricos, y estaba muerto, quemado en el suelo de una finca.

- ¡¡Arrea¡¡ -dijeron muchos- ¡¡Lo que faltaba¡¡ ¿Pero qué va a ser ésto en esa casa?...

En la mesita de noche, en la habitación del soltero navarro, había dejado una carta escrita, en la que con torpe trazo y muy nervioso,-se vé que lo estaba,- decía:

"No puedo vivir más en esta situación. No quiero que Generoso, mi amado Generoso, pague mi culpa. El es inocente de los cargos que se le acumulan. Porque me estaba quedando sin su apoyo y sin su cariño, cometí una barbaridad al no poder reprimir los celos que me habían nacido de pronto, por culpa de Francisca. Yo también tuve derecho a amar a un semejante y me habían destrozado aquella ilusión que me forjé. Perdonadme y que Dios, con su infinita bondad, se apiade de este pobre hombre y me comprenda ya que vosotros no me sabréis nunca entender.

Eladio."

Libre quedó Generoso. Recuperada estaba del todo su novia Quica. La mujer de Sopelanas -a la que llamaban ahora por bajines "la medio Tetona", parecía que había vencido toda aquella grave dolencia que intentó destruirla.

Cuando ya se trataba, -todo ilusionados-, de organizar la boda de los dos chicos que tanto habían sufrido, y era buena fecha el día de Santiago del año mil novecientos treinta y seis,-Santiago Apóstol,- he ahí que aparece por todo el cielo español un gran nubarrón el día 18 de julio...

Los comentarios son alarmantes:
"Se dice, que hay una sublevación en Canarias y en Marruecos..." "Se dice, que van a movilizar a todos los jóvenes del país"... "Se dice, que ésto puede ser una guerra civil".

Poco después, salen en Navarijo unos mozos, vestidos de milicianos y llevan armas en la mano para dominar a todos los de los Sindicatos y a los que defienden la República...

Huyen no pocos obreros por los montes y, España, toda España, queda totalmente paralizada en sus ilusiones y en sus esperanzas.

El terror invadió una vez más todo pueblo y todo hogar. Nadie quedó libre de sufrir la más cruel guerra incivil que durará tres largos años. Pero, ésta es ya otra música. Éste será otro concierto que merece nueva instrumentación y música de más alto nivel cultural.

Vale.

Esta última novela fue iniciada el 20 de mayo de 1982 y la terminó el 20 de junio del mismo año.

A CILLERO
ULECIA

CONCIERTO DE TOCATA Y CORNAMUSA

CIL-21